



HARLEQUIN™

Jazmin™

QUERIDOS ENEMIGOS

PATRICIA THAYER

A close-up photograph of two women's faces in profile, facing each other. The woman on the left is smiling broadly, showing her teeth. The woman on the right is also smiling, with her hand gently touching the forehead of the woman on the left. The background is a bright, out-of-focus outdoor setting, possibly a beach or a park.

Jazmin

QUERIDOS ENEMIGOS
Patricia Thayer



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Patricia Wright
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Queridos enemigos, n.º 2157 - septiembre 2018
Título original: Familiar Adversaries
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9188-630-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[CréditosCapítulo](#)

[1Capítulo](#)

[2Capítulo](#)

[3Capítulo](#)

[4Capítulo](#)

[5Capítulo](#)

[6Capítulo](#)

[7Capítulo](#)

[8Capítulo](#)

[9Capítulo](#)

[10Capítulo](#)

[11Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

SINO era ése el peor día de su vida, le faltaba muy poco.

El lunes por la mañana temprano, Shane Hunter salió de la carretera principal para tomar el camino sin asfaltar. De inmediato la deficiente suspensión del viejo vehículo lo hizo ir dando botes en su asiento. Levantó el pie del acelerador y sorteó los baches. Cuando vio el panel publicitario en el que ponía *Paradise Estates* con letras llamativas dio un suspiro de satisfacción. En una esquina, en letra más pequeña, se podía leer: *Por Hunter Construction*. No podía evitar sentir orgullo. Apenas hacía dos años que había puesto en marcha la empresa, y actualmente se encontraba construyendo la primera fase de la urbanización más moderna de Haven, en Arizona. Treinta y cinco viviendas individuales. Hasta el último céntimo del dinero que tenía o que pudo tomar prestado estaba destinado a ese proyecto. Y si la buena suerte continuaba, Hunter Construction seguiría adelante.

Su vida sería casi perfecta tan sólo con no tener que trabajar para Kurt Easton. No había ningún habitante de Haven que no hubiera oído hablar de la rencilla existente entre la familia Easton y los Hunter.

Desde el principio, Easton había hecho todo lo que había podido para alejar a Shane del proyecto, sobre todo después de que la obra sufriera por dos veces actos de robo o vandalismo. La primera vez no tuvieron pérdidas muy importantes, pero en el segundo incidente habían robado parte del material. Shane contrató más seguridad, pero Easton no estaba satisfecho. Éste había convencido a los promotores para contratar un gerente para el proyecto, que pudiera ocuparse de que los plazos se cumplieran y vigilar a Shane.

Shane pasó conduciendo por delante de la primera fila de las estructuras de

dos pisos levantadas. Más abajo había madera y otros materiales de construcción apilados tras una alambrada. Continuó hasta la caseta oficina, donde se encontró a sus obreros inactivos, afuera. Shane miró su reloj. Eran más de las siete de la mañana. ¿Qué estaba pasando? Sus obreros sabían el trabajo que tenían que hacer. El viernes anterior había dado al jefe de obra la lista de cosas para hacer. Aparcó su vehículo, se bajó y se dirigió directamente al encargado de los montadores de estructuras, RodHendon.

–Rod, ¿por qué no están todos trabajando?

El encargado movió la cabeza de un lado a otro.

–No es cosa mía, Shane. El gerente del proyecto dijo que esperaríamos hasta que túvinieras.

A Shane le dio un vuelco el estómago, y tuvo que esforzarse para mantener la calma. A Easton le encantaría verlo enrabiado por eso.

–¿Dónde está el gerente del proyecto? Rod señaló la caseta.

–Dentro. Y ya te digo que no te va a gustar lo que vas a encontrar.

Shane no lo dudaba, no en vano durante el fin de semana su hermano, Nate, lo había convencido de que tenía que mantener la cabeza fría si quería acabar esa obra. Shane se fue resuelto hacia la caseta. Muy bien, trabajaría con un gerente, pero primero tenía que dejar unas cuantas cosas claras, y cuanto antes, mejor.

Shane subió los escalones de madera, abrió la puerta y entró.

–¿Qué diablos le da derecho a impedir que mis obreros empiecen a trabajar?

Se quedó de piedra cuando encontró a una mujer, y no a un hombre, sentada a la mesa de él.

Se trataba de una belleza de pelo castaño rojizo, de piel blanca y sedosa, con una amplia e incitante boca cuyos labios invitaban con ahínco al beso. Y cuando levantó la cabeza para mirarlo con esos grandes ojos verdes, a él sólo le quedó suficiente aliento para exhalar su nombre.

–Mariah...

–Hola, Shane –dijo con esa voz ligeramente ronca que en los últimos doce años él nunca había podido sacarse de la cabeza–. Ha pasado mucho tiempo.

No era lo suficiente para olvidar. Shane la miraba mientras ella se acercaba bordeando la mesa. Con una estatura de un metro setenta y seis,

Mariah Easton era pura perfección. Llenaba de manera apropiada unos vaqueros

claros. Demasiado apropiada. Llevaba una camisa de batista holgada que revelaba su delicada figura al mismo tiempo que escondía la generosa curva de sus pechos. Pero él sabía que eran profusos y exuberantes. «Quieto. No caigas en los recuerdos ahora. Sólo te traerán problemas». Movi6 la cabeza de un lado a otro y volvi6 al presente.

–Si est6s buscando a tu padre, no est6 aqu6.

Mariah neg6 con la cabeza, haciendo que su suelta melena rozara sus hombros.

–Ya he hablado con mi padre esta ma1ana. Habr6a estado aqu6, pero le dije que quer6a ocuparme de esto personalmente.

A Shane no le gustaba c6mo sonaba eso.

–¿Ocuparte de qu6?

–Soy la nueva gerente del proyecto.

Para Shane era el peor d6a de su vida.

–No me lo puedo creer.

6l sab6a que Easton podr6a jugar sucio, pero lo que no esperaba era que permitiera a su preciosa hija acercarse a menos de tres metros de un Hunter, sobre todo del chico malo de los Hunter al que hab6a repelido a1os atr6s.

A pesar de que Mariah hab6a tenido una semana para preparar ese encuentro, todav6a estaba nerviosa. Trabajando en el negocio de la construcci6n se hab6a llegado a acostumbrar a que los hombres le clavaran la mirada, e hicieran comentarios fuera de tono, pero ese hombre la pod6a hacer abochornarse con tan s6lo una mirada. ¿C6mo hab6a permitido que su padre la convenciera para eso? Lo 6ltimo que necesitaba era a Shane Hunter otra vez en su vida. En cualquier caso, ¿cu6ntos rechazos podr6a soportar una mujer?

Intentaba no mirarlo, pero con Shane siempre hab6a sido dif6cil resistirse. Med6a un metro noventa y dos de estatura y era de complexi6n robusta. Los a1os de duro trabajo no hab6an hecho m6s que templar sus m6sculos. Pero lo que pod6a hacer que ella se derritiera en el acto eran sus ojos azul oscuro y esa sonrisa p6cara. Ten6a que encontrar la manera de no pensar en lo sexy que era y centrarse en el trabajo.

–Si te apetece ver mi curr6iculum... –levant6 la carpeta de la mesa y se la

dio a él—. Acabo de terminar un proyecto de gran magnitud en Fénix. Puedes

llamar a mi padre. Él te puede decir que sus socios me aceptaron para el puesto –tomó aire para tratar de aminorar su rápido pulso–. Parece ser que compartiremos esta oficina.

–Ahora ya sé que tu padre está loco –declaró él, sin abrir la carpeta–. Ya hemos tenido suficientes contratiempos, y tenerte a ti supervisando a mis hombres no va a ayudar. ¿Cómo crees que van a reaccionar contigo intentando tomar el control?

La rabia de Mariah se dejaba sentir, pero la contuvo. Había trabajado muy duro para ganarse una buena reputación en el negocio inmobiliario.

–No estoy intentando tomar el control. Estoy aquí para hacer que las cosas vayan mejor. Y en el pasado me he dado cuenta de que es la actitud de su jefe lo que hace que a los hombres no les guste tener a una mujer en la obra. Como jefe, tienes que dar ejemplo. Si tú dejas claro que entre nosotros hay una buena relación de trabajo, tus trabajadores seguirán tu ejemplo de trato conmigo.

Él no parecía convencido todavía.

–Además, eres la hija de uno de los promotores.

–Mira, Shane, sé que mi padre y tú nunca os habéis llevado bien, pero por el bien de este proyecto necesitamos llegar a un acuerdo.

–¡Vaya una idea! Un Hunter y una Easton trabajando juntos.

Mariah sabía que su padre durante años había guardado rencor a la familia de Shane. ¿Era pedirles mucho que dejaran a un lado sus sentimientos personales?

–Shane, si yo no hubiera aceptado este trabajo, habrían encontrado a otra persona. No pasaría mucho tiempo antes de que se extendiera el rumor de que es difícil trabajar con Hunter Construction, sobre todo con los problemas que has tenido últimamente.

Los ojos de él echaban chispas.

–No somos distintos de cualquier otra obra de esta envergadura. Puede haber robos y los chavales se meten a escondidas y destrozan lo que pillan. Las pérdidas no han sido muy graves.

Mariah se sentó en el borde de la mesa.

–Toda la precaución que tengas es poca, se ha tenido noticia de que incluso activistas ecologistas radicales han saboteado y destruido propiedades. Esta urbanización está en una zona de bonitos paisajes.

Shane desplazó la carpeta que estaba encima de la mesa.

–Y eso es lo que hará que se vendan estas viviendas de alto coste, las vistas. La gente hará cola para comprarlas. Pero eso no sucederá si dejamos a los obreros aquí parados.

–Entonces vamos a ponerles a trabajar –y extendió el brazo–. Preséntame al personal y confirmales las funciones de mi cargo.

Shane cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

–¿Y cuál será exactamente tu trabajo?

–La mayoría de mis tareas serán realizadas desde aquí. Pediré los materiales, me aseguraré de que no se malgastan y comprobaré que llegan en el momento acordado. Mi trabajo es hacer que el proyecto se ajuste a los plazos y al presupuesto.

–Creía que ése era mi trabajo.

–Y lo es –aseguró ella–. Sólo estoy aquí para ayudarte. Éste es un proyecto grande, y debería haber habido un gerente desde el principio.

–Me gusta trabajar solo.

Eso no había cambiado con el paso de los años. Shane Hunter no había necesitado a nadie, y menos a ella, pues el hecho de que su padre no la quería ver nunca junto a un Hunter lo había hecho todo más difícil. Incluso ahora, Mariah sabía que Kurt Easton esperaba que Shane y Hunter Construction no fueran capaces de sacar ese importante proyecto adelante.

–Entonces tienes un problema, Shane, porque yo estoy aquí... para quedarme –fue hasta la puerta–. Y ahora, ¿salimos para que me puedas presentar al personal?

Shane se quedó allí de pie un largo rato, y ella decidió que necesitaba un empujoncito.

–Bueno, es tu dinero el que se está perdiendo mientras ellos permanezcan ociosos –dijo Mariah–. Y es tu pellejo lo que te estás jugando con los promotores.

–Que me maten si no eres terca –se dirigió a la puerta; Mariah lo siguió. De repente se paró y se volvió hacia ella–. Más vale que seas de utilidad.

Mariah forzó una sonrisa. No fue fácil.

–Lo soy.

En ese momento fue cuando ella captó un atisbo de deseo en la intensa mirada fija de Shane.

Por fin él abrió la puerta.

–El tiempo lo dirá.

La dejó pasar delante. Ella sentía sobre sí la mirada fija de Shane y de todos los hombres del grupo.

Shane apareció tras ella.

–Escuchadme todos. Siento que hayáis tenido que esperar esta mañana, pero va a haber algunos cambios de los que tenéis que estar enterados antes de que volvamos al trabajo –miró a Mariah–. Me acompaña Mariah Easton. Ha sido contratada para trabajar como gerente del proyecto Paradise –hubo murmullos y refunfuños en el grupo–. Yo sigo siendo vuestro jefe, y me daréis cuentas a mí, pero Mariah estará al mando de la oficina haciendo pedidos, recibiendo el material y evitando que tengamos retrasos. Así que cuidad vuestros modales y cooperad con ella –la miró de nuevo–. ¿Quieres añadir algo?

Mariah tenía mucho que decir, pero no estaba por la labor de pelearse con Shane delante del personal.

–No, de momento no.

Él se dirigió de nuevo a sus hombres.

–Bueno, pues nos ponemos a trabajar.

Mariah volvió a la caseta, pidiendo fuerzas para aguantar ese trabajo. Se había preguntado cien veces por qué había aceptado el reto de esa difícil tarea... además del de Shane Hunter. Cuando iban al instituto Shane puso fin a una relación con ella. Le rompió el corazón y le costó años recuperarse de la ruptura. Ahora era ella misma la que estaba yendo a pecho descubierto hacia el dolor y dejándose arrastrar a esa ridícula disputa familiar que ya duraba décadas.

Mariah echó mano del teléfono. Lo primero que necesitaba era una mesa. No había manera compartiendo la de Shane. Se fijó en la montaña de papeles que había encima. Su mirada continuó recorriendo la caseta oficina hasta llegar a la mesa de dibujo abarrotada de planos. ¿Cómo podían encontrar ellos algo?

En un rincón sin ocupar determinó que había espacio para una mesa pequeña. Y estaba lo bastante lejos de la de Shane como para posiblemente no tener que molestarse el uno al otro.

–¿Ya vas a llamar a papá para quejarte?

Ella giró la cabeza y encontró a Shane de vuelta, dentro.

–Quiero que sepas una cosa, yo no acudo a nadie a pedir ayuda.

–No, más bien, él ha ido a pedírtela a ti. Imagina que te necesita para que

espías al gran malvado de los Hunter.

Mariah no le prestó atención mientras hablaba al teléfono.

–Me quedo con el trabajo, pero necesitare una mesa.

Recorrió con la mirada el desordenado habitáculo con las papeleras rebosando y montones de cajas de pizza vacías, puso cara de asco.

–Y personal de limpieza. Este sitio es una pocilga.

Colgó y miró a Shane.

–Como puedes ver, no tengo problemas para que me suministren lo que quiero. Te lo advierto, Shane. No soy la muchacha insegura que recuerdas –era mentira–. He trabajado en la construcción con personal que ha criticado despiadadamente a las mujeres gerentes y las ha despreciado como a un perro. Sobreviví e hice mi trabajo, y lo hice bien. Nosotros podemos trabajar juntos o en contra el uno del otro. A mí me gustaría trabajar en equipo. Hará nuestros trabajos más llevaderos –levantó las cejas–. Y si damos la apariencia de llevarnos bien, mi padre se pondrá de los nervios.

A mediodía a Shane le apetecía echar un trago, pero necesitaba tener la cabeza despejada. Así que fue a la ciudad a comer y desconectar un poco. Cuando entró en su sitio favorito, el Good Time Café, encontró a su hermano Nate en la barra, sentado.

–Eh, hermanito, ¿qué te trae por aquí un día laborable? Shane se sentó en el taburete de al lado.

–Están limpiando la caseta oficina. Nate entrecerró los ojos.

–¿Puedes repetirlo?

–La nueva gerente del proyecto quiere tenerla limpia. Dijo que era una pocilga.

–Bueno, eso no se puede negar. ¡Eh!, has dicho la nueva. ¿Es una gerente? Shane asintió con la cabeza.

–Vaya, chico.

–Aún hay algo peor –Shane continuó–. Ella es Mariah Easton. Su hermano soltó un silbido.

–¿Estás hablando de la chica que te ponía en el instituto? ¿La hija de Kurt Easton?

Shane lo confirmó con la cabeza.

–Caramba –sus ojos se abrieron más de lo normal–. ¿Sigue estando guapa?

–No me he dado cuenta.

Nate agarró a su hermano por la muñeca.

–Estoy comprobando tu pulso. Debes de estar muerto, porque ésa es la única manera de que tú no te fijes en una mujer.

Shane se soltó dando un tirón.

–Ya vale. Como si yo tuviera tiempo para observarla.

–No te fijaste en todo ese pelo rojizo suelto y esos grandes ojos verdes. Esas larguísimas piernas...

Shane no quería escucharmás.

–Oye, ¿tú no te has casado con una rubia fantástica hace seis meses? Me parece que se llama Tori. Y pronto va a ser la madre de tu hijo.

Nate sonrió.

–Y quiero a mi mujer, pero me acuerdo de cuando tú merodeabas a esa chica completamente alhelado. Creí que te tendría que comprar un babero.

–Yo no estaba tan mal –¿o sí lo estaba?–. Además, eso fue hace años – insistió Shane, intentando no recordar el momento en el que no tuvo más remedio que darla por perdida–. Ahora, ella no es más que un dolor de... costado.

Nate frunció el ceño.

–¿Temes que ella intente socavar tu trabajo? Shane se encogió de hombros.

–¿Qué otra cosa puedo pensar? Es la hija de Kurt Easton.

Capítulo 2

NECESITO el pedido de tablones a las doce, señor Grant –dijo Mariah por teléfono en su mesa. Su primera mañana y ya había tenido que tratar con media docena de problemas, y no eran ni siquiera las nueve.

–Nos es imposible –dijo el proveedor local–. El conductor no podrá llegar con el pedido hasta las tres.

Mariah puso cara de sorpresa en silencio, para evitar mostrar su frustración.

–Eso significa que el personal estará parado. Y nos va a hacer ir con retraso.

–Las cosas son así en este negocio. Hay que tener paciencia, Jess estará allí tan pronto como sea posible.

–No tengo tiempo para la paciencia, y mis trabajadores tampoco. Señor Grant, no me deja más opción que dar por acabado nuestro acuerdo comercial.

Mariah escuchó algún taco no muy fuerte.

–No puede hacer eso. Tenemos un contrato.

–Usted se lo ha saltado al no entregar la mercancía a su debido tiempo –le comunicó–. De hecho, los tablones en cuestión tenían que haber llegado hace dos días –¿por qué no se había ocupado Shane de ese problema antes?–. Por ello no tengo más alternativa que darle el negocio a otra empresa.

–Quiero hablar con Shane.

Mariah estaba acostumbrada a que los proveedores quisieran negociar con un hombre.

–Lo siento, está ocupado con los obreros. Señor Grant, si continuamos nuestra relación comercial, tendrá que tratar conmigo, Mariah Easton. Yo soy

la gerente del proyecto –el proveedor murmuró otro taco–. Y tiene hasta las doce de la mañana de hoy para hacer la entrega.

–¿Cómo se me puede pedir eso cuando no tengo conductor?

–Pues se lo echa al hombro y lo trae.

Y colgó de golpe. ¿Qué le pasaba? Ella nunca se comportaba así. Claro que, tampoco había tenido que trabajar nunca con un ex novio. Tomó aire profundamente y cerró los ojos. Cuando por fin los abrió se encontró a Shane de pie junto a la puerta.

–¿Pero qué demonios pasa? –preguntó él.

Parecía un modelo de un anuncio de refrescos, llevaba vaqueros claros y botas con suela de goma. La leve sudoración en su camiseta oscura, que se extendía por su musculoso pecho, no hacía más que aumentar su sex-appeal.

–He preguntado qué pasa –
repitió. Genial, la cosa se ponía
peor.

–A lo mejor te tendría yo que preguntar eso.

Le mostró a Shane la petición de suministro al almacén de maderas.

–Esta entrega lleva un retraso de dos días.

–Pues voy a llamar a Jerry. Tenía problemas para encontrar un conductor – y se dirigió hacia el teléfono.

–El señor Grant y yo ya hemos hablado. Le comuniqué que si la entrega no se realiza al mediodía, él no habrá respetado lo pactado con nosotros y será sustituido.

Shane tomó la hoja de pedido. Parecía que Mariah se había metido de lleno en su nuevo trabajo. El día anterior había empezado mandando limpiar a fondo la caseta oficina; más tarde, a última hora, habían llevado una mesa y un armario archivador. Lo único que él había pedido era que no se tocara ninguna de sus cosas, después había salido del trabajo y se había dirigido a un bar de la zona con algunos de los trabajadores.

A las cinco y media de la mañana, Shane había acudido a la caseta oficina al olor del café... y de Mariah. Ésta llevaba unos pantalones caqui con raya y una blusa rojo burdeos, ni siquiera las botas de trabajo le quitaban feminidad. Tenía el pelo recogido con trenzas dejando al descubierto todo el contorno de su rostro, lo que hacía que sus ojos verdes se mostraran grandes y atractivos. En ese momento fue cuando él decidió que sería mejor irse de

allí. Así pues, salió a trabajar con los obreros.
Más tarde intentaba hacer de mediador.

–Jerry nos ha dado el mejor precio. Además, es el único proveedor de la zona. Ya sé que ello nos retrasa... un poco, pero puedo dar al personal otras cosas para hacer.

–Esto no son maneras de hacer negocio. No cedía ni un milímetro.

–Esto no es Fénix, Mariah. Haven es una ciudad pequeña. De esta obra se espera que proporcione puestos de trabajo y riqueza a la zona. Eso no podrá suceder si damos el negocio a Tucson.

–No ganaremos ningún dinero si la obra se queda parada. No puedo dar marcha atrás, Shane.

–¿No puedes o no quieres?

Shane aguantó la tenaz mirada de ella, pero pronto se dio cuenta de que no podía intimidarla de ninguna manera.

–Como he dicho, Jerry tiene hasta el mediodía –contestó ella.

Shane se acercó más. Estaba realmente irritado. ¿Cómo se atrevía a llegar allí y empezar a cambiar las cosas sin ni siquiera antes preguntar cuál era la situación? Ciertamente, ya no era la chica tímida que había conocido en el instituto. La chica que no le habló o incluso sonrió durante meses. Aunque finalmente consiguió que ella le hablara. Todavía podía recordar el primer beso entre ellos dos. La tímida reacción de ella...

–Tienes que ser un poco flexible, señora Easton.

–Eres tú el que tiene que recordar que esto es un negocio, señor Hunter, no un concurso de popularidad.

Lo estaba sacando de sus casillas, no sabía qué hacer, si darle un meneo o un beso. Respiró hondo. Vaya, eso era un problema.

–Tengo que irme, si me necesitas, llámame al móvil.

Y salió dando un portazo.

Dos horas más tarde, Mariah todavía no se podía concentrar en el trabajo. Las palabras de Shane seguían dándole vueltas en la cabeza. Ella nunca lo reconocería, sin embargo Shane podría tener razón. Quizá debería haber arreglado las cosas con Jerry Grant. Lo que no entendía Shane era que siendo mujer ella no podía ser blanda. No en ese cargo, y no si ella quería dirigir ese proyecto con éxito. Si no contaba con el respeto y cooperación de los proveedores, nunca se ganaría el respeto de los trabajadores.

La puerta se abrió y su padre entró hablando por el móvil. Con cincuenta y cinco años, Kurt Easton, concejal y empresario de la ciudad, era una figura imponente vestido con su traje oscuro. La saludó con la cabeza mientras seguía hablando. Mariah estaba acostumbrada a eso. Aunque él intentaba ser un padre atento siempre había estado obsesionado con sus proyectos empresariales e intentando ser una persona de renombre.

Sus orígenes eran humildes y siempre había culpado a los Hunter de su pobreza. Mariah y su hermano pequeño, Rich, habían sido criados por un hombre amargado durante años.

Su padre colgó el teléfono.

–¿Dónde demonios está Hunter?

–Dijo que iba a estar trabajando con los obreros.

–Creía que era para eso para lo que te había traído aquí; para que le echaras un ojo.

Mariah trató de no sentirse dolida.

–Creía que me habías traído porque soy buena haciendo mi trabajo.

–También tienes que vigilar a Shane Hunter. No se puede confiar en él.

Han entrado ya dos veces en la obra y han destrozado cosas.

Se puso en pie y miró a su padre a los ojos, esos ojos verdes que se parecían tanto a los suyos, esperando que sólo fuera eso lo que había heredado de él.

–Pero dime, ¿en qué le beneficia a él que destrocen cosas de su propiedad? Su padre cedió encogiéndose de hombros.

–Es un Hunter.

–Además, te dije cuando acepté este trabajo que no iba a involucrarme en esta absurda disputa. Lo que pasó hace años no tiene nada que ver con Shane, su madre, su hermano Nate o su hermana Emily.

–¿Cómo puedes decir eso cuando sabes que Nathan Hunter quitó tierras a tu abuelo James estafándole, además de robarle la mujer de su vida?

Mariah había escuchado la historia muchas veces a lo largo de los años. James Easton estaba enamorado de Catherine Summers. Antes de ser enviado a combatir en la Segunda Guerra Mundial, pidió a su amigo Nathan que cuidara de Catherine. En cambio, se enamoraron el uno del otro.

–Papá, si me sigues incomodando –prosiguió Mariah–, tendré que dejarlo.

Su padre se puso tenso, y después relajó la expresión.

–Está bien, simplemente comprueba que las cosas van mejorando. He

invertido demasiado en este proyecto.

–Si hay algún problema, os lo diré a ti y a tus socios. A continuación oyó un revuelo fuera.

–Perdóname, papá.

Fue hasta la puerta, la abrió y vio un camión plataforma grande cargado con tablones que iba en camino. Así pues, habían tomado su advertencia en serio. Se serenó cuando el camión paró, la puerta del conductor se abrió y Shane salió de un salto de la cabina para dirigirse hacia ella.

–Querías el pedido de tablones antes de las doce –comprobó su reloj–. Creo que nos han sobrado cinco minutos –le sonrió y le entregó la factura–. Ahora voy a comer.

Veinte minutos más tarde, Shane subía por la escalera para entrar en su casa, una planta levantada encima del garaje en la parte de atrás de la vivienda de su madre. No tenía ninguna gana de comer. Lo cual le venía bien, ya que no tenía nada de comida allí. Últimamente no había tenido mucha oportunidad de comprar. Con la cantidad de horas que había estado echando en la obra no había tenido tiempo de hacernada.

Abrió la puerta del pequeño espacio que consideraba su hogar. Su hermano recién casado, Nate, se había mudado al rancho de la familia Hunter seis meses antes. Debido a que todos sus fondos estaban destinados a su negocio y a esa obra, tener una casa propia tendría que esperar.

La cocina y el salón eran un espacio único, donde había un sofá anaranjado y un sillón reclinable de cuero enfrente de su único capricho, una televisión de pantalla plana y un equipo de música. Había dos taburetes debajo del corto mostrador que hacía de mesa para comer. Un pequeño pasillo llevaba al baño y a la habitación, en la que sabía que tenía la cama sin hacer desde hacía semanas.

Volvió a pensar en Mariah. No llevaba ni dos días en el trabajo y ya le estaba dando problemas. ¿Cómo se suponía que ella iba a ayudar a la buena marcha del proyecto si no eran capaces de entenderse? ¿Por qué no le había consultado sobre el pedido de tablones?

La verdad era que él la había puesto en evidencia. Pero olvidó el cargo de conciencia cuando puso las llaves en el mostrador y abrió la nevera. Dentro había un pack de seis cervezas y dos litros de leche caducada desde hacía

una

semana. La tiró por el fregadero y puso el envase vacío en la basura.

–Me parece que voy a cambiar de menú.

Abrió un cajón y sonrió al ver un paquete de sus galletitas preferidas. Sacó dos, rápidamente rasgó la envoltura de una y le dio un gran bocado.

Poco después llamaron a la puerta, acabó con la galleta mientras iba a abrir a su madre, que llevaba en la mano una cesta de ropa limpia.

–No me digas que ésa es tu comida.

–Hola, mamá –le tomó la cesta a la esbelta mujer–. ¿Qué tiene de malo lo que estoy comiendo?

Dirigió sus penetrantes ojos azules hacia él.

–No hagas que empiece –suspiró–. Al menos baja a casa y prepárate un sándwich. Trabajas muy duro para estar picoteando.

–Mamá, te agradezco que me ayudes con la colada, pero puedo alimentarme solo.

–Yo no he hecho tu colada. Sólo he sacado tu ropa de la secadora para poder usarla.

Betty Hunter trataba de ser dura, pero todavía se preocupaba por sus tres hijos adultos. Ahora que su hijo mayor, Nate, estaba felizmente casado viviendo en el rancho, y su hija Emily se había ido a vivir a Los Ángeles, concentraba toda su atención en Shane.

–Lo siento, no volverá a pasar –Shane tomó la cesta y la dejó en el sofá.

–Eso es lo que dijiste la última vez –echó una mirada alrededor–. Ahora que ya tienes una gerente para el proyecto deberías poder tener vida propia. Por cierto, ¿cómo está Mariah?

–¿Qué ha hecho Nate? ¿Venir corriendo a decírtelo?

–Nate nunca dice nada. Sabes que las noticias vuelan en una ciudad pequeña. No eludas la pregunta, ¿cómo está Mariah? Era una chica tan dulce...

–Mamá, estás hablando de la hija de Kurt Easton. Sólo la ha traído para espiarme. Está dispuesto a hacer cualquier cosa para echarme del proyecto Paradise.

–Si no recuerdo mal, estuvo bastante colada por ti, y tú también te volvías loco por ella.

–Esos años de estudiante pasaron hace mucho –dijo rápidamente–. Y en primer lugar no deberíamos haber estado juntos nunca. Éramos jóvenes y

poco listos.

–Ésa fue una época difícil para todos nosotros, sobre todo para ti y Emily – dijo su madre–. Erais demasiado jóvenes para perder a vuestro padre.

La vida había cambiado para la familia cuando Ed Hunter murió repentinamente. Habían perdido todo, incluyendo el rancho Double H. Tuvieron que irse a la ciudad. Su madre volvió a dar clases y Nate volvió de Fénix y se puso a trabajar en la oficina del sheriff para ayudar económicamente a la familia casi en quiebra.

Shane todavía podía recordar los cuchicheos de sus supuestos amigos en el instituto. No quiso dar pena a nadie, y menos aún a su novia.

–Tuvimos unos años difíciles –dijo su madre sonriendo–. Pero todos salimos adelante.

–Me gustaría creerlo así, pero es difícil cuando tienes a Kurt Easton a tu alrededor diciendo que no vales.

–La mayoría de la gente no le hace caso. Date cuenta de lo que Nate y tú habéis conseguido. Tu hermano volvió a comprar el rancho y está llegando a ser bastante conocido con sus esculturas de madera. Tú has puesto en marcha una empresa de construcción y has ganado el concurso para un proyecto enorme –volvió a sonreír–. Por si no te lo he dicho últimamente, hijo, estoy muy orgullosa de ti. No puedes dejar que la opinión de una persona te mine la moral.

–Es difícil no acordarse del apellido Easton.

–Si lo dices por Mariah, ella siempre fue muy maja, con esos grandes ojos verdes.

Shane le lanzó una mirada amenazadora.

–Madre.

–De acuerdo, me callo. Pero sólo si tú dejas de preocuparte por Kurt Easton. Sus socios contrataron a Hunter Construction porque eres el mejor. Es verdad que tiene rencor a todos los Hunter, pero eso no tiene nada que ver contigo.

–¿Nada? –Shane levantó las cejas–. Ese hombre me amenaza siempre que puede. ¿Qué hizo exactamente el abuelo Nathan para que sea así? –Shane había escuchado tantas versiones de la historia que no sabía cuál creer.

–Fue hace mucho tiempo y ninguna de las partes implicadas están ya –dijo su madre–. Por desgracia, Kurt mantiene vivo el resentimiento.

–Sólo dime que el abuelo no se quedó con terreno de los Easton por

medio de una estafa.

–¡No! Nathan Hunter fue un hombre justo y honesto. Su único pecado fue que se enamoró. James Easton y Nathan Hunter fueron como hermanos gran parte de sus vidas. Cuando James fue a servir a filas en la Segunda Guerra Mundial, pidió a tu abuelo que cuidara de su novia, Catherine Summers.

Hizo una pausa y suspiró.

–Durante los dos años siguientes pasaron mucho tiempo juntos y... Bueno... una cosa llevó a la otra. Cuando James volvió se indignó, y dijo que Catherine había dicho que se casaría con él. Ella negó que le hubiera prometido nada. Se dijeron cosas terribles y su amistad acabó. James Easton mantuvo el resentimiento hasta la tumba. Ahí debería haber acabado todo, pero Kurt ha seguido con el rencor de su padre.

–Y ahora no parará hasta que no acabe conmigo.

–Pues no le dejes –recalcó su madre–. Sé que durante años ha estado ocasionando algunos problemas a Nate. Pero para la inmensa mayoría de la gente las rencillas entre los Hunter y los Easton es agua pasada.

Betty volvió a suspirar.

–Por la que lo siento es por Mariah. Kurt ha puesto a la pobre chica en una situación difícil.

Shane se acordó de lo que había pasado por la mañana y cómo se había negado ella a ceder siquiera un milímetro.

–Me parece que no te tienes que preocupar, Mariah se sabe manejar. Sorprendentemente, su madre sonrió.

–Me parece muy bien –comentó, y se dirigió hacia la puerta.

–Un momento, ¿de parte de quién estás tú?

–De la tuya. Pero con las mujeres siempre has sido demasiado drástico. Ya es hora de que haya alguien que haga que te esfuerces por lo que quieres.

A la mañana siguiente, Mariah se masajeaba las sienes con los dedos, intentando aliviar el dolor de cabeza que tenía desde que se había levantado. Sacó dos pastillas de un frasco y se las tomó con café, esperando que la cafeína acelerara el efecto. Confiaba en que Shane no apareciera hasta por lo menos una hora más tarde.

Se dirigía otra vez a su mesa justo cuando la puerta se abrió y el hombre en cuestión entró. Tenía muy buen aspecto para ser tan temprano.

–Buenos días –murmuró pasando hacia su mesa.

–Buenos días –contestó Mariah viéndolo ojear el correo.

–¿Esto es todo lo que hay?

–Menos las facturas, que las tengo yo –dijo ella.

–¿Por qué? ¿No has pensado que podría querer ver cuánto dinero se está gastando?

Tenía que admitir que él llevaba razón.

–En trabajos anteriores siempre me he ocupado de dar las órdenes de pago.

–Pues da las órdenes de pago, pero aun así quiero ver las facturas para asegurarme de que no nos cobran de más.

–Ése es mi trabajo.

Shane le echó una mirada descarada.

–En esta obra todo es mi trabajo –dijo él–. Y eso incluye el tuyo.

–¿Estás diciendo que no confías en mí?

–¿Por qué tendría que hacerlo? Tu padre no me quería en este proyecto. Él perdió esa batalla, y lo siguiente que sé es que tú apareces aquí.

Mariah rehusó darle la satisfacción de verla irritada.

–

Tú sabías que iba a haber un gerente de proyecto.

–Que seas la hija de Kurt Easton hace que me pregunte si no estáis compinchados para deshaceros de mí.

Eso fue demasiado.

–¿Cómo te atreves a acusarme de querer poner en peligro un proyecto urbanístico? –dijo ella para defenderse–. Yo nunca haría eso.

–¿Ni siquiera por tu padre?

Le sentó como una bofetada. Se acercó hasta donde estaba él. Era muy corpulento, pero no iba a permitir que la intimidara o cohibiera. Había amilanado a hombres mucho más duros que él.

–Vamos a dejar algo muy claro. Si vuelves a acusarme de mala administración, procura tener pruebas que lo demuestren, porque nadie va a echar por tierra mi reputación profesional.

Cuando vio el dolor en la cara de Mariah, Shane se sintió avergonzado. Le trajo recuerdos de otra época en la que él la había herido. Ella no lo merecía entonces y tampoco ahora. No estaba haciendo más que su trabajo. Sólo que él no se sentía cómodo con ella allí.

–Está bien. Quizá me he pasado de la raya. Pero créeme, tu padre me ha

estado hostigando desde que gané este contrato. Supongo que eres capaz de

entender que sea suspicaz.

–Creo que lo entiendo, pero no por ello me parece bien –se puso con decisión las manos en las caderas–. Y tenemos que encontrar una manera de trabajar juntos, porque no tengo ganas de venir aquí cada mañana y pelearme contigo.

Shane no pudo evitar sonreír.

–La verdad es que nos sienta muy mal a los dos, ¿no crees? Mariah empezó a sonreír, y rápidamente lo ocultó.

–Sí, por eso tiene que haber confianza y respeto entre nosotros.

Shane todavía no se creía lo que estaba pasando. ¿Sería porque en el pasado habían estado juntos? ¿O porque era la hija de Easton? ¿O quizá porque él se daba cuenta de que se sentía atraído por Mariah? En fin, a lo mejor era un poco de todo lo anterior.

–Creo que eso llevará tiempo.

–Tiempo es lo que no tenemos. Llevamos un retraso de dos semanas. Y eso sin contar los retrasos por la lluvia y...

Justo en ese momento entró el encargado.

–Hay un problema. Han entrado otra vez por la noche en la obra.

–¿Cómo es posible?

Shane tomó un casco y siguió a Rod afuera de la caseta con Mariah pisándole los talones. Fueron hasta la zona con alambrada donde guardaban madera y herramientas. Habían hecho pintadas en los tableros sin usar. Se trataba de palabras soeces y repugnantes. Varias cajas de clavos habían sido esparcidas por el lugar.

–¿Falta algo? –preguntó Shane.

–De momento no echo en falta nada –dijo Rod–. Pero no hemos tenido oportunidad de hacer inventario.

–Yo lo hago –dijo Mariah mirando a Rod–. ¿Por qué no pones tú mientras a la gente a trabajar para que no nos retrasemos más?

El encargado asintió con la cabeza y se marchó.

Shane estaba sorprendido por la sugerencia de Mariah.

–No puedo dejar que seas tú quien arregle este lío.

–¿Por qué? ¿Crees que está por debajo de mis funciones? Me he manchado las manos en más ocasiones. Te agradecería que me mandaras a Jason y Mike para ayudarme. Después ya hablaremos tú y yo de mejorar la

seguridad. La patrulla en coche no parece que dé resultado.

–En eso estoy de acuerdo contigo –dijo

Shane. Ella abrió mucho sus ojos verdes.

–Bueno, por algo se empieza. Por fin estamos de acuerdo en algo.

Hacia medianoche, Shane bostezaba mientras reducía la velocidad de su vehículo en la salida que llevaba a la obra. No podía dormir, así que decidió hacer algo útil. Hasta que tuvieran el nuevo plan de seguridad en marcha, se disponía a hacer alguna comprobación por sí mismo. Cualquier cosa era mejor que quedarse en la cama sin poder dormir. Nada de lo que hacía podía evitar que su pensamiento se fuera a Mariah. No dejaba de aparecer en su mente. Esos grandes ojos verdes, su boca y ese pelo suelto lo tenían en tensión. En el instituto ya era guapa, pero ahora estaba demaravilla.

Pero sería un suicidio iniciar algo con ella.

Eso era un negocio, y si quería ver a Hunter Construction despegar tenía que devolver a Nate el dinero que le había prestado dos años antes para empezarlo. Eso significaba que tenía que centrarse en el proyecto. Si Mariah aparecía en su mente tenía que ser para constatar lo duro que había trabajado ordenando el desaguisado ese día; que no se había quejado; y que a última hora tenía hecha una lista detallada de todo el inventario.

Ambos habían concluido que los que habían hecho los destrozos no podían ser profesionales. Serían chavales o alguien que quisiera fastidiar a Shane. El primer pensamiento de él fue que Easton podría estar detrás, pero no se imaginaba al concejal de la ciudad tentando a la suerte manchándose las manos con esas jugarretas de aficionado.

A unos cien metros antes de llegar a la caseta oficina, apagó las luces y aparcó. Si había alguien dentro de la obra lo quería sorprender.

En ese momento vio una luz tenue dentro de la caseta. Alguien estaba allí. Salió del vehículo y fue corriendo a través del campo. Metió su llave sigilosamente, en silencio entornó la puerta y vio la sombra de una persona en la pared. Se abalanzó sobre el intruso, lo agarró y lo empujó contra la pared.

Enseguida Shane se dio cuenta de que estaba presionando un cuerpo blando. Un cuerpo blando con pechos.

–Suéltame –exigió Mariah mientras se retorció.

El deseolerecorrióelcuerpoytuvoquereprimirseparacontrolarsu

reacción.

–Supongo que tendrás una explicación para decirme qué demonios haces aquí a estas horas de la noche.

Capítulo 3

MARIAH no podía respirar con Shane pegado a ella, presionándola. Él tenía la cara tan cerca que podía sentir su aliento en la mejilla. Podía percibir su fresco y varonil aroma que tenía atisbos de jabón y mucho de simplemente... Shane. Le trajo recuerdos de otra época, en la que habían compartido largos y pausados besos. Una época en la que el simple tacto de él podía hacerla sentir tanto placer.

Dejó de pensar en ello y consiguió tomar aire.

–Quítate de encima –intentó apartarlo, pero él seguía inamovible.

–Te he preguntado qué haces aquí.

–Estoy

trabajando. Por

fin la soltó.

–¿Por qué tan tarde?

–He vuelto ahora de noche para acabar algunas cosas –lo empujó para poder pasar–. Has descuidado mucho las tareas administrativas, Shane. No sé cómo has podido pagar hasta ahora al personal.

–Tengo una gestoría que me lleva las nóminas.

–¿Y quién comprueba si están bien las fichas de control horario? Me he roto la cabeza con el lío que tienes aquí, intentando poner las cosas en orden

–además, no había querido quedarse en casa escuchando continuamente a su padre despreciar a Shane–. No me he dado cuenta de que era tan tarde.

–A estas horas no tienes nada que hacer aquí.

–Tengo tanto como tú –contestó ella inmediatamente.

Shane se pasó la mano por la cara.

–Está bien, está bien. ¿Podemos intentar pasar cinco minutos sin discutir?

–No sé si tú podrás.

–¡Oh, Dios!

Fue hacia el otro lado de la oficina como para intentar calmarse. Luego la miró.

–Mariah, tenemos que encontrar una manera de trabajar juntos. Puede ser que a ti te importe poco, pero si no se acaba Paradise Estates en el plazo estipulado, posiblemente me tenga que despedir también de mi negocio de construcción.

–¿Por qué piensas que quiero acabar contigo? Yo me juego tanto como tú – le dolió que desconfiara de ella. Se esforzó para que su voz no se viera afectada por la emoción–. Yo también tengo una reputación que mantener, Shane. Tienes que dejar de atacarme a cada momento.

–Ya lo intento. Pero cuando entré aquí ayer y te vi... –se volvió a acercarse a ella–. Dios mío, Mariah, han pasado años. No pude evitar pensar en cómo fue lo que hubo entre nosotros –alargó la mano para acariciarle la mejilla.

Mariah se zafó otra vez de él.

–Tus recuerdos deben de ser distintos de los míos. Yo sólo recuerdo tu último rechazo.

Había que decir en favor de Shane que había estado pasando una mala racha tras la muerte de su padre, y ella había sido consciente de ello. Sólo había querido ofrecerse como ayuda y apoyo, pero él no aceptó. Se había quedado hecha polvo después de que él le dijera que no podía seguir viéndola. Y lo que aún la había dejado más desolada era que él sí había tenido tiempo para alternar con algunas otras chicas del instituto.

–Supongo que fui un canalla egoísta –sugirió él–. Yo era un adolescente con la sangre caliente. Además, en cualquier caso, tu padre no quería que estuviéramos juntos.

–Eso nunca nos frenó. Habíamos encontrado maneras de vernos –sabía que lo estaba incomodando, pero le gustaba ver la reacción de él–. Solía ir con el coche hasta el rancho.

–Y te arriesgabas de manera insensata –le recordó.

Mariah no podía evitar los recuerdos. Solía aparcar detrás del granero, entonces él salía corriendo a su encuentro. Apenas había salido del coche cuando ya la había estrechado en sus brazos y besado.

Se fijó en Shane. Sus ojos le decían que él también estaba recordando.

–Tú nunca me dijiste que dejara de ir –le dijo en tono de

acusación. De repente, Shane volvió a pegar el cuerpo de Mariah al suyo.

–¿Cómo iba a pedirte eso? Eras el sueño de cualquier chico de mi edad.

El pulso de ella estaba acelerado. Al escuchar su confidencia, al sentir su sólido cuerpo presionado contra el suyo, no tuvo fuerzas para esquivarlo. Odiaba su debilidad con ese hombre.

La cabeza de Shane bajó hasta la suya, y ella recibió con ansia su boca. Dio un gemido cuando sus labios se abrieron y la lengua de él se introdujo dentro. Deslizó sus manos hacia arriba por el pecho de Shane hasta que alcanzaron el cuello para rodearlo. Todos los sentimientos que había enterrado hacía tanto tiempo brotaron de repente. Ninguno de los momentos en los que había soñado estar con él otra vez podía compararse a éste. El deseo crecía por todo su cuerpo, y desembocaba a través de sus sentidos, haciéndola sentir unas ganas que nunca antes había tenido.

Luego, en un instante, todo acabó.

Shane la soltó maldiciendo y apartó la vista de ella.

El rechazo fue desgarrador para Mariah. Una vez más, había permitido a Shane Hunter hacerle daño.

La mirada de él se encontró con la de ella.

—
Ha sido un error. Lo que menos necesitamos es es
Mariah tomó aire con inseguridad, intentando ralentizar su pulso.

–Tienes razón. Debería haber cortado la conversación antes.

–¿Cómo va a ayudar esto en una relación laboral?

–Si crees que voy a dejar el puesto, estás equivocado. No dejo las cosas a medias tan fácilmente.

–Entonces más vale que pongamos ciertas normas.

A ella no le gustaba que él estuviera tan calmado y controlado después de lo que acababa de pasar.

–Para empezar, ¿qué te parece si en adelante no tienes las manos tan largas? Vamos a dejar que sea sólo una relación profesional; nadamás.

–¿Y qué te parece si tú no vienes aquí sola en mitad de la noche?

–Y tú dímelo cuando un proveedor tenga problemas para entregar un pedido. No soy una tirana. Se puede pensar algo. Yo también creo que es preferible trabajar con proveedores locales para este proyecto.

–¿Y qué tal si no vas corriendo a casa cada noche a decirle a papá cualquier cosa que suceda? No quiero que tenga munición con la que luego

meacribille.

Ella frunció el ceño.

–No hablo de nuestros asuntos con nadie. Pero vivo con mis padres... al menos de momento.

Shane se quedó pensativo.

–¿Estás buscando casa?

No pensaba contarle las desavenencias con su padre.

–Tengo mi propio apartamento en Fénix. No he vivido con mis padres desde que empecé a ir a la universidad. Mientras esté aquí me gustaría tener una casa, temporalmente, pero eso es imposible sin tener que hacer un contrato de alquiler.

–Si no estás buscando algo muy especial, sé de un apartamento estudio.

–Me puede interesar. Él asintió.

–Entonces te espero mañana en el Good Time Café para desayunar.

–No me da tiempo.

–Mañana te tiene que dar –tomó el bolso de ella y se lo dio–. Y ahora vámonos a dormir.

Se puso tensa cuando él le colocó la mano en la espalda para guiarla hasta la puerta.

–Mañana ya pensaremos entre los dos cómo podemos desempeñar nuestros trabajos.

–Me gusta cómo suena eso.

–Y lo digo en serio, Mariah, no vengas más aquí tan tarde. Es demasiado peligroso.

A las seis y media de la mañana siguiente, Mariah entraba en el Good Time Café. No se sorprendió de que el restaurante estilo años cincuenta estuviera lleno. El sitio siempre había tenido éxito en Haven y al parecer eso no había cambiado. Miró alrededor y vio el mobiliario rojo de vinilo dispuesto a lo largo de las ventanas. Una joven camarera pasaba a toda prisa sirviendo por las mesas, mientras en la máquina de discos sonaba una vieja canción de las Supremes, *Baby Love*. Reconoció a varios de los trabajadores de la obra según iba buscando por el local. Hasta que encontró a su hombre sentado en la barra. Le sobrevino un ataque de consciencia. Un extraño beso

noconvertíaaShaneHunterensuhombre.Nopodíanpermitirseellujode

tener algo más entre ellos. Necesitaban poner toda su concentración en el proyecto.

Se dirigió a donde se hallaba Shane. Estaba metido en una conversación con el hombre que tenía al lado y de repente echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír. Últimamente no había visto a Shane así de relajado. Sabía que no era fácil para él trabajar con ella.

La sonrisa de Shane se moderó cuando se levantó para saludarla.

–Me alegro de que hayas venido.

–Pensé que si no aparecía irías a buscarme para traerme.

–Estás en lo cierto –la tomó del brazo y la llevó a la barra–. Mariah, ¿te acuerdas de mi hermano, Nate?

Ella le tendió la mano con una sonrisa.

–Tengo entendido que ahora es el sheriff Hunter.

El alto y apuesto hombre con su uniforme caqui se levantó y le estrechó la mano.

–No por mucho más tiempo, lo dejo en pocos meses. Me alegro de volver a verte, Mariah. Han pasado unos cuantos años.

Se sorprendió de que la antigua estrella del equipo de rugby se acordara de ella.

–Sí que han pasado. He estado viviendo cerca de Fénix.

–Shane me dice que lo estás ayudando mucho a corregirse.

–Bueno, la verdad es que lo necesita –se sentó en un taburete libre al lado de Nate.

Éste se reía a la vez que le contaba no pocas cosas de su hermano menor.

–Te deseo suerte, la familia hace tiempo que lo dejó por imposible.

–Pero bueno, que estoy aquí –informó Shane–. Nate, ¿no tienes trabajo que hacer o una esposa con la que estar en casa?

–Ahora mismo no –y se volvió sonriendo hacia Mariah–. Aquí están las cosas mucho más interesantes.

A Shane no le gustaba nada cómo se estaba comportando Nate. Sonriéndola y siendo tan empalagosamente dulce. Estaba casado. Justo en ese momento un cliente dejó libre un taburete al otro lado de Mariah, y Shane se sentó.

–Bueno, tenemos asuntos de los que hablar, así que piérdete un rato –dijo él, repudiando la repentina posesividad de su hermano con Mariah.

Mariah miró a Shane.

–No empezamos a trabajar hasta las siete. Ya que estoy aquí, podría comer algo.

–Si quieres un desayuno yo te pido un desayuno – hizo una señal con la mano para llamar la atención de la camarera.

Ésta se apresuró hacia la barra.

–¿Qué te traigo, Shane? ¿Más café?

–Si fueras tan amable, Lisa; y aquí para Mariah, el desayuno especial.

Miró a Mariah y se dio cuenta de que no le había gustado que pidiera el desayuno por ella. Mariah se dirigió a la camarera.

–Preferiría huevos revueltos muy hechos y una rebanada de pan tostado.

Cuando Lisa se fue, Nate y Mariah siguieron conversando, ignorando completamente a Shane. Al ver Shane la sonrisa forzada de su hermano, se dio cuenta de que se estaba vengando por todas las veces que él había flirteado con Tori. Nate estaba perdiendo el tiempo, él no estaba interesado en reavivar una relación con su novia de la adolescencia. Sólo estaba interesado en poder trabajar amistosamente con ella.

Shane captó la imagen de Mariah reflejada en el espejo de enfrente. Su mirada se quedó fija en los expresivos ojos verde esmeralda de ella, después bajó a la boca. Su corazón palpitaba mientras la mirada seguía su recorrido. Bueno, y qué, si esa mujer era capaz de excitar a un muerto. Eso no significaba que él tuviera que verse afectado, ¿o sí?

Justo en ese momento la radio de Nate sonó. Se levantó para comprobar el mensaje.

–Bueno, parece que me necesitan para ayudar a mantener el orden. Me alegro de verte otra vez, Mariah. Espero tener oportunidad de presentarte a mi mujer, Tori.

–Estaría encantada –dijo Mariah en el mismo momento que le sirvieron el desayuno.

–Bueno, me voy. Hasta luego, hermanito –dijo Nate dando un manotazo en la espalda a Shane, y caminó hasta la puerta, justo a tiempo para sujetársela a la clienta que entraba.

Shane refunfuñó cuando vio a Betty Hunter a punto de entrar. Su madre, de cincuenta y cinco años, lucía su garbosa figura con un chándal gris.

Se acercó a ellos con una sonrisa.

–Hola, Shane –besó a su hijo y después se volvió hacia Mariah.

–Vaya, si parece Mariah Easton –Betty agarró ambas manos de la joven–.

¡Cuánto tiempo sin verte!

–Hola, señora Hunter. Me alegro de volver a verla –Mariah puso la mirada sobre Betty–. Tiene un aspecto fenomenal.

–Gracias, intento mantenerme en forma –miró a Shane y después otra vez a Mariah–. He oído que trabajas con Shane

–Así es. Soy la gerente del proyecto.

–No me digas que no es bonito –dijo Betty sonriendo.

Shane presentía que su madre se traía algo entre manos.

–Mamá, ¿qué haces por el centro de la ciudad tan temprano?

–Me aburría y decidí cambiar la ruta que hago corriendo.

–¿Y cómo es que has parado aquí? –Shane le puso la mano en el codo.

–Bueno, he visto el coche patrulla de Nate fuera y quería decirle que Emily viene a casa este fin de semana.

–¿Viene en avión desde Los Ángeles? ¿Sólo para el fin de semana? –Shane se sorprendió.

A ninguno de la familia le había gustado que Emily hubiera elegido trabajar en la industria del cine. Ya que eso había hecho que ella se fuera a vivir a Los Ángeles cuando acabó la universidad.

–A lo mejor ya ha sentado la cabeza y se quiere quedar en casa. Betty frunció el ceño.

–No. No va a abandonar su carrera profesional. Pero ha dicho que tiene buenas noticias para nosotros. Así que Tori y yo tenemos pensado hacer una barbacoa el sábado en el Double H.

Shane sabía que su hermana tenía tendencia a dar emoción a las cosas. Todo tenía que ser una gran producción.

–¿Por qué no nos lo puede decir aquí en casa? –Shane trataba de disimular su fastidio. Tenía pensado echar unas horas trabajando en la obra durante el fin de semana–. Además, Nate siempre me engancha para algún trabajo en el rancho.

–Esta vez no. Sólo va a haber diversión –la madre miró hacia la cocina y saludó con la mano a Sam Price, el dueño del restaurante–. Voy a invitar a Sam y pedirle que haga su ensalada de col –a continuación miró a Mariah–. Ah, y Mariah, nos encantaría que fueras tú también.

A Mariah le pilló por sorpresa, y se paró con el tenedor lleno a mitad de

camino hacia la boca.

–Oh, gracias, señora Hunter, pero no puedo entrometerme en asuntos de

familia.

–Tonterías, contigo nunca sería una intromisión. Y estoy segura de que a Shane le encantaría que vieras el trabajo que ha hecho en la casa del rancho. Por favor, sé que Emily no va a ir sola.

Fantástico, la estaban emparejando con Shane. No se atrevió a mirarlo, pero se preguntó qué iba a hacerél.

–Gracias, lo pensaré.

–Mi madre se saldrá con la suya –empezó a decir Shane–. Así que si quieres ahorrarte la espera será mejor que accedas ahora.

Mariah dejó el tenedor. No podía tragar nada con el nudo que tenía en la garganta. Sonrió a la señora Hunter.

–De acuerdo, iré en mi coche.

–No hace falta –saltó Shane otra vez–. Yo te llevo.

Antes de que Mariah pudiera decir algo al respecto, Sam salió de la cocina y saludó a Betty.

–Eh, forastero –dijo a Shane–. No te he visto desde hace tiempo.

–Llevo aquí sentado treinta minutos.

–Supongo que no he mirado –Sam se volvió a Mariah–. Habiendo una clienta tan guapa, prefiero mirarla a ella. Hola, Mariah. He oído que habías vuelto a la ciudad.

–Hola, Sam –Mariah sonrió al fornido hombre mayor de pelo cano y poco espeso. No había cambiado con el paso del tiempo–. No has cambiado nada.

–Me mantengo. Es difícil permanecer joven. He oído también que te ha tocado la difícil tarea de meter en vereda a este muchacho.

Shane miró girando la cabeza por encima del hombro.

–¿Tengo un letrero pegado en la espalda que pone: métete conmigo?

Todos se rieron.

–Nunca hemos necesitado el letrero –dijo Sam–. ¿Cómo es que te has pasado por aquí esta mañana?

–Para desayunar –sugirió él.

–Bueno, tengo que irme –les comunicó Betty al mismo tiempo que le tocaba a Sam en el brazo, y se marchó.

Shane había estado pensando durante mucho tiempo que podría haber sentimientos entre su madre y Sam. No habrían tenido ninguna repercusión, pero cualquiera podía ver que los dos se preocupaban el uno del otro.

Después de que Betty se hubo ido, Sam se dirigió otra vez a Shane.

–¿Qué es lo que de verdad te trae por aquí?

–Mariah está interesada en alquilar tu cuarto de arriba. Sam se encogió de hombros.

–Ni siquiera he estado ahí arriba desde que Tori se mudó.

–En ese caso, nosotros lo limpiaremos.

La mirada de Sam se encontró con la de Mariah.

–No es gran cosa.

–No necesito que sea gran cosa –dijo ella–. Es sólo por un tiempo, hasta que acabe la obra.

Sam entró por la puerta doble a la cocina y unos segundos más tarde estaba de vuelta con una llave.

–Enséñasela tú, Shane. No puedo irme en este momento.

–Vamos –dijo Shane levantándose.

Mariah se llevó un trozo de tostada y dio un trago grande de su café.

–Una chica se puede morir de hambre estando contigo.

Llevó a Mariah de la mano a través de la cocina, después salieron por la parte de atrás y subieron las escaleras.

Cuando Shane abrió la puerta, Mariah intentó no tener ninguna reacción, pero le costó. Aunque la habitación estaba recogida era oscura y sombría. Y pequeña.

–No mentías cuando dijiste que no era gran cosa –entró en el exiguo cuarto de baño, que tenía lo estrictamente necesario.

–Tienes que ver lo positivo –dijo Shane. Ella puso cara de extrañeza.

–Que sería...

–Estás mucho más cerca de la obra.

Eso era cierto. Sus padres vivían al otro lado de la ciudad.

–Tampoco se puede decir que en Haven haya un tráfico excesivo en horas punta.

–No tendrías que seguir defendiéndome ante tu padre.

–¿Qué te hace pensar que te defiendo? Shane se encogió de hombros.

–Bueno, podrías evitar tener que informarle cada día.

Ésa era la mejor razón.

–Voy a echar de menos la comida que hace mi madre. Shane la siguió hasta la cocina.

–Sam sirve una cena estupenda todas las noches. Se parece mucho a la de mi madre.

Mariah miró hacia la encimera, donde había un azulejo roto.

–No parece que haya suficiente espacio para dar una fiesta –dijo ella suspirando.

Ambos se miraron. Un mechón de pelo moreno caía por la frente de él. Estaba sexy, pero Mariah no se lo podía decir.

–En ese caso tendrías que invitar a menos gente –sugirió él–. A mí, por ejemplo, me gusta más cuando se reúne menos gente, es más íntimo.

Mariah estaba hecha un lío sólo de pensar si quedarse o no con ese apartamento, o lo que era peor aún, de pensar que Shane era el que estaba allí con ella. Pero una vez que estiró el brazo y le tomó la llave a él ya no pudo detenerse.

–No voy a tener tiempo de hacer ningún tipo de fiesta.

–Sólo trabajo y ninguna diversión te hará una chica sosa.

–Lo siento, así soy yo.

Ahí estaba otra vez ese destello sexy de él.

–Ya veremos qué se puede hacer para cambiar eso.

El sábado Mariah estaba contenta de haber sobrevivido a su primera semana de trabajo. Gracias al cambio de actitud de Shane estaba empezando a entenderse con el personal. Pero lo más duro había sido irse de casa de sus padres.

Kurt Easton no era la persona más fácil con la que vivir en cualquier circunstancia, pero ahora que ella había aceptado el puesto en Paradise Estates, no podía aguantar por más tiempo sus constantes indagaciones.

Años atrás el padre de Mariah tuvo un problema con el alcohol. Había sido una de las razones por las que dejó su casa al empezar a ir a la universidad. Quería a su familia, pero tuvo que irse por su propio bien. El sentimiento de culpabilidad había atormentado a Mariah, por ser consciente de que había dejado a su hermano menor, Rich, teniendo que afrontar los efectos de la enfermedad. Aunque su padre, que había dejado de beber de manera reacia tras ser diagnosticado de diabetes, llevaba cinco años recuperado, eso no significaba que en su familia todo fuera perfecto. Desde que había vuelto a Haven, su hermano no había ocultado el resentimiento

hacia ella. A lo mejor

no era tan mala idea irse a vivir fuera de casa.

Dando un suspiro de satisfacción, Mariah miró alrededor en su nuevo hogar. En los tres últimos días había pintado de amarillo las mugrientas paredes del pequeño apartamento, y había puesto cortinas nuevas en la única ventana. Lustrosas toallas y alfombrillas daban un necesario toque de color al baño.

Nada de eso le quitó tiempo de su trabajo. Mientras ella recomponía la oficina, Shane trabajaba con los obreros, intentando recuperar el tiempo perdido. También contrataron a una empresa de seguridad de Tucson. Habría dos personas pernoctando en la obra y pondrían más focos de luz.

Mariah se miró una última vez en el espejo del armario. Era primeros de mayo, y aunque era un día cálido de primavera, se había puesto unos vaqueros y una blusa azul turquesa. En lugar de las botas de trabajo que llevaba a diario, se había puesto su favorito par de botas del Oeste, unas Tony Lama negras hechas a mano.

Estaba sacando un jersey cuando oyó que llamaban a la puerta. «Shane». Dio un largo resoplido y después le abrió la puerta.

–Guau. Fíjate qué casa –dijo Shane con una sonrisa.

Un poco decepcionada porque no se había fijado en ella, Mariah balbuceó.

–Es sólo una manita de pintura.

Sus ojos por fin volvieron a ella, y volvió a sonreír.

–Estás... muy guapa, tú también.

–Gracias.

Mariah fue a la cocina y tomó una maceta con un rosal, tenía capullos de color rosa intenso ya abriéndose.

–¿Qué es eso que llevas?

–Un regalo para un nuevo hogar. Tengo entendido que a Tori le gusta cuidar plantas.

–Ten cuidado, podrías arruinar tu imagen de chico duro –dijo él. Mariah sonrió, porque sabía que quería burlarse de ella.

–No eres tan listo como pensaba, Shane Hunter, yo no soy un chico.

–Sí, ya me he dado cuenta. Más de lo que debería.

Le subió un bochorno por el cuerpo al mismo tiempo que se esforzaba por no ponerse colorada.

–Quizá deberíamos hablar algo antes de ir al Double H –acabó por decir

él.

—¿El qué?

–Sobre mi familia. Como vamos a ir juntos, van a pensar que somos pareja. Y cuanto más lo neguemos, más van a intentar volver al tema.

Mariah se sintió terriblemente decepcionada.

–Entonces, ¿no quieres que vaya? Bueno, lo entiendo –le entregó el rosal–. Dale esto a Tori y dile que tenía que trabajar.

–Alto, alto. Yo no he dicho que no quiera que vayas –ambos se miraron fijamente–. Simplemente quería avisarte y proponerte algo.

Casi no se atrevía a preguntar qué.

–A ver, dime.

–Actuar como si fuéramos pareja.

Mariah se quedó sin palabras. ¿Estaba loco? ¿Pretendía romperle el corazón otra vez? Vio su embaucadora sonrisa. Se estaba comportando de una forma tan engreída, como si ella tuviera que caer rendida en sus brazos. Bueno, dos podrían jugar a fingir...

Capítulo 4

DE CAMINO al rancho, Shane podía sentir que Mariah estaba tensa en el asiento de al lado. Y tenía que reconocer que era lógico. Las cosas se estaban complicando. En la misma medida que él había tratado de no tener nada con ella, ella se había colado otra vez poco a poco en su vida.

Shane no necesitaba una pareja precisamente ahora, y menos aún que fuera Mariah Easton. No había manera de que pudieran tener alguna vez un futuro juntos, por muy guapa y sexy que fuera. A partir del día siguiente, no habría más ocasiones para salir juntos y relacionarse con más gente.

Pasaron con el coche bajo el arco de hierro forjado que anunciaba la entrada al rancho Double H. Shane no cabía en sí de orgullo cuando miraba alrededor y veía todas las recientes mejoras que habían sido hechas en el rancho. Sólo seis meses antes Nate había conseguido volver a comprar las tierras, y desde entonces había trabajado de manera incansable reconstruyendo la vieja hacienda que había pertenecido a la familia Hunter durante casi cien años.

Él también había contribuido lo suyo, dedicando largos fines de semana y tardes a reformar la casa, modernizando la cocina y realizando otras mejoras.

Aparcó enfrente de la casa, recién pintada de amarillo y con persianas venecianas blancas. El amplio porche de madera, cargado de ornamentación y molduras, estaba adornado con cestas que colgaban llenas de flores de colores.

—Oh, siempre me ha gustado esta casa —Mariah le miró y sonrió—. He oído que has trabajado mucho en ella.

Él se apresuró a responder con una pregunta.

—¿Dónde lo has oído?

–Rod lo mencionó –la mirada de sus ojos verdes se topó con la de él–. Me alegro de que tu familia haya recuperado el rancho.

Él asintió con la cabeza, sabía que lo decía de corazón. Mariah no era como su padre. Ella nunca había albergado rencor hacia nadie, tampoco hacia los Hunter. Pero Kurt Easton no esperaba otra cosa que total lealtad de su hija. Y ella estaba dispuesta adársela.

–Bueno, el propietario es Nate –dijo Shane–. Él ha heredado el talento de los Hunter para trabajar un rancho. Yo seguiré con la construcción.

–Tu abuelo también construyó esta casa para su familia. Será de ahí de donde te viene a ti el talento.

Shane hubiera deseado que el elogio de ella no significara tanto para él. Antes de que pudiera decir nada, la puerta de la casa se abrió y Tori salió para saludarlos. Todavía estaba delgada, no se notaba mucho que ya estaba de cinco meses.

Nada más salir del coche, Nate, Sam y la madre acudieron también.

–Me alegro mucho de que hayas podido venir –dijo Betty a Mariah, y le dio un abrazo.

–Fue muy amable de su parte invitarme. Shane sacó la planta del coche.

–Tori, te presento a Mariah. Mariah, Tori.

Mariah descubrió que estaba nerviosa cuando tomó el rosal de manos de Shane y se lo dio a Tori.

–Es encantador. Gracias, Mariah –la tierna rubia sonrió–. Espero que no se memuera.

Todos se echaron a reír al mismo tiempo que otra pareja salía de un lateral de la casa y se acercaba. Mariah reconoció a Emily Hunter, alta y de buen talle, con el pelo castaño y esos ojos azul oscuro. Iba vestida con una blusa azul, unos vaqueros con la raya bien marcada y botas. El hombre que estaba con ella, de pelo rubio rojizo, también era apuesto, y con aspecto de ser de ciudad. Llevaba pantalones de algodón de sport marrón claro, con un polo amarillo, caminaba por el desigual terreno como con miedo de ensuciarse sus mocasines. No había duda de que el chico de Emily no había estado nunca en un rancho.

–¿Qué pasa, te has cansado de Los Ángeles y has decidido volver a casa?

– dijo Shane pinchándola.

–¿Para qué voy a volver a casa? ¿Para qué mis hermanos no dejen de

darme órdenes? –se acercó más, sus ojos, al igual que los de su hermano, se encendieron.

–Que me aspen, si no echo de menos fastidiarte –respondió el, y le dio un gran abrazo–. Me alegro de tenerte aquí, Emi.

–Se está bien de vuelta en casa –se soltó del abrazo–. Aunque sólo sea para el fin de semana.

Shane miró por detrás de su hermana.

–¿Quién es ese chico?

–Ah, perdóname, es Jason –lo llamó para que fuera junto a ellos e hizo las presentaciones.

Jason sonrió y le tendió la mano con entusiasmo.

–Encantado de conocerte, Shane. Emily habla tanto de su familia que es como si os conociera a todos.

Shane estrechó su mano, preguntándose si ese chico era el novio de Emily. Hizo que Mariah se pusiera a su lado.

–Emi, te acordarás de Mariah Easton. Ha vuelto y está trabajando en el proyecto Paradise conmigo. Mariah, mi hermana, Emily, y su amigo, Jason.

Emily echó a su hermano una sonrisa pícaro, como pidiendo saber más.

Después de las presentaciones, apareció Nate y se sumó al grupo.

–Bueno, hermanita, ya estamos todos reunidos. ¿Vas a decirnos ahora qué noticias tienes?

Emily sonrió. Inmediatamente Shane dirigió la mirada hacia la mano izquierda de su hermana, esperando encontrar un anillo de compromiso. Pero no llevaba nada. Se sintió aliviado.

–Bueno, he traído a Jason conmigo porque quería conocer el rancho. Está verificando algunos emplazamientos.

–¿Emplazamientos para qué?

–Jason hace películas. Jason Michaels Productions –iba a estallar si no lo soltaba–. He vendido mi guión, *El Haven de los Hunter*.

La madre de ellos dio un grito ahogado por la emoción.

–Oh, Emily, eso es maravilloso. Sé lo mucho que has trabajado en ello.

–Te felicito, hermana –Shane la abrazó otra vez, al mismo tiempo que recordaba que durante años Emily había estado investigando en profundidad el asentamiento de los Hunter en la zona.

Después la felicitaron los demás.

-La empresa de Jason ha comprado los derechos cinematográficos de *El*

Haven de los Hunter.

El grupo parecía pasmado al escuchar a Emily contar los detalles.

–Quiere empezar la producción en pocos meses –miró a Nate–. Piensa que el rancho Double H es el lugar idóneo para filmar mi historia.

Una hora más tarde, las mujeres estaban en la cocina preparando comida mientras los hombres estaban viendo cómo Nate asaba filetes en la barbacoa del patio.

Mariah se movía por la hermosa cocina admirada por la habilidad con la que Shane había trabajado. Había diseñado con esmero los espacios para moverse y trabajar en ella, instalando gran cantidad de armarios de madera de arce y encimeras de granito, incluyendo una isleta en el centro con otro fregadero supletorio.

Mariah recordaba las otras cosas que había visto dando una vuelta por la casa. La rehabilitación de los suelos de maderas nobles y la chimenea. Todos los baños también habían sido reformados con mármol natural travertino.

Shane tenía ese talento. Ella lo había descubierto hacía años. En su día, él había soñado con estudiar arquitectura. En aquella época los dos habían tenido muchos sueños. Y el mayor sueño había sido permanecer juntos. Planearon ir juntos a la misma universidad para que el padre de ella no pudiera separarlos. Después Ed Hunter murió y todo cambió. Los proyectos de Shane se habían desmoronado y acabó apartándose de ella.

Mariah oyó de repente que Tori la llamaba.

–¿Necesitas que haga algo? –preguntó Mariah.

–Casi está listo, así que por qué no vas llevando la comida fuera al patio. Nate ha dicho que a los filetes les falta muy poco.

Mariah asintió, tomó las ensaladas de patata y de col, y cruzó la puerta de doble hoja que daba al entarimado de madera de secuoya roja. Se encontró riendo a carcajadas a Shane, Nate, Sam y Jason, que estaban de pie alrededor de la barbacoa más grande que había visto nunca.

Shane se hallaba de espaldas a ella. Ese hombre estaba bien desde cualquier ángulo. Tenía la camisa tirante a la altura de sus anchos hombros, para luego estrecharse y ceñirse en su delgada cintura. Los pantalones vaqueros azules envolvían sus esbeltas caderas y las musculosas y largas

piernas. Sediolavuelta, y se apresuró a tomar unadelasensaladerasde

manos de ella.

–Gracias.

Shane le echó una de esas sonrisas tuyas, que la dejó sin respiración y aceleró su corazón. Caray con el chico. Ya se había imaginado que quedar con él para salir no sería buena idea.

–Eh, relájate –le dijo cuando la vio tensa–. Somos una pareja, ¿recuerdas? Se supone que tengo que ser atento contigo.

–No creo que sea necesario que le pongas tantas ganas.

Shane dejó las ensaladeras en la mesa de cristal, después la tomó del brazo y la llevó por el entarimado para poder estar solos.

Ella sabía que se estaba poniendo un poco tonta. ¿Qué daño podría hacer jugar a interpretar?

–No me gusta ser objeto de exposición. Cada vez que te acercas a mí, toda tu familia nos mira.

–¿Eso crees?

Justo en ese momento su madre, su hermana y Tori sacaron el resto de la comida fuera.

–En ese caso quizá deberíamos darles algo de que hablar.

Bajó la cabeza, y sus labios tocaron los de ella en un dulce y tierno beso. Mariah sabía que debería impedirlo, pero no parecía que lo pudiera conseguir. Lo agarró por los antebrazos mientras él le daba un besito provocador en el labio inferior. La respiración de Mariah se alteró de puro placer.

De pronto la voz de Nate les devolvió a la realidad.

–Eh, vosotros dos, dejadlo ya. Es hora de comer.

Shane interrumpió el beso y le guiñó el ojo, después la acompañó a la mesa.

–Chico, tengo hambre –hizo saber Shane al tiempo que se sentaba al lado de su aturdida acompañante.

Después, por la tarde, Shane se dirigió al granero en busca de Mariah. Sabía que era jugar con fuego pasar más tiempo a solas con ella, y más ahora que ya la había besado delante de su familia.

Se dijo a sí mismo que todo era para guardar las apariencias. Nada más que un juego para que su madre le dejara en paz. Eso era hasta que su boca

tocaba

la de ella. Entonces, era como si todo y toda la gente desapareciera y sólo estuviera Mariah.

Apartó a un lado los sentimientos que todavía le quedaban. Había sido una tontería. ¿No había jurado, después del encuentro de los dos en la oficina de la obra la semana pasada, que no la volvería a tocar? Mariah tenía mucho peligro. Y él no tenía que ser tentado más de lo que ya era. Tenían que trabajar juntos durante los tres meses siguientes.

Pero no podía negar que ella le hacía estar dispuesto a arriesgarlo todo.

Ya dentro del granero, su vista intentaba adaptarse a la tenue luz según se adentraba por el pasillo de cemento. Al final encontró a Mariah al lado de la cuadra de Gypsy, canturreando y acariciando a la preñada yegua apalusa. Mariah parecía relajada, libre de preocupaciones y atractiva.

Y él la deseaba. No podía esperar más.

Se volvió hacia él y dejó de sonreír, aunque él podía sentir que el deseo sexual entre ellos estaba tan encendido como siempre.

La mirada de ella se ensambló con la de él.

–Shane...

Él ignoró la vacilación de ella y la alcanzó con sus manos, la atrajo hacia sí hasta tenerla en sus brazos.

–Como me digas que no quieres que te bese, te voy a llamar mentirosa.

La arrimó más hacia su cuerpo, hasta que los dos quedaron pegados. La condescendencia de ella estuvo a punto de volverle loco.

–No deberíamos hacer esto –se quejó ella sin ímpetu. Shane giró la cabeza a los lados.

–Mentirosa –dijo él, justo antes de que su boca capturara la de ella. Al día siguiente afrontaría las consecuencias. En ese momento lo único que quería era sentirla en sus brazos.

Cuando ella abrió la boca, él se deslizó dentro hasta escuchar un dulce gemido de ella. Mariah rodeó con los brazos el cuello de Shane e hizo el beso más profundo.

Dando un quejido Shane le mostró su evidente deseo, a la vez que un apetito que no había conocido antes le recorrió el cuerpo. Puso la mano en el pecho de ella, y se encontró con el pezón erecto por encima de la blusa.

Ella dio un grito ahogado y él se separó, pero en ningún momento se dejaron de mirar.

—¿Quieres que lo deje?

Los dedos de él continuaron trabajando el tieso pitón.

Ella se estremecía, acercó la boca de Shane hasta recibirla con la suya. La necesidad se hacía más fuerte, y él no quería otra cosa más que sentir las manos de Mariah pasando por su pecho. El sedoso tacto de ella le encendía. La llevó contra la pared y alinearon los cuerpos. Estaban perfectamente ajustados el uno con el otro.

–Siente cómo me pones, Mariah –él tenía la respiración agitada. Su boca tomó de nuevo la de ella con otro ávido y necesitado beso. Tenía sujeta a Mariah con fuerza mientras la acariciaba y saboreaba su dulzor.

Inesperadamente, Shane oyó que Nate lo llamaba. Dejó lo que estaba haciendo al instante, a tiempo para ver a su hermano entrando al granero. Lanzó un exabrupto y bajó la mirada hasta Mariah. Viéndola con la cara encendida y sofocada, sintió que ella lo necesitaba y le dio un abrazo reconfortante.

–Tranquila, cariño, no pasa nada.

Nate tenía una sonrisa picarona mientras se acercaba hacia ellos.

–Siento interrumpir.

–Entonces, ¿por qué lo haces? –preguntó Shane intentando recuperar la calma.

–Sólo quería avisarte, Shane. Emily y su poco campero productor van a salir. Quieren ir cabalgando a la granja, ahora. Nuestra hermana quiere que vayas con ellos –miró a Mariah y sonrió otra vez–. Y a mí también me gustaría. Si deciden usar el Double H como lugar de rodaje necesitarán reconstruir cosas en la vieja cabaña. Y antes de dar mi consentimiento, quiero que pienses en cómo restaurarla.

–Bueno, vamos para allá –notaba a Mariah tensa. Nate asintió con la cabeza.

–Necesito ayuda para reunir los caballos –y salió enseguida sin esperar. Una vez solos, Shane abrazó a una Mariah reacia.

–Siento que Nate nos interrumpiera. Ella no le miraba.

–Quizás ha sido lo mejor. Escucha, no es necesario que yo vaya cabalgando con vosotros. Me quedo aquí tranquilamente haciendo compañía a Tori.

Ya había echado a andar cuando él la detuvo.

–Mi madre se quedará haciendo compañía a Tori. Me gustaría que vinieras

—aun sabiendo que se estaban liando demasiado, lo decía en serio—. No quiero que el tiempo de estar juntos se acabe aquí. Te prometo que tendré las manos quietas.

Ella se burlaba medio sonriendo.

—No son sólo tus manos lo que me preocupa.

—Muy bien, no te besaré —estiró la mano para agarrarla—. Pero eso será luego, ahora necesito algo que me consuele —en ese momento, su boca se fundió con la de ella en un largo beso.

Mariah sabía que estaba loca. Loca por Shane Hunter.

Yendo al paso encima del caballo a lo largo del camino, se dio cuenta de que nada había cambiado durante los años que había estado fuera de Haven. Había comparado con Shane a cada uno de los hombres con los que había intentado tener una relación, y ninguno daba la talla. ¿Pero cómo podía permitirse a sí misma tener sentimientos hacia ese hombre, si tenía miedo de permitirse confiar en él? Nunca podría amar a un hombre en el que no pudiera confiar.

Eso sin contar con el hecho de que su padre probablemente la repudiaría como hija. Por muy absurdas que fueran las razones de Kurt Easton para odiar a los Hunter, él no iba a cambiar. ¿En qué situación la dejaba eso a ella? Tendría que elegir a uno de los dos hombres.

Como si Shane supiera que estaba pensando en él, la miró volviendo la cabeza y le guiñó el ojo. Su pulso empezó a acelerarse al recordar los besos que se habían dado en el granero.

Por fin llegaron a la antigua granja de los Hunter. Las paredes y tejados estaban prácticamente echados a perder. A la cabaña de dos habitaciones, hecha de troncos en basto, le faltaba parte del tejado, pero el suelo estaba intacto. Había un granero y los restos de un corral.

Shane se bajó del caballo y fue a ayudar a Mariah. Intentaba concentrarse con ganas en el asunto de filmar allí *El Haven de los Hunter*, pero no podía dejar de pensar en ella. En la manera de sentir de ella cuando estaba en sus brazos, en lo mucho que deseaba volver a abrazarla. Abandonó de momento tal pensamiento, subió el escalón para entrar bajo el porche y empezar a examinar el lugar. Aunque era poco lo que se podía aprovechar, los cimientos de la cabaña, que tenía cien años, habían aguantado en

condiciones el paso

del tiempo.

–Estupendo –dijo Jason–. Esto es exactamente lo que me había figurado cuando leí el original de Emily. Aunque claro, la cabaña tenía el tejado y todas las paredes.

–Creo que el tejado se voló hace unos veinte años –dijo Nate–. ¿Te acuerdas, Shane? Papá quitó los restos para que no se cayera encima de nosotros.

Shane comprobó la recia estructura.

–Sí, me acuerdo. También me acuerdo de que eché una mano para sacar todos los trastos.

Nate se acercó hasta Shane.

–¿Qué te parece, Shane? ¿Podemos restaurarlo?

–Sí que podríamos, pero antes de eso hay que ver si deberíamos restaurarlo

–miró a Mariah, que estaba de pie junto a Emily–. Aquí está la historia de la familia Hunter. Es como si fuera poco respetuoso alterar este lugar.

Nate asintió. Shane sabía lo que le había costado a su hermano recuperar el Double H. Cómo había ahorrado cualquier dinero extra que ganaba. De esa manera, cuando subastaron el decaído rancho el pasado verano, consiguió comprarlo y que estuviera otra vez en manos de la familia Hunter.

Nate se dirigió al productor.

–Jason, creo que me voy a echar para atrás en mi ofrecimiento –el lamento de Emily fue audible–. Pero te voy a hacer otro. Qué te parece si renuncio a todos los ingresos que me ibas a proporcionar por usar el paraje, y en lugar de utilizar la granja original, usamos el dinero para construir una réplica ahí en la subida hacia el norte.

Jason miró a Emily y ella afirmó con la cabeza.

–No parece mala idea, ¿podría ver el sitio? Nate sonrió.

–Claro –y se dirigió hacia los caballos. Shane llamó a su hermano.

–Si no te importa, Mariah y yo vamos a volver a la casa.

Vio a su hermano, su hermana y el amigo de ésta irse a caballo, después se volvió a Mariah y sonrió.

–Por fin solos.

- Podrías haber ido con ellos, sé volver sola.
- No quiero ir con ellos. Quiero hablar contigo.

–No creo que debamos hablar de algo que no sea el proyecto. Así no hay peligro.

–¿Y qué pasa con lo nuestro?

–No hay nada nuestro, Shane –movió la cabeza de un lado a otro para dar más énfasis a sus palabras–. Estamos trabajando juntos. Nada más.

–Entonces, ¿los besos de antes no quieren decir nada? –dijo Shane entrecerrando los ojos–. ¿Tú abrazada a mí, dejando que mis manos tocaran tu cuerpo, no fue nada?

Ella se estremeció y luchó contra los sentimientos que él evocaba con toda su fuerza de voluntad.

–No niego que sintamos atracción el uno por el otro.

–¿Atracción? Pero qué dices, cariño, teníamos tanto fuego que casi quemamos el granero.

–Y entonces, ¿qué quieres demostrar, Shane? ¿Que todavía siento algo por

ti?

Él no sabía cómo responder a su actitud tajante.

-Todavía hay algo entre nosotros.

-Sólo porque beses bien, no significa que me vas a tener a tus pies. Ya no

somos aquellos estudiantes adolescentes –le dijo ella con los puños apretados–. Hay demasiadas cosas en nuestro pasado para que alguna vez tengamos un futuro. Y cuanto antes te des cuenta de eso, señor Hunter, mejor será para todos nosotros.

Capítulo 5

SHANE tomó a Mariah en sus brazos, deleitándose con su tentadora dulzura mientras el cuerpo de ella se moldeaba pegado contra el suyo. Una necesidad imperiosa afloró en él cuando la boca de ella se abrió con ganas de recibir su beso. El deseo se hacía más fuerte con ella aceptando todo lo que él le daba, pidiendo más.

La echó sobre la cama, el peso de sus cuerpos hacía ceder el colchón, las sábanas frescas, al contacto con la encendida piel de los dos, nada podían hacer para bajar esa fiebre. Él había pasado tanto tiempo sin poder pensar en otra cosa que no fuera Mariah... Tanto tiempo hacía que la quería...

–Shane... hazme el amor –susurró ella mientras se echaba hacia atrás.

–Con mucho gusto –dijo él colocándola debajo de sí...

En ese momento, de repente sonó un timbre. Intentó no prestarle atención, pero cada vez sonaba más fuerte y la voz de Mariah se desvaneció.

–¡No! –gritó él–. No te vayas.

Con un lamento, se incorporó en la cama, dándose cuenta de que todo había sido un sueño, y de que el timbre era el del teléfono.

Lo descolgó para ver quién era.

–Más vale que sea algo importante –gritó, respirando con desasosiego.

–¿Qué te parece que hayan entrado otra vez en la obra? –dijo Mariah.

Estaba todavía agitado cuando miró el reloj de la mesilla, eran las dos y cinco de la madrugada.

–¿Mariah?

–El guarda de seguridad no ha podido localizarte y me ha llamado a mí. Debes de dormir como un tronco.

Se pasó una mano por el pelo, y trató de reponerse.

–Bueno, pero ya estoy despierto. Te veo en la obra dentro de media hora.

Mariah se acababa de bajar de su vehículo cuando el de Shane frenó en seco al lado de donde lo había hecho ella. Salió abrochándose los botones de la camisa.

Una descarga de sensaciones asaltó a Mariah cuando vio el pelo revuelto de Shane y el sexy aspecto somnoliento de su cara. ¿Había apagado el teléfono porque no quería que le molestaran? ¿Había estado con una mujer? Recordaba la voz fatigada de él cuando por fin contestó al teléfono. Ella no quería preocuparse por eso, pero sepreocupaba.

Shane saludó con la cabeza de manera seca a Mariah.

–¿Dónde está Roger?

–No lo he visto, acabo de venir y estoy sola. Pero me voy a enterar –se fue por el embarrado terreno hacia la nueva fila de casas en construcción.

Shane la alcanzó.

–¿Te dijo algo por teléfono? ¿Los han pillado? Mariah se paró.

–Mira, Shane. Sé lo mismo que tú. Si no hubieras estado tan ocupado podrías haber contestado al teléfono y podrías haber preguntado a Roger tú mismo –echó a andar de nuevo, pero él la detuvo.

–¿De qué demonios estás hablando? No hacía otra cosa que dormir.

–Si tú lo dices –odiaba estar celosa. ¿Qué le importaba a ella si estaba con otra mujer? Dejó de pensar en ello. Era asunto de él.

Las luces de seguridad resaltaban la pausada y tranquila sonrisa de Shane.

–¿Has pensado que estaba con una mujer? Se puso tensa.

–No me importa con quién pasas el tiempo. A menos que repercuta en el trabajo.

Esa vez echó a andar y no paró hasta que encontró a los dos guardas de seguridad, Roger Shields y Jerry Turner, junto a uno de los chalés.

–Perdona por haberte llamado, Mariah –dijo Roger, un ex marine fornido que todavía llevaba el corte de pelo militar.

–Pensé que esta vez los teníamos –dijo el otro guardia, Jerry, éste tenía una complexión menos fuerte, pero era experto en artes marciales.

–¿Han dañado algo? –preguntó Shane cuando se acercó tras ella.

–Han llenado todas estas paredes de pintadas –le dijo Roger–. Jerry y yo fuimos tras ellos, al final pillamos a uno, y en ese momento vimos las llamas que salían de la otra casa. Le soltamos para ir corriendo a apagar el fuego.

–Es gasolina –dijo Shane–. Se puede oler.

–Oh, Dios –dijo Mariah–. Esto es más grave. ¿Habéis llamado a los bomberos?

Roger negó con la cabeza al mismo tiempo que miraba a Shane.

–Hemos conseguido apagar el fuego antes de que se extendiera. Estos chavales son inexpertos, pero me temo que si no los frenamos, alguien va a salir mal parado. El que pillé olía a alcohol. Cómo me hubiera gustado haberle podido quitar el pasamontañas.

–¿Visteis algún vehículo? –preguntó Shane.

–No, salieron corriendo campo a través. Deben de haber venido en un todoterreno para pasar por ahí.

Shane se adentró en el chalé en construcción, apuntó su linterna hacia los tableros de madera pintarrajeados.

–Maldita sea. ¿Quién nos estará haciendo esto? –susurró, al tiempo que quitaba la luz de las repugnantes palabras.

–No he llamado al sheriff, Shane. Pero quizá tú deberías hacerlo. Aunque sean niños, están jugando a un juego peligroso.

–Hablaré con mi hermano por la mañana. Pero no queremos que la noticia se divulgue. Podrían decir que Paradise Estates está gafado.

–Lo peor no es eso –dijo el guardia de seguridad–. Quienquiera que esté detrás de esto va en serio. Esta noche podrían haber arrasado este lugar.

Shane dio un largo resoplido de frustración.

Se dirigió al chalé de al lado y encontró allí a Mariah. El olor a gasolina persistía.

–Esto es muy fuerte.

–No tanto –Mariah apuntó con la linterna a un montón de madera–. Si nos deshacemos de los tableros, nos desharemos del olor –ella lo miró–. Trae tu coche aquí, lo cargamos y hacemos un viaje al vertedero. Esta peste se habrá ido mañana. Nadie sabrá nada.

Shane estaba sorprendido.

–¿Y qué pasa con tu padre? ¿No deberías decírselo? Mariah negó con la cabeza.

–Él me ha contratado para que me ocupe de organizar las cosas. Y creo que

ésta es la mejor manera de tratar el problema.

Shane se sintió aliviado. Quizá podían llegar a trabajar coordinados.

–No puedo estar más de acuerdo contigo.

–Pero, Shane, no podemos permitir que esto siga pasando. Esta noche hemos tenido suerte, pero no podemos seguir recibiendo estos golpes –se puso tensa–. Tengo muy claro que no voy a permitir a unos cuantos jóvenes inadaptados acabar con miproyecto.

Shane no pudo evitar sonreír ante su furia y actitud protectora. Estaba de parte suya.

–Ésa es mi chica.

Ella frunció el
ceño.

–No soy tu chica. Soy tu gerente.

–¿No puedes ser las dos cosas? –estiró la mano para tocarla.

–¿No tienes ya suficientes mujeres?

A él le gustaba que a ella le importara tanto como para estar celosa.

–Ya te he dicho que estaba durmiendo.

No parecía convencida, y echó a andar hacia la caseta oficina. Shane enseguida la siguió, quería convencerla para que lo creyera. La agarró del brazo para que no fuera tan deprisa.

–Shane, suéltame –forcejeó para soltarse.

–En cuanto te diga algunas cosas.

Dejó de forcejear con él y se cruzó de brazos.

–Muy bien, a ver, habla.

–Primero, no he estado con nadie esta noche o cualquier otra noche desde que volviste a la ciudad. ¿Tan bajo concepto tienes de mí para pensar que después de estar contigo, de besarte de la manera que lo hice, puedo llevarme a otra mujer a la cama?

Mariah se quedó anonadada ante su brusquedad.

–Tardé tanto tiempo en contestar al teléfono porque estaba dormido... y soñando contigo –soltó una gran bocanada de aire–. Y, cariño, el sueño era como poco para mayores de dieciocho años, y habría llegado a X si no suena el teléfono.

Se acercó un paso más a ella.

–De alguna manera me alegro de que me interrumpieras, porque quiero

que seamos los dos los que vivamos eso juntos –la besó en la punta de la nariz y se fue con decisión. Sabía que ella todavía no estaba preparada para

confiar en él. Y esa confianza era lo primero para él.

Eran más de las ocho de la tarde de ese mismo día, cuando Mariah, exhausta, entraba en su pequeño apartamento. Cuando acabaron de hacer limpieza en la obra la pasada noche, Shane la había seguido hasta casa. Después de muy pocas horas de sueño, estaba de vuelta en la obra, allí se encontró con que Shane y Nate la estaban esperando.

Hablaron de manera extraoficial con el sheriff del incidente de la noche anterior. El hermano de Shane prometió incrementar las patrullas alrededor de la zona, esperaba que eso mantuviera alejados a los intrusos.

Ahora estaba en casa, Mariah se quitó la ropa de trabajo y se metió en la ducha. Dejó que el agua caliente relajara su cuerpo más tiempo de lo habitual. Esa noche sólo le apetecía cenar algo, ver un poco la televisión y dormir mucho.

No tenía mucha comida y estaba pensando en pedir algo del Pizza Palace cuando alguien llamó a la puerta. No esperaba a nadie. Abrió la puerta y vio a Shane con la luz de fuera.

–Shane, ¿qué haces por aquí?

Shane relajó un poco la sonrisa.

–Bueno, seguro que sabes hacer sentirse bien recibido a un chico –sin esperar a ser invitado a entrar, pasó por delante de ella y se metió en su pequeño apartamento.

–Mira, Shane. Estoy realmente cansada esta noche. Justo ahora iba a pedir algo de comida.

–Me alegro de que no hayas cenado. Me gustaría llevarte a cenar fuera.

Eso no era lo que ella necesitaba. Ya la hacía sentir bastante mal el hecho de que él supiera que ella había tenido celos.

–No me apetece nada tener que vestirme y salir.

–Así como estás vas perfecta. Además, no vamos a ir muy lejos.

Abrió la boca para oponerse, pero no pudo, sobre todo después de que Shane alargara la mano para tomar la suya y mantenerla agarrada.

–Bien, de acuerdo, tengo que cenar. Pero no quiero estar fuera hasta muy tarde.

–Me parece muy bien.

Ella asintió con la cabeza, después fue a ponerse unas sandalias y se metió

deprisa al baño. Se pasó un cepillo por el pelo y se pintó los labios, odiaba estar deseando pasar el resto del día con Shane. Respiró hondo varias veces para relajarse, y salió.

–Has hecho bien en soltarte el pelo –dijo Shane sonriendo.

Hizo que ella pasara su brazo por el de él, salieron y bajaron las escaleras. En lugar de dirigirse hacia el coche de él, la sorprendió llevándola a la cafetería por la puerta de atrás. Atravesaron la cocina, en la que no había nadie y sólo una pequeña luz alumbraba encima de la plancha, y salieron al salón.

–Oh, Shane.

El restaurante estaba cerrado, por eso estaba oscuro, propiciaba la intimidad. Unas velas titileando alineadas a lo largo del mostrador proporcionaban una tenue luz. Una de las mesas tenía un mantel blanco, con servicio para dos personas y un florero con rosas en el centro. La máquina de discos ponía la música de fondo, eran los Righteous Brothers cantando *Unchained Melody*.

Mariah se giró para tenerle de frente.

–¿Has preparado tú esto?

–En gran parte, aunque Sam ha hecho la comida. Quería llevarte a algún sitio. Has invertido un montón de horas en el trabajo. Quiero que sepas cuánto te lo agradezco –se acercó un poco más a ella–. Quería llevarte a algún sitio donde pudiéramos hablar sin extraños que nos molesten.

Aunque ella estaba entusiasmada con la idea, sabía que uno de los extraños de los que él hablaba era su padre.

–Eh, ¿por qué esa cara triste? –Shane tomó su mano–. No te tienes que preocupar del trabajo esta noche. Esta noche es para que te relajes. Ha sido una semana ajetreada.

Shane la sacó de la mano a la pequeña pista de baile. Una vez en sus brazos, Mariah olvidó cualquier razón por la que no debería estar haciendo eso, Shane la abrazó contra él. Ella no pudo resistir la tentación de dejarse caer en sus fuertes brazos, y se permitió abandonarse al momento.

La música se paró demasiado pronto. Shane se apartó un poco, reacio a separarse de ella tan pronto. La quería tener así para siempre.

–¿Todavía te gusta esa canción?

Mariah levantó la cabeza para mirarle con esos ojos verdes.

—¿Te has acordado?

Shane asintió con la cabeza.

–También me acuerdo de que lloraste cuando vimos la película *Ghost*—había ido al rancho y la habían visto juntos en el vídeo.

Ella sonrió.

–Esperaba que no te dieras cuenta.

–Era un poco difícil no darse cuenta, cuando tus lágrimas mojaban mi camisa—dijo él, y enseguida añadió—. No es que me importara. A un chico le vale cualquier excusa para abrazar a su chica.

–Eso no era todo lo que querías hacer—murmuró ella.

–¿Qué quieres que te diga? No era más que un adolescente. Ella dejó de sonreír.

–Sí, y tenías bastante fama.

Ella se soltó del abrazo, y él la dejó ir, consciente de que el momento había pasado.

–¿Te apetece una copa de vino?—Shane fue a la enfriadera, que estaba en el mostrador, y llenó dos copas. Le ofreció una a ella.

–Me puede entrar sueño con esto—dijo Mariah después de beber un poco.

–Corro ese riesgo. Es más, espero que te relaje lo suficiente para que pases un buen momento.

Mariah olfateó el aire.

–Si ésta es la lasaña de Sam, seguro que paso un buen momento.

–Así que tengo que darte de comer para que me prestes atención. Ella levantó las cejas y él estuvo a punto de besarla.

–Mientras tenga comida tienes toda mi atención.

La acompañó a la mesa.

–Tus deseos son órdenes para mí—fue a la cocina y salió con dos platos de lasaña.

Shane se sentó frente a ella. No pudo evitar sonreír cuando la vio cómo se tiraba a la comida. Y sonreír siempre estaba bien para empezar.

Capítulo 6

EL SIGUIENTE lunes por la mañana Mariah llegó a la obra a las seis de la mañana y vio que Shane estaba ya en su mesa. La saludó con un rápido movimiento de cabeza mientras seguía hablando por teléfono.

Era un asunto de trabajo, como de costumbre.

Cuando por fin colgó se acercó hasta la mesa de ella.

–Hola –dijo él, mientras daba vueltas a un papel de notas que tenía en la mano.

–Hola –contestó ella señalando al papel–.¿Hay algún problema?

Shane parpadeó.

–Sí, Ben Combs me llamó ayer por la noche. Ha tenido un accidente con la moto este fin de semana.

Ella emitió un grito ahogado. El carpintero había sido uno de los primeros en darle la bienvenida.

–¿Está bien?

–Se ha dado un buen golpe y se ha roto un brazo. No podrá trabajar en al menos seis semanas.

–Pues tendremos que buscar a alguien que lo reemplace –dijo ella, sabiendo que era un poco cruel pensar inmediatamente en el trabajo que estaba por hacer. Pero no quedaba más remedio.

–Así es. No podemos permitirnos ningún retraso, por eso he contratado a Chuck Harper. Trabajé con él el verano pasado. Vendrá aquí sobre las ocho.

Mariah se quedó mirando el nombre en el papel. No podía mirar a Shane sin recordar la cena y el baile que compartieron el viernes por la noche en la cafetería. En el fondo le había sentado mal que no la hubiera llamado o ido a visitar al apartamento durante todo el fin de semana. No había sabido nada de

él durante todo el fin de semana. ¿Estaba jugando con ella? O, como ella no había accedido tan fácilmente, quizá él había perdido interés. Recuerdos de años atrás surgían de nuevo, de cuando Shane de repente desapareció de su vida. No podía permitirse el lujo de quedar expuesta a ese tipo de daño otra vez.

Lo mejor era mantener las distancias. Que durante el resto de la mañana Shane trabajara tranquilamente en su lado de la oficina y ella en el suyo.

Mariah podría haber hecho eso si su padre no la hubiera llamado por teléfono cuatro veces para preguntarle cosas frívolas. Cuando llamó una vez más, se dio cuenta de que estaba cada vez más agitado, y a veces su conversación no tenía ningún sentido.

Mariah acabó por decirle que no la llamara más; con la promesa de que ella iría a hacer una visita a casa y le pondría al tanto de cómo iban las cosas, por la tarde cuando ella saliera de trabajar, después colgó. Mariah cerró los ojos, se acordaba de años atrás cuando su padre bebía. Se acordaba de los tiempos difíciles que casi habían destruido su familia y la habían mantenido alejada a ella. Pensaba que esos días pertenecían al pasado. ¿Pero realmente era así? Miró al otro lado de la oficina y vio que Shane se estaba fijando en ella.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

Sus emociones estaban muy recientes para ocultarlas. Hizo de tripas corazón y sacó fuerzas para levantarse.

—Nada que algo de comer no pueda ayudar a resolver. ¿Quieres que te traiga algo cuando vuelva? —rezó para que Shane no pidiera ir con ella.

—Si no es mucha molestia, me gustaría que fuera una hamburguesa con queso y patatas fritas —se echó mano a la cartera.

Mariah no quiso aceptar el dinero.

—Yo invito. Tú pagaste el desayuno el otro día.

—No importa.

Mariah casi había llegado a la puerta cuando Shane la detuvo. Aguantó la respiración.

—Si no estoy aquí cuando vuelvas, estoy fuera trabajando. Llámame por la radio —por un momento se miraron frente a frente, el silencio se prolongó entre ellos, ambos fueron conscientes de su deseo sexual.

Él habló primero.

–¿Estás segura de que estás bien?

Mariah consiguió afirmar con la cabeza ante la sincera preocupación de él.

Era tan tentador para ella recostarse en su hombro... ¿Pero podía poner en riesgo su corazón otra vez con él?

Veinte minutos más tarde, Mariah entraba en el Good Time Café. Estaba lleno de gente, pero el suave sonido de la música amortiguaba el ruido de las conversaciones. Dio una pasada con la mirada por los compartimentos con mesas y sillas, vio a varios jóvenes estudiantes de secundaria agrupados en la máquina de discos. Centró la atención en uno alto, larguirucho, con pelo rubio demasiado largo. Su hermano, Rich.

Ella sonrió. No había visto mucho a Rich desde que ella se había mudado. A lo mejor podía convencerlo para comer juntos.

Fue pasando por la zona de mesas hasta llegar a la diminuta pista de baile que se hallaba frente a la vieja máquina de discos.

–Hola, Rich.

Él se giró, dejó de sonreír cuando la reconoció.

–Mariah. Hola.

–¿Cómo es que no estás en el instituto?

–Sólo hemos tenido clase hasta mediodía –se metió las manos en los bolsillos–. Así que aquí estoy pasando el tiempo.

–Si no tienes clase, ¿por qué no te vienes a la obra? Te puedo enseñar lo que estamos haciendo.

Su hermano se sorprendió.

–¡No! ¿Por qué iba a querer yo hacer eso? –miró a sus amigos–. Ya tenemos planes. Y nos tenemos que ir.

Empezaron a irse, pero Mariah paró a su hermano mientras los otros se dirigían a la puerta.

–Rich, esperaba poder pasar un rato contigo. Si no hoy, quizá en otro momento.

–¿De repente quieres hacer de hermana mayor? Te fuiste de nuestra casa para ir con el enemigo.

¿Cómo podía él pensar eso de ella?

–¿Pero qué dices?

–Te llevas fenomenalmente bien con los Hunter.

–Trabajo con Shane.

-¿Eso es lo que estabais haciendo hace dos semanas cuando él estaba en tu

apartamento?

¿Había ido su hermano al apartamento el día que ella fue al rancho?

–No, fuimos al Double H. La señora Hunter me invitó.

–¿Lo sabe papá?

–No tengo que dar explicaciones a papá de dónde voy –los prejuicios de su padre habían vuelto a pasar de una generación a otra–. Sabes que Shane Hunter no ha hecho nada malo. Lo que pasara entre nuestros abuelos hace sesenta años debería estar enterrado y olvidado. No dejes que papá te envenene la sangre.

Se puso tenso.

–Lo único que sé es que nosotros los Easton tenemos que ser una piña.

Somos una familia. Tú has faltado a tu
lealtad.

Eso le dolía.

–Fue papá quien me trajo a este trabajo. Aquí no hay enemigos. Sólo una estúpida enemistad heredada que tiene que acabar.

–¿Cómo puedes decir eso? Mariah, nos robaron nuestras tierras. No estoy dispuesto a escuchar cómo los defiendes.

–No estoy defendiendo a nadie. Por favor, Rich. Vamos a hablar de esto –
estiró la mano para tocarle, pero él se retiró y salió corriendo de la cafetería.

A través del cristal vio cómo su hermano subía a un todoterreno nuevo de
doble cabina que había comprado su padre y se iba a toda velocidad.

¿Cómo podría ella ayudarlo si no le escuchaba?

–¿Mariah?

Se giró y vio a Nate.

–¿Va todo bien?

–Oh, Nate. Disculpa. Me has pillado pensativa.

–Me refiero a tu hermano. ¿Te da problemas?

No iba a sacar sus problemas familiares allí. Puso una sonrisa forzada.

–Son sólo cosas de adolescente.

El sheriff no parecía convencido, mientras la seguía hasta la barra para
sentarse.

–¿Estás segura de que no es más que eso?

¿Era ése el momento de hablar de Rich?

–¿Por qué? ¿Hay algo que debería

saber? Nate se encogió de hombros.

–Sam ha tenido algunos problemillas con Rich y sus amigos, aunque hasta

ahora los ha sabido solucionar.

Mariah estaba avergonzada. Sabía que Sam tenía unas normas muy concretas para todos los chavales que iban a la cafetería. Si no seguían esas normas, se les prohibía el paso.

–¿Hay algo más que debería saber?

–Le he pillado alguna vez haciendo novillos. A veces tiene una actitud desafiante conmigo. Por eso, he hablado con tu madre. Me prometió que hablaría con él. La mayoría de las veces los chavales acaban abandonando esos comportamientos –Nate adoptó una mirada interesante–. Shane y yo salimos bastante bien de esa etapa.

–Tu hermano todavía tiene sus momentos –dijo ella, consciente de estar actuando todavía como si los dos fueran pareja.

–Hacíais muy buena pareja aquel día en el rancho. Vosotros, que tuvisteis problemas hace tanto tiempo.

Ya era hora de dejar de jugar.

–Dimos la impresión de estar bien avenidos sólo para que tu madre dejara de hacer de casamentera. Todo era apariencia. Mi relación con Shane sólo es laboral. No hay nada entre nosotros.

Una gran sonrisa se dibujó en la atractiva cara de Nate.

–Menos mal que mi madre no estuvo en el granero para ver ese beso de pasión. Estaría preparando la boda en este mismo momento.

Shane miró su reloj. Era más de la una. ¿Dónde estaba Mariah? Normalmente ella nunca salía para comer, y ya llevaba una hora fuera sin poderla localizar. Sabía que algo la había disgustado cuando había estado trabajando, y él, al fin y al cabo, la había dejado que fuera sola. Debía haber ido con ella.

La puerta de la oficina se abrió y el corazón de Shane latió más fuerte, para después acelerarse cuando por fin le echó la vista encima. No había tenido ocasión de fijarse bien en ella esa mañana. Ya que, con mucho esfuerzo, había tratado de ignorarla. Eso casi acaba con él, pero era lo que ella dijo que quería. Una relación meramente profesional.

–¿Dónde has estado?

Ella fue a su mesa y puso allí la bolsa.

–Comiendo.

–Eso fue hace una hora. He estado intentando localizarte en el móvil.

–Pues aquí me tienes –dijo con irritación–. ¿Qué problema tenías tan gordo que no has podido solucionar?

–Yo no he dicho que haya algo que no pueda solucionar. Sólo quiero poder localizarte.

–Estuve con algunos asuntos personales, ¿qué pasa? Pensé que podías manejarte una hora sin mí.

Shane se percató de una tristeza en sus ojos que su malhumorado tono no conseguía ocultar.

–Mariah, ¿qué te pasa?

–Nada.

Cuando Mariah pasó por la mesa de él, se estiró y la agarró del brazo.

–Dime la verdad. ¿Qué ha pasado?

–Ah, ahora resulta que te preocupas, cuando esta mañana ni siquiera me hasmirado.

Se quedó perplejo.

–¿No es eso lo que querías?

–Lo que quiero es sinceridad, Shane. No quiero jugar a ningún juego. Me has mentado respecto a eso de que tu madre nos quería juntar.

¿Con quién había estado hablando?

–Mi madre ha estado intentando emparejarnos a Nate y a mí desde que cumplimos los veintiuno.

–¿Así que la escenita de estar juntos en la barbacoa fue para agradarla a ella? –sus ojos tenían aspecto afligido–. ¿Y qué pasa con la cena donde Sam?

¿Fue eso para agradar a tu madre, o fue simplemente para ver en cuánto tiempo conseguirías fastidiar a la estricta gerente del proyecto? Flirteas con ella, la besas hasta que pierde la cabeza, y después llega el lunes por la mañana y la tratas como si no la conocieras.

Él se sentía por los suelos.

–No, Mariah, no ha sido así –estiró la mano para acariciarla, pero ella rehusó el gesto–. Lo prometo. Creí que estaba haciendo lo que tú querías –se pasó una mano por el pelo.

Las lágrimas inundaron los ojos de Mariah. Shane se acercó a ella.

–Sí, te besé en la barbacoa. El beso del patio quizá fue para mi familia, pero el del granero fue exclusivamente porque no pude refrenarme. Sabíaque

era una excusa para conseguir que fueras al rancho, y pensé que una vez que estuvieras en mis brazos...

–Que sucumbiría a tus encantos –continuó Mariah por él. Shane intentó forzar una sonrisa, pero no pudo.

–Un hombre siempre puede tener esperanzas –se serenó rápidamente–. Si fuera verdad lo que dices, ¿por qué te habría reconocido ciertas cosas? Te lo dije en serio eso de que me importas. Quiero otra oportunidad.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

–¿Por qué me tendría que someter otra vez a eso? Tú me rechazaste ya una vez –volvió a negar con la cabeza–. Eso duele, Shane.

–Tenía diecisiete años. Lo que hice fue arrogante y tonto –extendió el brazo y pasó la palma de la mano por la mejilla de ella–. Mi vida sufrió un vuelco cuando mi padremurió.

–Yo sabía que eso era así, y quise estar ahí para ayudarte.

–Oh, Mariah –se acercó más a ella, pero antes de que pudiera estrecharla en sus brazos, la puerta seabrió.

Kurt Easton entró en la caseta oficina, con aspecto de estar irritado y enfadado. Mariah se echó para atrás, pero Shane no dejó que el padre de ella lo intimidara.

–¿Qué quieres, Easton?

–Quiero saber por qué demonios no estás trabajando –no articulaba bien las palabras. Se tambaleó al dirigirse hacia la mesa. ¿Estaba bebido?–. ¿Por qué no estás fuera trabajando con tushombres?

–Estoy trabajando aquí.

–No me creo nada. Mariah puede ocuparse de la oficina. Así que agarra un martillo y ponte a clavar, Hunter.

–Papá, por favor –fue hacia él–. Shane tiene toda una plantilla trabajando y estamos casi al día con los plazos.

–Lo quiero ahí fuera –apuntó con el índice.

Shane no podía aguantar más. Le daban ganas de llamar a uno de los otros socios para que vieran esa otra cara de Kurt Easton.

Entonces Mariah tomó la iniciativa.

–Papá, qué te parece si te llevo a casa y te pongo al corriente de cómo van las cosas –intentó persuadirle–. Mamá puede prepararte algo de comer.

–No tengo tiempo. Este proyecto va con retraso –insistió el padre sin

mucha convicción. Parpadeó y empezó a dar tumbos. Tropezó y Shane corrió

a su lado.

–Eh, Kurt. Más vale que te sientes.

–Aparta tus manos de mí, Hunter.

Shane llevó a Easton hasta una silla, por lo que no había tenido muy en cuenta la fútil discusión. No olía nada a alcohol, pero la piel la tenía húmeda y pegajosa al tacto, sudaba en abundancia. Algo le pasaba.

–Kurt, ¿has tomado alguna medicación?

Kurt agarró del cuello de la camisa a Shane.

–Eso a ti no te importa.

–Lo siento, Shane –dijo Mariah–. Tengo que llevarlo a casa.

–Mariah, no pretendo fisgonear, pero... ¿ha estado bebiendo tu padre?

–Mi padre no ha estado bebiendo. Es... diabético. No quiere que lo sepa nadie.

Shane fue inmediatamente al pequeño frigorífico que había en el rincón, sacó una botella de zumo de naranja y la abrió. Se la ofreció a Easton.

–Tómate esto, Kurt.

–No quiero nada de eso –lo rechazó tímidamente.

–Mariah, haz que tu padre beba un poco. Voy a llamar a una ambulancia – Mariah asintió, Shane sacó su móvil, marcó el número de emergencias y explicó la situación al operador–. Ya vienen para acá.

Llegaron en diez minutos. Mientras el personal sanitario se ocupaba de Easton, Shane salió de la caseta llena de gente, en ese momento llegaba el coche patrulla del sheriff.

Nate salió del vehículo.

–¿Qué ha pasado?

Shane se dio cuenta de que no estaba tan calmado como creía.

–Kurt Easton empezó a comportarse de manera confusa y fuera de sus cabales. Supongo que es un bajón de glucosa, les puede pasar a los diabéticos.

Veinte minutos más tarde, Easton se encontraba en una camilla a punto de entrar en la ambulancia. Mariah iba detrás, parecía pálida y asustada.

Shane se acercó a ella.

–¿Qué tal está?

–Está mejor, pero se lo llevan al hospital. Tengo que ir con él.

–Por supuesto.

Nuevas lágrimas brotaron en los ojos de ella.

–Ah, mi madre, tengo que llamarla.

–No te preocupes, iré a su casa y la llevaré al hospital –Shane le agarró las manos en muestra de apoyo–. Ve con tu padre, no te preocupes de nada más, ya me ocupo yo.

–Gracias.

Shane se dirigió al coche patrulla de su hermano.

–¿Me puedes escoltar hasta la casa de los Easton?

–Claro –dijo Nate–. Bueno, Kurt va a odiar esto. Los Hunter ayudando a los Easton en un apuro familiar.

A Shane no le preocupaba mucho lo que pensara Kurt. Sólo estaba preocupado por una persona. Mariah.

Tres horas más tarde, Mariah salía de la sala de reanimación donde estaba su padre. Su madre había llegado treinta minutos después que la ambulancia, y desde entonces no se había movido de al lado de su marido. El médico había confirmado que el padre de Mariah tenía diabetes. Y Kurt Easton no se la estaba tratando bien.

Mariah pensaba que tampoco ella estaba ayudando mucho, ya que se sentía culpable de algo fatal para su padre. De que él hubiera empezado a beber otra vez. Todo ese tiempo había estado enfermo. Mariah dio un largo y profundo suspiro. Podría haber muerto ese mismo día si...

Mariah miró en la sala de espera y vio a Shane repantigado en una silla de plástico, con sus largas piernas estiradas. Tenía los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia atrás contra la pared. Un sentimiento agradable le recorrió el cuerpo a Mariah, él estaba allí por ella. No se esperaba ver que él se había quedado, y aunque no estaba muy segura de querer que él estuviera ahí, se puso muy contenta de ver que estaba.

Fue hasta él y, como si sintiera su presencia, abrió esos cautivadores ojos azules y se puso derecho en la silla.

–Hola.

–Hola –respondió ella, dándose cuenta de que le faltaba un poco el aliento–. ¿No deberías estar en la obra?

–Estoy en contacto con Rod –se palpó el teléfono móvil que tenía en el bolsillo–. Estoy donde quiero estar. Además, puedo pasar luego por allí para ver cómo van las cosas. ¿Cómo está tu padre?

–Está estable. Quiero darte las gracias por haber pensado rápidamente en lo que le pasaba –se quedó mirando al infinito–. Si no hubieras estado allí...

Shane se puso de pie y le echó el brazo por encima de los hombros.

–No pienses en ello, Mariah. Lo que importa ahora es que tu padre se va a poner bien. Y los médicos le tendrán bajo control.

–¿Cómo supiste lo que había que hacer?

–Mi abuelo era diabético. Hubo una vez, cuando yo tenía doce años, que mi padre hizo eso. Él fue quien me dijo lo del zumo de naranja. Todo saldrá bien, Mariah –la atrajo hacia sí para pegarla a su cuerpo y ella consintió.

Alrededor de las siete de la tarde de ese día, Mariah volvió a la obra. El coche de Shane estaba aparcado a la puerta de la caseta oficina. No quería encontrarse otra vez cara a cara con él, ya que se sentía muy vulnerable. Había sido tan amable y se había portado tan bien. Y la había hecho sentirse tan segura cuando la estrechó en sus brazos. Intentó apartar a un lado tales pensamientos, pero ese día no funcionaba nada para evitar el recuerdo de su ternura y preocupación.

Con un rápido vistazo alrededor se percató de que los obreros habían acabado por esa jornada. Uno de los guardias de seguridad pasó por allí en un vehículo. La saludó y continuó la ronda cuando ella subía los escalones para entrar en la caseta oficina. Shane estaba en su mesa hablando con el encargado. Ella fue a su sitio y se dispuso a acabar algunos trabajos.

Lo primero que vio fue la lista de cosas que tenían que hacer los obreros al día siguiente. Pasados unos minutos Rod fue a preguntarle por su padre, después se marchó.

De pronto, la oficina parecía que se le quedaba pequeña, sobre todo cuando Shane se acercó y se sentó en el borde de su mesa.

–Mariah, no era necesario que volvieras aquí. Yo puedo ocuparme de las cosas.

–Lo sé, pero mi padre tiene que pasar la noche en el hospital, y pensé que podría hacer algo de trabajo.

–¿No está mejor?

–Sí, el médico sólo quiere asegurarse de que está estabilizado. Va a tener que cambiar la dieta y aprender a ponerse insulina –suspiró de cansancio.

–¿Y qué pasa contigo? Tendrás un montón de cosas que hacer ahora. ¿Por

qué no te tomas unos días
libres?

¿Qué pretendía Shane?

–No, puedo arreglármelas.

–Mariah, sé que te sientes culpable al pensar que tu padre estaba bebiendo.

–¡No sigas! –levantó una mano–. No quiero hablar de ello –eso nunca se lo había confiado a nadie, no obstante, se dio cuenta de que Shane de alguna manera sabía ese secreto de familia–. ¿Cómo lo has sabido? –preguntó ella tras un momento de tenso silencio.

Shane permaneció en silencio por un momento, después se encogió de hombros.

–Ya sabes cómo son las ciudades pequeñas, todo el mundo sabe los asuntos de los demás.

–Muy bien –ella lo miró–. Entonces sabrás que el hogar de los Easton no era perfecto. En realidad, era bastante tormentoso a veces.

–Mariah no lo decía para dar pena.

–¿Fue ésa la razón por la que te marchaste fuera para ir a la universidad? Ella asintió.

–¿Fue ésa también la razón por la que sólo volviste a casa unas cuantas veces en los últimos diez años? –preguntó Shane–. ¿O fue por mí?

Mariah no podía tocar ese tema ahora. Sus emociones estaban a flor de piel.

–No te lo tengas tan creído, señor Hunter. Me recuperé de ti hace mucho tiempo –no estaba siendo sincera–. ¿Cómo te diste cuenta de que me había ido? Estabas muy ocupado quedando con cualquier chica en cincuenta millas a la redonda. Dudo que ni siquiera lo notaras.

–Pero lo noté –bajó el tono de voz–. Me pasé por tu casa el día antes de irte. Tu madre abrió la puerta y dijo que no querías verme.

Mariah estaba asombrada.

–Mi madre nunca me lo dijo.

Shane se encogió de
hombros.

–Probablemente fue mejor así. Yo no quería que te fueras pensando mal de mí –su increíble mirada de ojos azules se encontró con la de ella–. Nunca pretendí hacerte daño, Mariah. Sólo que después de la muerte de mi padre...

y de la pérdida del rancho... fue algo muy difícil de asimilar para mí.
Mariah se daba cuenta de que él aún estaba molesto por lo que ocurrió.
—Lo sé. Éramos los dos tan jóvenes...

Él le sostuvo la mirada.

–Y me importabas mucho.

La garganta seca de Mariah la hizo tragar saliva.

–Y a mí me importabas un montón tú, pero mi padre me causaba muchos problemas. Ir a estudiar fuera no parecía mala solución en aquel momento... para todo.

Shane le tomó la mano.

–Ahora somos mucho más maduros y supuestamente más cabales. Me alegro de que hayas vuelto. Y espero que te quedes.

Eso ya era demasiado. Ella no quería que él la hiciera albergar esperanzas otra vez.

–Shane, ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea este proyecto... y mi familia.

Shane le puso un dedo en los labios.

–No malgastes energía dando explicaciones, Mariah. Entre tú y yo siempre ha habido algo; desde que fui a aquella reunión escolar y te vi por primera vez. Madre mía, me dejaste sin respiración cuando me sonreíste.

Shane la miraba mientras los bonitos ojos verdes de ella se abrían del todo. Lo había echado todo a perder años atrás. Ahora era la oportunidad de jugar sus cartas.

–Ya que estamos siendo sinceros, Mariah, quiero acabar lo que te estaba diciendo antes.

De repente, ella hizo un movimiento para irse.

–Creo que es mejor dejar las cosas como están.

Shane no iba a permitir que ella negara lo que había entre ellos. Fue detrás de ella.

–Dijiste que no te gustaba que jugara contigo calentando y enfriando lo que hay entre nosotros –estiró el brazo para agarrarla–. Y nosotros dos sabemos que siempre que nos aproximamos sin duda alguna se calienta –la estrechó en sus brazos y le cubrió la boca con la suya.

Mariah estaba aturdida. Finalmente cedió y se dejó caer contra él.

–He querido hacer esto desde que te dejé en tu puerta el viernes por la noche.

Shane pasó un dedo por el labio inferior de Mariah, y ella perdió la capacidad de resistencia. Era una pequeña caricia, pero que le metió el

fuego en el cuerpo, causándole dolor. Él le dio otro pequeño e incitante beso en el

labio de
abajo.

–Dime que querías verme tanto como yo a ti.

Todo se iría abajo si ella le dijera la verdad. Aun así, no pudo refrenarse.

–Sí –confesó ella antes de entregarse a otro beso.

Cuando él retiró su boca a ella le costó trabajo poder respirar.

–Sólo dime que nos daremos otra oportunidad –dijo él.

–Shane, no podemos dejar que nuestros sentimientos obstaculicen nuestros trabajos.

–No pongas tantos impedimentos. Podemos hacer el proyecto Paradise y además pasar parte de nuestro tiempo libre juntos.

Ella se rió.

–Ahora me doy cuenta de que estás loco. Se miraban fijamente.

–Claro, por ti.

Capítulo 7

ALGUNOS días después, Shane acababa de colgar el teléfono cuando Mariah entró en la caseta oficina después de comer. Como hacía a diario, había ido a ver a su padre a casa.

Shane notó mucho su ausencia.

Dos días atrás, Mariah le había pedido que no siguiera pensando en tener una relación afectiva con ella, y así lo hizo. Ambos sabían que tenían que centrarse en el proyecto, y Mariah había tenido trabajo extra, ayudando a su madre a atender la diabetes del padre.

–¿Qué tal? –dijo ella cuando se dirigía a su mesa.

–Hola –a él se le puso cara de contento cuando ella se inclinó sobre la mesa, se recreaba viendo cómo los pantalones vaqueros de ella se ajustaban a sus bien formadas piernas y redondo trasero. Cuando dejó de estar inclinada, se giró y lo miró airadamente, como si supiera lo que él había estado pensando.

–¿No crees que puedes sacar más trabajo adelante si tienes la cabeza donde tienes que tenerla? –puso una sonrisa forzada.

–Ya que eres tan buena leyéndome el pensamiento, vamos a ver si puedes adivinar lo que voy a hacer ahora –atravesó la oficina, y fue a por ella, pero estuvo muy rápida y lo esquivó. Echó un vistazo hacia la puerta como si alguien pudiera entrar en cualquier momento.

–Shane, compórtate.

Shane hizo lo que ella le pidió y se apartó.

–Es que eres demasiado tentadora.

–Bueno, pues intenta controlarte –lo recriminó ella y se sentó a su mesa–. Esto es un lugar de trabajo.

–Entonces vamos a continuarlo esta noche. Salgamos a cenar –quería convencer a Mariah de que ellos se entendían bien y de que deberían continuar su relación afectiva.

–Creo que ya hemos hablado de esto. No vamos a tener ninguna relación ahora.

–Ya la tenemos. Quiero pasar más tiempo contigo, Mariah. Quiero quedar contigo y llevarte por ahí.

Ella se quedó pensando, y él sabía que estaba tentada.

–No puedo. Le he dicho a mi padre que iría a cenar esta noche. Vaya.

–¿Cómo se siente tu padre? ¿Tienes idea de cuándo volverá a trabajar?

Easton había estado dando un trabajo agotador a su mujer y su hija. No le importaba nada llamar a Mariah para que fuera a casa varias veces a lo largo del día.

–Creo que la semana que viene.

En lo que concernía a Shane, lo bueno de todo eso era que Easton había dejado de atosigarle. Y eso hacía su trabajo más fácil.

–Como no puedes salir a cenar esta noche, ¿qué tal si nos largamos pronto y nos tomamos algo? Hay algo que me gustaría comentar contigo.

Aunque habían pasado mucho tiempo juntos en la obra, en público eso no había sucedido. Shane pretendía que ellos dos figuraran como pareja.

–No sé si eso es una buena idea ahora –dijo ella eludiendo la invitación. Eso dolía.

–Bueno, entonces, dime cuándo será una buena idea. Se quedó callada.

–Supongo que he malinterpretado tu actitud. Creía que te gustaba estar conmigo.

–No es eso, Shane –empezó a decir–. Dijiste que irías despacio. Los dos tenemos responsabilidades.

–No creo para nada que se me fueran a olvidar, sin embargo hay tiempo para otras cosas, Mariah. Creía que podría haber tiempo para nosotros, pero supongo que estaba equivocado –tomó su casco de la mesa y salió de la caseta cerrando fuerte la puerta. Se dirigió directamente donde estaban los carpinteros montando estructuras, con la esperanza de que golpeando clavos desahogaría su frustración.

Eran más de las nueve de la noche cuando Mariah se paró con el coche al lado del garaje de los Hunter. Miró hacia arriba, la luz estaba encendida, Shane estaba en casa.

Respiró hondo, estremeciéndose. Shane merecía sinceridad, pero eso la podía herir a ella. Era mejor decirle que ellos no podían llegar a ser una pareja y mantener las distancias. De esa manera ella no sufriría tanto. Y lo que era más importante, su padre no se disgustaría. El problema era que ella no quería perder a Shane.

Mariah salió del coche y subió por la escalera. Antes de que se acobardara, llamó a la puerta desgastada por la intemperie. Los segundos parecían horas mientras esperaba, después la puerta se abrió. Shane apareció, llevaba unos vaqueros y una camisa abierta que dejaba al descubierto su pecho desnudo. Ella no podía respirar, y mucho menos hablar.

–Mariah, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo en la obra? No me digas que han entrado otra vez.

Negó con la cabeza.

–Yo... quería hablar contigo, pero si éste no es un buen momento... –le faltó valor y comenzó a girarse para irse. Él la detuvo.

–Mariah, si es para algo del proyecto por lo que has venido no tienes más que decírmelo.

Volvió a negar con la cabeza.

Una lenta y sexy sonrisa se dibujó en la cara de Shane.

–¿Has venido a verme? –respiró hondo y tiró de ella para que pasara dentro.

Mariah se sintió sin fuerzas para resistirse. Era inútil, al igual que intentar no sentir nada por él.

Ella afirmó con la cabeza al mismo tiempo que rodeaba con los brazos el cuello de Shane.

–Ya sabes, Shane Hunter, que hay muchas razones por las que no debería estar aquí. Por las que no debería querer iniciar nada contigo.

La boca de él bajó en picado hasta encontrar la de ella, dejándola sin palabras, sin aire.

–¿Cómo vamos a poder trabajar juntos?

–Siendo muy felices –susurró él, y le dio un besito provocador en el labio

inferior.

Ella emitió un quejido y se acercó más, deleitándose con los sentimientos que Shane provocaba en ella. No pudo refrenarse y levantó la boca para juntarla con la de él. Ahora era su lengua la que acosaba los labios de Shane, y se estremeció con la reacción de él, que gimió y la envolvió con los brazos, estrujándola contra sí mismo.

–Shane –balbuceó ella cuando él la levantó, la llevó al sofá y se sentó con ella en sus rodillas. Mariah no quería pensar en otra cosa que no fuera amar a ese hombre.

–He notado que me faltabas –admitió él entre besos–. No puedo expresarte lo contento que estoy de que estés aquí.

–No debería haber venido. Estamos jugando con fuego, Shane. Mi padre... –sus palabras se extinguieron cuando la mano de Shane se metió debajo de su blusa y acarició su piel desnuda–. Mi padre nunca aceptará esto.

–Tu padre no está aquí, Mariah. Sólo tú y yo. Estamos completamente solos.

Shane comprimía con su boca la de Mariah. Le dijo que ella era la única que le importaba, la única que quería. Consiguió desabrocharle el sujetador, después las yemas de sus dedos se pusieron a trabajar excitando y endureciendo los pezones. Mariah tomó aire en profundidad y su mirada se encontró con la de él; vio el deseo reflejado en los ojos de él.

–Shane...

Él le apoyó la cabeza contra su hombro.

–No hace falta que digas nada. Te quiero tanto que estoy a punto de explotar. Pero tú no estás preparada para esto, Mariah. Y me importas demasiado para aprovecharme de ti.

–Te quiero –dijo ella, intentando mitigar la confusión que tenía encima.

–Y yo te quiero a ti. Pero las cosas están yendo muy deprisa. Creo que tenemos que ir más despacio. Ni siquiera hemos quedado para salir.

Shane la besó en la cabeza. Ella sabía que Shane tenía razón, pero eso no la aliviaba.

–Se nota que has cambiado desde que íbamos al instituto. Eras un pulpo, siempre intentando meter las manos por debajo del sujetador.

Shane echó una risita.

–Todo lo que quería era hacer una primera incursión, pero siempre me desbaratabas los mejores movimientos.

De pronto, Mariah sintió la necesidad de sacar a la luz su gran duda.

–Siempre pensé que... ésa fue la razón por la que rompiste conmigo.

Cuando lo escuchó maldecir, intentó levantarse de sus rodillas, pero él la sujetó con fuerza.

–Mariah, eso está en el último lugar de las razones por las que rompí contigo. Estaba hecho un lío tremendo cuando mi padre murió. Pero tú me importabas. Es que mi familia lo perdió todo, la casa, el dinero...

–Fui consciente de ello. Quise estar a tu lado, pero tú no dejabas de jugar con todas esas otras chicas.

Eso era ridículo. Aquellos tiempos ya habían pasado hacía mucho. Shane dio un largo resoplido.

–No puedo negar que he estado con algunas mujeres, pero son muchas menos de las que se dice.

Mariah estaba acurrucada encima de él, la cabeza descansaba sobre su hombro. Quería creerle.

–Tengo que irme.

–Primero escucha lo que te voy a decir –le puso las manos a ambos lados de la cara–. No te equivoques, Mariah. Te quería entonces y te quiero ahora. Pero si te llevara ahora a la cama y te hiciera el amor esta noche, seguramente te arrepentirías mañana por la mañana –él movía la cabeza de un lado a otro–. No podría soportarlo. Quiero algo más que una noche contigo –respiró hondo–. Ahora tienes muchas cosas encima. Los dos las tenemos. Me queda camino por recorrer hasta que mi empresa sea solvente –levantó las cejas–. Y dicho eso, te diré que no puedo evitar desearte. Quiero que vuelvas a mi vida, Mariah –se pasó la mano por el pelo en señal de frustración–. Sé que no tenemos mucho tiempo para estar juntos fuera de la obra, pero deberíamos ser capaces de quedar de vez en cuando. ¿Qué te parece lo de salir conmigo?

–A mí también me gustaría –dijo un poco aturdida–. ¿Y qué pasa con mi padre?

–Ya sé que guarda rencor a mi familia, pero, Mariah, se trata de tu vida. Mariah era consciente de ello, pero su padre había estado tan enfermo...

–No saquemos el tema delante de él ahora. Le está costando recuperarse.

–Mujer, yo sólo quiero estar contigo –la besó a conciencia antes de dejarla–. Caray, eres demasiado tentadora –declaró, y la dejó levantarse–.

Vamos a entretenernos un poco –la ayudó a levantarse y luego se levantó él–.
Tengo algo que quiero que veas –a llevó hasta la encimera de la cocina–. No
quieroquepiensesquesólomeinteresasporteneruncuerposexyser

guapa. También me encanta que tengas cabeza –abrió una carpeta–. ¿Te importaría mirar este proyecto?

–Qué dulce eres hablando, Shane Hunter. De verdad que sabes meterte a una chica en el bolsillo.

–Lo intento hacer lo mejor que puedo.

A la mañana siguiente, Shane aparcó al lado del coche de Mariah. Incluso sin haber dormido bien por haber estado pensando en ella, su corazón se aceleraba con la expectación de volver a verla. Saltó los escalones para subir, abrió la puerta de la caseta y se metió rápidamente. Antes de que pudiera decir nada a la hermosa mujer que había detrás de la mesa, vio a dos trabajadores, Jack y Tom, que estaban allí de pie.

–Hola, Shane –dijo Jack–. ¿Vas a trabajar con nosotros hoy? Shane dejó de mirar a Mariah y se dirigió a los dos hombres.

–Alguien tiene que controlaros, chicos –dijo con una sonrisa.

Mariah entregó a los dos carpinteros el cheque del sueldo, y tras un movimiento de cabeza en señal de agradecimiento volvieron al trabajo.

Tan pronto como se cerró la puerta, Shane fue hacia Mariah. Sin mediar palabra, la abrazó y la besó profundamente.

–Buenos días.

–Buenos días –contestó ella, hizo un movimiento para salir de los brazos de él, y miró nerviosa a la puerta.

–¿Temes que nos vea alguien? Mariah asintió con la cabeza.

–Me gustaría que nuestra vida privada siga siendo privada.

–En ese caso, ¿quizá pueda ir a tu casa más tarde?

–Quizá –ella sonrió, abrió un cajón de la mesa y sacó la carpeta que él le había dado la noche anterior–. ¿Tienes unos minutos para hablar de esta propuesta antes de que te vayas con los obreros?

–¿Ya te has metido con ello?

–No he podido dormir esta noche. El pulso de él se aceleró.

–¿Tú tampoco? Tienes suerte de que no fuera a llamar a tu puerta –se sentó

en una silla—. ¿Qué te parece el proyecto de Las Vegas?

—Es el doble de grande que el de Paradise. ¿Puedes sacar adelante ese

volumen de trabajo?

–He estado pensando en ampliar la empresa. Sé que podría tener la misma plantilla. La mayoría de mis obreros no tendrían problema en trabajar de cuatro a seis meses en Las Vegas.

–Me parece bien. Éste es un buen proyecto para concursar –dijo Mariah–. Los plazos y las fechas de finalización son razonables.

Shane sentía cómo su ánimo crecía.

–¿Qué opinas de vivir en Las Vegas una temporada?

–¿Yo? ¿Me estás ofreciendo un trabajo?

–¿Tienes planes para después de Paradise?

Mariah sabía que Shane le iba a pedir ser algo más que la gerente del proyecto. Negó con la cabeza.

–Entonces ayúdame a elaborar un presupuesto.

Mariah abrió un cajón de su mesa y sacó otra carpeta.

–Como te he dicho, no podía dormir anoche.

Sus ojos azules se iluminaron, después se puso a ojear lo que Mariah había hecho durante la mayor parte de la noche.

–Guau, yo nunca habría conseguido algo así de detallado.

–Forma parte de mis funciones. Todavía tengo que comprobar el coste de los materiales. Por una parte, podrías convencer a tus mejores hombres para que fueran contigo, aunque tuvieras que pagarles el alojamiento, y por otra, para reducir costes podrías contratar mano de obra local hasta completar la plantilla.

Se quedó asombrado.

–Me haces creer que lo puedo conseguir. ¿Qué te parece si vienes conmigo a Las Vegas para hablar con un señor sobre el presupuesto?

Mariah estaba emocionada con la confianza que Shane depositaba en ella, pero sabía que no podía aceptar. Su padre se pondría furioso si descubriera que ella estaba haciendo eso. Irse con un Hunter. Para Kurt Easton, ella estaría poniéndose del lado del enemigo.

Sin embargo, no lo pudo remediar.

–Estaría encantada.

El viernes por la noche fueron en coche hasta Tucson para tomar un avión a Las Vegas. No habían divulgado mucho la noticia del viaje, y mucho menos

que iban juntos.

Después de aterrizar y recoger el equipaje, alquilaron un coche y se dirigieron a un hotel de lujo de la calle Strip. Shane había reservado una suite de dos dormitorios. Después de dar propina al botones, volvió a la salita de estar y vio inquieta a Mariah. Eso no era lo que él deseaba para su fin de semana juntos.

–A menos que estés demasiado cansada, he pensado que podríamos ir a cenar algo y dar una vuelta por la ciudad.

Mariah sonrió.

–Dame treinta minutos para arreglarme. Mariah miró alrededor de la habitación.

–Quiero llamar a mi madre un momento para que sepa que ya he llegado.

–¿Qué les has dicho a tus padres?

–Que iba a una entrevista para otro trabajo. Lo cual es verdad.

Shane se quedó mirando a Mariah mientras ésta se metía en su dormitorio y cerraba la puerta. Él no esperaba estar muy apartado de Mariah durante ese fin de semana. Lejos de Haven y de los problemas familiares, no tenían que preocuparse de nada, sólo de ellos mismos.

La puerta del dormitorio se abrió y Mariah volvió a entrar en la sala de estar. Se había soltado el pelo y pintado un poco los labios.

Se acercó a él, deslizó los brazos alrededor del cuello de Shane y le besó. De forma directa, profunda y con ganas. Cuando ella acabó el beso el cuerpo de Shane deseaba más.

–No tengo nada que objetar, pero ¿a qué viene eso?

–Sólo quería comenzar bien nuestra noche. Y agradecerte que me hayas elegido para ser tu gerente de proyecto.

–Todavía no he ganado el concurso.

–Lo ganarás –dijo Mariah con una sonrisa–. Tu reputación va en aumento. No sólo eso estaba aumentando.

–¿Qué tal si dejamos para mañana la celebración? Vamos a comer algo.

La agarró de la mano y salieron de la habitación, antes de que decidiera mandar al cuerno la comida y darse el festín con ella.

Mariah no había tenido mucha diversión en los últimos años. No había

estado en Las Vegas desde la universidad. Siempre había estado demasiado

ocupada y siempre había pensado que el juego era una manera tonta de perder el tiempo y el dinero. Pero con Shane estaba aprendiendo cosas que no sabía. Como jugar al veintiuno.

Cuando se aburrieron de jugar a las cartas, recogieron las fichas y acabaron en las máquinas tragaperras. Shane la llevó pasando por las máquinas de un cuarto de dólar y de dólar, hasta que llegaron a la zona de las máquinas de cinco a veinticinco dólares.

–Oh, Shane, creo que esto es mucho nivel para mí.

–Tienes que vivir un poco –sonrió y sacó algunos billetes del bolsillo–.

Vamos a jugar los dos a ver qué pasa.

Mariah aceptó, pero después de que varios billetes se esfumaran en la máquina intentando ganar el premio, la situación parecía poco prometedora. En ese momento, de repente, las tres cerezas aparecieron.

–Oh, Shane, ¡hemos ganado! –proclamó ella.

–No lo suficiente –dijo él al mismo tiempo que le daba a la palanca y observaban juntos en las ventanitas los desiguales signos.

Después de darle a la manivela varias veces más turnándose no salía ningún premio. Mariah estaba viendo cómo disminuían sus ganancias.

–Quizá deberíamos parar ahora –dijo ella.

–¿Dónde está tu espíritu de aventura, mujer?

–Se fue con los últimos cien dólares.

Shane se inclinó hacia delante y le dio un beso prolongado en los labios. Cuando se retiró le guiñó el ojo, haciendo que Mariah contuviera la respiración.

–Confía en mí –susurró él con una voz ligeramente ronca, después tomó la mano de ella, la levantó hasta la palanca y la envolvió con la suya. Sin apartar en ningún momento sus poco comunes ojos azules de ella, presionó la palanca hacia abajo.

Además del «clic» que hacían los signos al parar se escuchó un zumbido. Salió un triple bar, después otro triple bar y finalmente la tercera ventanita se unió a las otras dos. Sonó la campana y Mariah saltó en los brazos de Shane sin ser consciente de la multitud que se había congregado para mirar. Habían ganado casi tres mil quinientos dólares. Shane la besó.

–¿Ves?, ya te dije que hacíamos buen equipo.

Sobre la una de la noche, Shane y Mariah sintiéndolo mucho dieron la noche por acabada. Mariah estaba indecisa. Hacía mucho tiempo que no se despendolaba y se lo pasaba bien. Estaba claro que pasar la noche con Shane Hunter podría ser la fantasía de cualquier chica. Y esa noche era eso. Una fantasía. Una salida nocturna para un poco de diversión.

Sin embargo, todo tenía que acabar en algún momento.

Salieron del ascensor y se dirigieron a la habitación. Cuando Shane le puso la mano en la espalda de forma protectora y la llevó hasta la puerta, no pudo controlar el escalofrío. No quería separarse de él.

Shane abrió la puerta con la tarjeta y la dejó pasar primero. Habían bajado la intensidad de la luz y las cortinas estaban abiertas a la luminosidad de Las Vegas. Mariah se dirigió a la puerta del balcón, sabiendo que lo más lógico sería decir buenas noches e irse a su dormitorio.

–Deberíamos ir a dormir –le dijo Shane aproximándose por detrás de ella–.

Tenemos que levantarnos temprano mañana.

Mariah iba a decir algo en contra, pero al final asintió, y creyó que él estaría dirigiéndose a la habitación. En cambio, sintió las manos de él en los hombros.

–Gracias por esta noche, Mariah. Me lo he pasado muy bien. Ella se giró.

–Yo también –susurró–. Sin contar con que además hemos ganado dinero. Espero que mañana también tengamos suerte. Shane estiró la mano y le acarició la cara.

–Me parece que no hay nada que no podamos hacer... –bajó la cabeza y le dio un suave beso en los labios–. Juntos.

Al final Shane le cubrió la boca con la suya, ahogando el gemido de ella. La apretó contra sí haciendo más intenso el beso. Su lengua se deslizó por los labios de ella hasta que los abrió y él entró para saborearla. Las piernas de Mariah se debilitaban y el pulso se le aceleraba. Cuando por fin la soltó los dos jadeaban.

–Odio tener que acabar esta noche excepcional, pero más vale que lo haga antes de que perdamos el control –Shane le besó la punta de la nariz y la acompañó hasta la puerta de la habitación–. Gracias otra vez por esta noche,

Mariah –levantó la mano de Mariah y se la llevó a los labios para besarla–.
Te veo mañana por lamaanana.
La fantasía había acabado.

Su suerte continuó a la mañana siguiente cuando fueron a ofertar su presupuesto para hacer un grupo de casas de estilo tradicional ubicadas en un campo de golf. Los promotores y el arquitecto tenían algo más que curiosidad por las ideas de los dos, y cuando Mariah mencionó los proyectos bien conocidos en los que había trabajado, se mostraron más que interesados y quisieron saber cuándo podrían empezar la obra.

De vuelta en el hotel, Shane convenció a Mariah para salir a celebrarlo. Le dijo que fuera a la boutique del hotel y se comprara un vestido especial.

Mariah fue a comprar, pero con su propio dinero. Y encontró algo adecuado para la ocasión, un vestido rosa claro de tirantes finos y cintura ceñida, con bastante vuelo. Llegaba hasta media pantorrilla y acababa con un dobladillo festoneado. Encontró unas sandalias de tacón alto rosas, que combinaban de maravilla con el vestido. Incluso se dio el lujo de arreglarse el pelo y el cutis en un salón de belleza.

A las seis de la tarde, alguien llamaba con unos ligeros toquecitos en la puerta de su dormitorio. Respiró hondo y abrió, no le salían las palabras cuando puso la vista encima del hombre alto con traje oscuro y corbata color burdeos que tenía delante. Shane estaba guapísimo.

–Mariah... estás guapísima.

–Lo mismo digo –dijo en voz baja.

–Creo que la ocasión lo merece.

La abrazó y su boca bajó hasta la de ella para besarla con ganas. Ella le echó los brazos al cuello mientras él se abría camino entre sus labios para saborearla.

Shane retiró la boca y juntó su frente con la de ella.

–Te quiero, Mariah Easton. Te quiero como nunca he querido a nadie en mi vida. Y si no te sacó de esta habitación, voy a acabar arrancándote ese bonito vestido.

El pulso de Mariah se aceleró.

–A lo mejor es eso lo que quiero que hagas –repuso desafiante.

Shane se quedó helado, con miedo a creer lo que acababa de decir Mariah, y sabiendo que todavía había muchos obstáculos entre ellos dos.

–¿Lo dices en serio? –Shane la miraba desde arriba por su diferencia de estatura–. ¿Quieres que te haga el amor?

Ella lo miró a los ojos y afirmó con la cabeza.

—¿Y qué pasa con tu padre? ¿La enemistad de tu familia con la mía?

—No es nuestra enemistad —se puso de puntillas y lo besó—. Cuando Catherine se casó con tu abuelo fue porque se amaban el uno al otro. Ésa es la única razón por la que dos personas deberían estar juntas.

—Ésa es la razón por la que nosotros deberíamos estar juntos —Shane le dio un beso largo y apasionado—. Mariah, cástate conmigo.

Mariah no podía pensar racionalmente. No lo había hecho desde que Shane había vuelto a su vida. Se vio aceptando con la cabeza la loca, increíble y maravillosa propuesta.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Shane ya la tenía en un taxi camino del ayuntamiento en busca de una licencia de matrimonio, después a la vuelta se dirigieron en el taxi a una capilla. Las palabras de ánimo de Shane la sobrecogían; sus besos la anonadaban. Todo lo que ella quería era casarse con el hombre que amaba. Después todo lo demás saldría bien. Tenía que salir bien.

Shane le dio un ramo de rosas blancas y se quedó en pie a su lado hasta que el sacerdote comenzó a officiar. Mariah se encontraba concentrada mirando a Shane cuando escuchó la frase.

—Yo os declaro marido y mujer.

Acto seguido la boca de Shane fue en busca de la de Mariah. Estaba totalmente abstraída. Cuando acabó de besarla la sonrió.

—Bueno, señora Hunter, ¿qué te parece si volvemos al hotel y lo celebramos?

Capítulo 8

TRES intentos tuvo que hacer Shane en el hotel para meter la tarjeta de la puerta en la ranura, pero al final consiguió abrirla. Se volvió hacia Mariah y la levantó en brazos.

–Quiero hacer esto bien –dijo antes de pasar con la novia por la puerta. Mariah se agarró a su cuello y él la besó. Cuando ella gimió y se agarró con más fuerza Shane sintió la rápida respuesta de su cuerpo.

Se quedó parado y respiró hondo.

–Tendremos que dejarlo para más tarde.

Llevó a Mariah al centro de la suite donde en una mesa, vestida con mantel blanco e iluminada con altas velas blancas, se encontraba la cena de boda. Había más velas titileando por toda la habitación, además de varios ramos de flores.

–Oh, Shane, ¿cómo has hecho para preparar todo esto?

–Con una llamada de teléfono –la bajó de los brazos–. Quería que esta noche fuera especial –la besó, y rápidamente fue hasta la mesa para abrir la botella de champán que estaba en la enfriadera–. Sé que ha sido una boda precipitada, pero eso no significa que no podamos hacer esta noche memorable –el corcho saltó, y se quedó mirando fijamente a su esposa.

Shane sabía que el miedo podía aparecer, pero en lo único que podía pensar era en lo bella que ella estaba y lo mucho que la quería. Dejó de mirarla para llenar las copas, y descubrió que tenía las manos un poco temblorosas. Volvió a donde estaba Mariah y le dio unacopa.

–Por la guapa novia –brindó Shane, y los dos tomaron un trago. No podía dejar de mirarla.

–Dime que no estoy soñando, Mariah. Que no me voy a despertar yhabrás

desaparecido.

Ella se acercó a él.

–Soy de verdad, Shane. Y soy tu mujer.

–Creo que podríamos empezar cenando. Seguramente tienes hambre. Mariah acabó su copa y la puso en la mesa.

–Tengo hambre –miró hacia el dormitorio–. Pero no de comida.

Shane se las arregló como pudo para beberse el resto de su copa.

–Yo tampoco tengo muchas ganas de comer –admitió él.

Se esforzó por mantener la calma mientras su boca se cerraba sobre la de ella, recorriendo el contorno de los labios perfectos de Mariah con los suyos, disfrutando la suavidad y la textura. Ella respondió abriendo la boca, dejando que él frotara lengua con lengua. Un deseo imperioso recorrió el cuerpo de Shane, un deseo fuera de lo común. Quería impregnarse de ella.

Mariah no podía creer que Shane era su marido. De pronto el pánico la atacó, su mente se hizo un barullo con los sentimientos de amor hacia ese hombre. También estaba preocupada. Había aceptado ese matrimonio de manera tan poco formal... ¿Pero habían tenido alguna otra posibilidad? Su padre odiaba a Shane. Y ellos se querían el uno al otro. ¿Por qué tenía ella que elegir a uno de los dos?

Se le puso carne de gallina, y decidió olvidarse de todo, de todo menos de Shane y ese momento. Sus dedos subieron lentamente por el ancho pecho de él antes de llegar a descansar en sus hombros. Tiró de él para tenerlo más cerca, cediendo a su creciente pasión.

Shane le agarró el trasero, y alinearon sus cuerpos. Los estremecimientos recorrieron el cuerpo de Mariah cuando él le llenó la mejilla de besos.

Sin esfuerzo Shane se la echó en los brazos y la llevó a su dormitorio. Como si estuviera esperándolos, la cama estaba abierta. La bajó de los brazos en el borde de la cama.

–He soñado con esto desde que te vi por primera vez.

Shane la besó otra vez, después sonrió y comenzó a bajarle la cremallera del vestido.

–Creo que te deberías quitar esto antes de que lo rasgue. Y quiero que esta noche todo salga bien.

Mariah sentía una eufórica mezcla de pasión y esperanza. Lo miró a la

cara y admitió:

–Estar contigo es lo único que siempre he soñado.

Le bajó los tirantes del vestido, y éste cayó. Ella estaba allí de pie con sólo la ropa interior. A Shane le hacían chiribitas los ojos cuando se fijó en los pechos, después empezó a acariciarle un pezón. Ella gemía, deseando más. Shane la complació y se inclinó para poner su boca en uno de los tiosos pezones. A Mariah se le fue la cabeza para atrás. Se le contrajeron los músculos del estómago de antelación cuando él la echó sobre las frías sábanas. Shane se levantó, se quitó la camisa y la tiró al suelo. Después fueron las botas, el cinturón, los pantalones... todo. La respiración de Mariah se paró por completo cuando atrevidamente examinó el perfecto cuerpo desnudo de él.

Cuando volvió a mirar a Shane a la cara, enseguida se quedó fascinada por la intensidad de sus ojos. Shane se aproximó y su boca se abalanzó sobre la de ella, ardiente y hambrienta.

Interrumpió el beso para quedarse mirando el cuerpo de Mariah.

–Qué belleza la tuya –desabrochó el sujetador y le masajeó los pechos con sus callosas manos. Después chupó y la excitó hasta que ella gimió de deseo y quedó tendida hacia atrás frente a él. Mariah se olvidó de todo menos del hombre que tenía delante–. Te quiero, Mariah.

–Demuéstramelo. Hazme el amor, Shane –dijo Mariah en voz baja mientras pasaba las manos por el pecho de Shane. Del pecho pasó a la espalda, para luego empujarlo contra ella–. Ahora.

Shane no iba a resistirse por más tiempo y le quitó las bragas. Poniendo los brazos a ambos lados de Mariah, se situó entre sus piernas y apretó lentamente hasta estardentro.

Shane gritó cuando una repentina tensión se acumuló en su interior y luchó por reprimirla. Era una agonía maravillosa. Había querido a Mariah durante tanto tiempo... amado tanto tiempo. Cuando ella le rodeó con las piernas y le dijo que continuara, Shane incrementó el ritmo, al cual Mariah se acopló bien recibiendo cada embestida de él. Shane notó cómo se ponía rígido el cuerpo de Mariah, y ésta jadeó y le abrazó.

–Shane –gritó ella.

Él no pudo aguantar más y se desplomó con su propio clímax sobre ella. Con un último esfuerzo se dio media vuelta hacia un lado y se quedó abrazado a ella, besándole el pelo y acariciándole la piel húmeda.

–Ha sido increíble –balbuceó él.

Mariah asintió con la cabeza volviéndose hacia él. Tenía lágrimas en los

ojos.

–Oh, Shane... –
susurró. Shane la
abrazó fuerte.

–No llores, cariño, o al menos dime que son lágrimas de felicidad.

–Lo son. Es que estar aquí contigo ha sido...
genial. Él sonrió.

–Así es, hemos estado geniales, ¿no crees? –le puso la mano en la espalda y le dio otro beso, largo y profundo–. ¿Alguna vez te he dicho lo loco que estoy por ti, señoraHunter?

Mariah tuvo ganas de reírse, pero una vez más las circunstancias exteriores se cernieron sobre el momento, haciendo surgir dudas.

–Hemos sido un poco locos. Hemos venido aquí a dar un presupuesto y nos hemos casado.

Shane le puso las manos a ambos lados de la cara, e hizo que lo mirara de frente, de tal manera que ella no pudiera dejar de ver la sinceridad en sus ojos azules.

–Y no me arrepiento. ¿Te arrepientes tú?

Mariah sintió un escalofrío y se le humedecieron los ojos otra vez.

–Oh, Shane, esto va a ocasionar tal revuelo... Pero no, no me arrepiento.

–Lo celebro –le dio un fuerte beso en la boca, volviéndola a hacer sentir. Se puso encima de ella, juntando pelvis con pelvis. Ella jadeó–. Vamos a ver si podemos ver el cielo otravez.

A la mañana siguiente, Shane no podía dejar de mirar a Mariah durmiendo. Era su mujer. Todavía no se lo podía creer. La idea de tener responsabilidades con otra persona daba un poco de miedo, y más cuando se había llegado a ello sin estar precisamente preparado. Todavía estaba empezando con su empresa. Gran parte del dinero que ganaba lo destinaba a devolver a Nate el dinero que éste le había prestado para montar Hunter Construction. Si por lo menos el proyecto Paradise se finalizara a tiempo y pudiera cobrar la gratificación prometida, se consolidaría. Pero hasta que eso pasara, tendría que llevar a Mariah a vivir a su pequeño apartamento... sólo por unatemporada.

Shane levantó la cabeza.

–Buenos días.

Ella parpadeó.

–Recuérdame otra vez quién eres.

Él se lo recordó al mismo tiempo que la echaba hacia atrás sobre la espalda y se ponía encima. La boca de Shane empezó a recorrer su cuerpo hacia abajo.

–Creía que no se te iba a olvidar.

–¿Cómo podría olvidarlo? –dijo ella alargando la mano para agarrarle, y tirando de él para que la besara–. Hazme el amor –susurró ella.

–Me parece que lo voy a tener que hacer tan memorable que no te sea fácil olvidarlo otra vez.

Su boca y sus manos habían empezado a cumplir esa promesa cuando sonó el teléfono.

–No le hagas caso –dijo Shane. No estaba dispuesto a permitir que nada interrumpiera su momento con Mariah.

Ella se incorporó.

–No podemos.

–De acuerdo, pero acuérdate por dónde me he quedado –dijo él mientras alcanzaba el teléfono. Estaba dispuesto a despachar enseguida a cualquiera que se atreviera a llamar a esa hora–. Dígame.

–Hunter –la voz enfadada de Kurt Easton retumbó en su oído–. Exijo saber qué demonios haces con mi hija.

–No tengo que darte explicaciones por cosas ajenas a la obra –dijo Shane–.

Estamos en fin de semana, Kurt.

–Me importa un bledo el día que sea hoy. Eres responsable de tu trabajo veinticuatro horas al día siete días a la semana. Ahora pásame a Mariah. Y no te molestes en decir que no está contigo. Estoy llamando a su habitación.

¿Cómo sabía Easton que Shane estaba fuera de casa? Rod era el único que sabía dónde estaba. Shane rezó para que no hubiera ningún problema.

Mientras le pasaba el teléfono, Shane se dio cuenta de que Mariah se estaba poniendo pálida. Le gustaría poder encontrar alguna manera de solucionar eso por ella, pero sabía que tenía que ser ella la que hiciera frente a supadre.

Mariah contestó al teléfono.

–Sí, papá –dijo ella.

Shane paseaba por la habitación sin querer escuchar la conversación de Mariah mientras recogía su ropa. El padre de Mariah había pasado mucho

con su reciente enfermedad, y Shane también sabía que Easton haría cualquier cosa para alejar a su hija de él.

–Sí, hoy volvemos. Llegaré hoy por la noche a la hora de la cena. Adiós, papá –con la sábana apretujada contra sus pechos, Mariah se estiró y colgó el teléfono–. Mi padre ha tenido que ir a reanimación la pasada noche. Ahora se encuentra bien, pero como no fui a verle, mi madre le dijo que había venido aquí para una entrevista de trabajo.

–Supongo que cuando volvamos tendremos que dar muchas más explicaciones.

La mirada nerviosa de Mariah se encontró con la de Shane.

–Shane, no podemos decirle que estamos casados. Por lo menos de momento. Él no se encuentra bien.

Eso no era lo que Shane quería escuchar.

–Entonces, ¿me estás diciendo que todo ha sido... un error? Mariah bajó de la cama arrastrando consigo la sábana.

–No, no he dicho eso. Pero ahora mismo hay mucho en juego. Tenemos el proyecto, y mi padre simplemente no está preparado para asimilar esto –le puso la mano en el pecho–. Por favor, Shane. Vamos a mantener esto entre tú y yo por una temporada. Sólo hasta que la enfermedad de mi padre se estabilice.

No tenía elección.

–Sólo hasta que esté más estable –repitió él, y se inclinó para besarla en la boca. Incluso en ese momento a Shane se le despertaba el deseo por ella.

Mariah se retiró.

–Shane, tenemos que tomar un vuelo anterior. Le he dicho a mi padre que estaría en casa tan pronto como fuera posible. Llamaré a la compañía aérea mientras te duchas –le dio un beso rápido y se apresuró a salir del dormitorio.

Shane se quedó mirando cómo se iba.

–Me parece que la luna de miel se ha acabado.

Esa noche Mariah se sentaba a la mesa en casa de sus padres, estaba dando vueltas a la comida en el plato. En lo que menos pensaba era en comer. A ella le apetecía estar con su marido.

Shane la había dejado en el apartamento de ella después de volver de Tucson. En el avión prácticamente no habían hablado. Mariah estaba

decepcionada porque Shane no le había pedido verla más tarde. Por supuesto, no podía culparle por ello.

Estaban casados, pero nadie lo podía saber... de momento.

–No te has comido el pollo, mi vida –dijo su madre–. ¿Te encuentras bien? Mariah siempre se quedaba admirada con Cheryl Easton. Rubia y atractiva, había cumplido cincuenta y dos años el pasado enero. Mariah nunca había escuchado a la mujer decir una palabra malsonante a su marido.

Y nunca se había enfrentado a él.

–Estoy bien, mamá.

–Sin duda alguna no estás bien cuando te vas sin avisar y pasas el fin de semana con un Hunter –dijo su padre–. No quiero que veas más a Shane.

A Mariah se le subió el genio.

–Papá, trabajo con él. Además, soy lo bastante mayor como para decidir a quién veo.

Su padre la miró airadamente.

–Así que no te importa que yo sea el hazmerreír cuando todo el mundo sepa que mi hija hizo una escapadita a Las Vegas con el tipo de persona que es Shane Hunter. No es más que un mujeriego.

A Mariah le salieron los colores. Eso era verdad. Shane se había visto con un montón de mujeres.

–¿Cómo lo va a saber la gente si tú no se lo dices? Su hermano dejó caer el tenedor en el plato.

–¿Cómo puedes soportar estar con ese cretino? –por la mirada de Rich se podía decir que su enfado era evidente–. Así que se supone que te has pasado al lado de ellos.

–Rich, aquí no hay lados –Mariah miró a su padre–. Shane no tiene nada que ver con lo que pasó hace sesenta años –se levantó–. Me tengo que ir.

Menos mal que ninguno intentó pararla mientras salía como un torbellino de la casa. Se habían pasado con ella, pero antes de que llegara al coche oyó que su madre la llamaba.

–Mariah, no te vayas así. Tu padre no se tiene que disgustar. Ella suspiró.

–Mamá, estoy harta de esto. Quiero ayudar a papá, pero el odio que tiene

a los Hunter tampoco es bueno para él –Dios santo, ¿qué iba a pasar cuando se enterara de que Shane se había convertido en su yerno?

–Tenemos que ayudarlo, Mariah.

–No creo que pueda. No permitiré que me diga con quién puedo estar.

–Lo sé, sé que Shane te importa. Siempre has sentido algo por él. Cuando erais estudiantes sé que solías verlo a escondidas.

–¿Por qué no me lo impediste?

–Porque ya tenía bastante de lo que ocuparme con... el problema de tu padre. No tengo nada en contra de Shane. Parece un joven agradable. Siempre ha sido educado conmigo, incluso cuando vino por aquí y le dije que tú no querías verlo.

A Mariah le latió fuerte el corazón.

–¿Cuándo?

–El día que hicimos una fiesta porque te ibas a estudiar fuera. Sólo pretendía no soliviantar a tu padre.

–Mamá, deberías habérmelo dicho.

–Lo iba a hacer, pero tu padre no estaba en uno de sus mejores momentos, sabiendo que te ibas y todo eso.

Mariah sabía qué significaba «todo eso». Su padre bebía por aquel entonces. Había sido la principal razón por la que ella había estado tan motivada para irse a estudiar fuera. Pero Shane la había querido ver. ¿La habría intentado detener?

–De todas maneras deberías habérmelo dicho.

–Quizá no lo hice porque sabía que vosotros dos sentíais mucho el uno por el otro. Y sabiendo que os habéis ido juntos el fin de semana, supongo que todavía lo sentís.

Mariah quería confiar en su madre para contarle sus sentimientos, que se había casado, pero eso la pondría en un compromiso. Mariah rehusó poner a su madre en un aprieto en el que habría tenido que elegir entre su hija y su marido.

–Sí, Shane me importa...

Asintiendo con la cabeza, la madre tomó la mano de Mariah.

–Ya eres muy mayor para que te diga lo que tienes que hacer. Y dudo de que sirviera para algo. Al menos procura no airearlo delante de tu padre. Ha pasado mucho últimamente viendo cómo Nate recuperaba el Double H, y cómo la empresa de Shane ganaba el contrato para el proyecto Paradise. Y ahora con su enfermedad. No vayas muy deprisa.

Era un poco tarde para eso.

–Mamá, esto es tan ridículo... Los Hunter no tienen intención de hacer

nada contra la familia Easton. Fue cosa del abuelo el empezar esta pugna, pero papá tiene la culpa de continuar la enemistad entre las dos familias y pasarle la ofuscación a Rich.

Como madre abnegada defendió a su hijo.

–Rich es un buen chico. Sólo quiere la atención y aceptación de su padre. Mariah no estaba tan segura.

–Mama, ¿por qué no viene Rich a trabajar en la obra? Puede hacer algo los fines de semana mientras tenga que ir al instituto. Podría ganar algún dinero para sus gastos.

–¿Crees que ésa es una buena idea?

–Es muy buena idea. Podría ver por él mismo que Shane no es mala persona. Podrían llegar a conocerse mutuamente.

Su madre suspiró.

–Se lo propondré, si tú sigues viniendo a ver a tu padre. Sé que ha cometido muchos errores toda su vida, pero él te quiere.

–Yo también le quiero –Mariah quería a todos. A su padre, a su hermano y a su marido. Pero sucedía que ellos se odiaban.

Esa misma noche, Shane se encontraba sentado en el último escalón de la escalera del apartamento de Mariah cuando por fin ella llegó en el coche. El corazón de Shane se aceleró cuando ella salió del coche y empezó a subir.

Por fin Mariah lo vio.

–Shane, ¿qué haces aquí?

–Hola –se puso de pie–. Pensé que deberíamos hablar.

–Qué curioso, en el avión no tenías mucho que decir.

–Estaba dolido porque quieres mantener en secreto nuestro matrimonio. Pero he estado pensando las cosas más despacio.

–¿Y has llegado a alguna conclusión?

–Que me comporté como un idiota –se acercó a ella. Extendió la mano y le tocó el pelo–. Y, Dios, te eché en falta. No pude dejar de pensar en ti, en nosotros. Cuánto odio discutir contigo –se inclinó y le dio un suave beso en los labios–. Prefiero mucho más hacer el amor.

Mariah suspiró.

–Oh, Shane.

María quería ser fuerte, resistirse a ese hombre hasta pensar bien las

cosas. Pero eso fue hasta que le tuvo a la puerta de casa, con unos pantalones vaqueros ajustados y una camisa que resaltaba sus anchos hombros. En ese instante, con una mirada insinuante de él, se volvió de mantequilla.

Shane la estrechó en sus brazos y la besó como si nunca fuera a parar. Los dos cuerpos irradiaban calor cuando las manos de Shane corrieron sobre ella, se deslizaron dentro de los bolsillos de los pantalones y le agarraron el trasero. Cuando él la apretó contra sí Mariah sintió morir de placer.

Shane dejó de besarla.

–Vamos a continuar esto dentro.

Ella le dio la llave. Shane abrió la puerta y entraron en el apartamento.

El deseo de Mariah por ese hombre hacía inútil todo razonamiento y todo sentido común. Tiró del cuello de Shane para poder alcanzar su boca, impregnarse de su calor y saborearlo. La mano de Mariah fue al pecho de Shane para tirar de su camisa. Cuando los botones cedieron Shane se quitó la prenda y después fue a por la ropa de ella.

De repente los golpes de alguien llamando a la puerta captaron la atención de los dos.

–¿Quién es? –preguntó ella.

–Mariah, soy Nate. Estoy buscando a Shane.

–Estoy aquí, Nate –deprisa y corriendo Shane se arregló la ropa mientras intentaba no inquietarse al pensar en la razón por la que su hermano quería localizarlo. Se puso la camisa y Mariah se fue por discreción al cuarto de baño.

Shane abrió la puerta.

–Nate, ¿qué pasa?

Su hermano no parecía muy contento.

–No hemos podido localizarte, por eso he venido a buscar a Mariah y he visto tu coche.

–¿Ha pasado algo en la obra? –preguntó Shane, preocupado por la cara que ponía Nate.

Éste asintió con la cabeza.

–Alguien ha estado practicando el tiro al blanco con los cristales del chalé piloto.

–Maldita sea. ¿Cuándo va a acabar esta pesadilla? –Shane se abrochó la camisa.

-Lo siento, pero cuando los de seguridad nos avisaron ya se habían ido.

–¿Roger y Jerry están bien?

–Están bien. Les dije que no se movieran hasta que llegáramos.

–Menos mal –se metió la camisa en los pantalones e ignoró la inquisitiva cara de su hermano. Se estaba poniendo la chaqueta cuando Mariah salió del cuarto de baño.

No había tiempo para ruborizarse o hacer cumplidos. Shane agarró a Mariah de la mano y salieron por la puerta. Tenía que parar de inmediato a quienquiera que estuviera intentando arruinarle.

Capítulo 9

TARDARON sólo diez minutos en llegar a la obra en el coche patrulla de Nate. Antes de que se detuviera el coche, Shane ya estaba abriendo la puerta. Cruzó deprisa la parcela para valorar los daños y encontró al guarda de seguridad, Roger, hablando con Clark, el ayudante del sheriff.

–¿No los habéis podido ver al menos? –preguntó

Shane. Roger negó con la cabeza.

–Lo siento, Shane. Jerry y yo los seguimos hasta lo alto de la montaña –el guarda señaló más allá de donde acababa la fila de chalés–. Oímos arrancar un todoterreno y salieron pitando.

–Maldita sea –Shane estaba harto–. ¿Por qué hacen esto? ¿Qué sentido tiene? Si al menos robaran algo de valor tendría más lógica. Pero lo único que hacen es destruir.

Shane percibió que Mariah se acercaba a su lado.

–Cuando sea de día, quizá Nate habrá podido averiguar algo más –dijo ella.

Shane asintió con la cabeza. Por muy desesperado que estuviera por obtener respuestas, no las iba a tener esa noche.

–Vamos a ver los daños –se dirigieron hacia el trío de casas de dos plantas de estilo Tudor. Tomó la mano de Mariah según se dirigían cuesta arriba hacia uno de los chalés de exposición prácticamente acabado.

Agarró una linterna grande que le ofreció Roger y la dirigió a la fachada de la casa, donde ya no estaba la cristalera de plomo y cristal biselado. Alumbró alrededor y vio que parte de la fachada de madera había sido astillada.

–Oh, no. Ésta iba a ser nuestra primera casa piloto. La han estado acabando por dentro esta semana para tenerla abierta el próximo mes –levantó la luz a

la planta de arriba y encontró más daños—. ¿Cómo vamos a volver a montar estas cristalerías a tiempo? Eran de encargo. Tardaron semanas en traerlas —murmuraba más para sí mismo que para los demás.

Mariah permaneció a su lado.

—Puedo contactar con gente que conozco. La frustración le hizo oponerse.

—¿Y para qué va a servir? Volverán otra vez y harán otra cosa. Maldita sea, no puedo seguir reparando todo. Esto se va a comer las ganancias a este paso.

Un par de faros alumbraron la zona cuando un turismo llegó, Kurt Easton salió de él.

—Fantástico, lo que me faltaba —gruñó Shane.

Mariah enseguida soltó el brazo de Shane y fue al encuentro de su padre. Sin mediar palabra, Easton le quitó la linterna a Shane y se dirigió a la casa. Pasados treinta segundos por fin dijo algo mirando a Shane.

—Tú eres el culpable de esto. Deberías estar concentrado en este proyecto, y no en Las Vegas en busca de otra obra.

Shane no podía aguantar más.

—Esto es lo que a ti te gusta, Easton, ¿no es así? Te gusta incluso más que criticarme. Que yo quede mal.

—No es mi problema si tú no eres capaz de llevar a cabo este proyecto. Nate interfirió.

—Creo que os deberíais calmar los dos.

—Papá, este problema no depende de Shane —añadió Mariah.

—Tampoco lo previene.

—Como si no hubiera hecho nada —dijo Shane, esforzándose por controlarse—. He contratado más seguridad y he puesto más focos de luz. Es como si consiguieran información de dentro. Parece como si supieran los horarios del personal —«siempre me llevan la delantera», pensó—. Cada vez está más claro que es algo personal contra mí. Como si alguien quisiera verme fracasar.

—Eres tú solo el que se mete en problemas —añadió Kurt maliciosamente.

—Maldita sea, Easton, no me extrañaría que de alguna manera estuvieras tú detrás de esto.

Mariah intervino.

–Shane. Mi padre no haría eso. Tiene tanto que perder como tú.
Shane apartó la vista de Easton para mirar a Mariah. Se le destrozó el

corazón cuando vio a su mujer ponerse de parte de su padre y no de la suya.

–No tanto como yo –dijo él, y no estaba pensando en el proyecto Paradise.

Mariah pudo ver el dolor en los ojos de Shane y sabía que se lo había causado ella. ¿Cómo iba a decidirse por uno de los dos hombres a los que quería?

–Mañana por la mañana tendremos todos la mente más despejada y podremos hablar de esto.

–Ya he dicho todo lo que tengo que decir –Shane se volvió repentinamente y se fue hacia la caseta oficina.

Mariah lanzó una mirada fría a su padre.

–¿Sabes una cosa? Si estás tan preocupado por el proyecto, ¿por qué no encuentras una manera de ayudar? Cuando acepté este trabajo te dije que no quería que pasara esto.

–Eso fue antes de tu escapada con Hunter.

Mariah se calmó un poco cuando pensó en la reciente enfermedad de su padre.

–Soy lo bastante mayor y dependo de mí misma desde hace mucho tiempo como para dar explicaciones de mi vida personal –se fue de prisa para alcanzar a Shane–. Shane, espera, quiero hablar contigo.

Él siguió andando.

–¿Por qué? Has dejado tu postura clara –sacudió el hombro. Mariah le echó mano y le hizo parar.

–¿Qué esperabas? Has acusado a mi padre de sabotear esta obra.

–Para mí no es ninguna tontería. ¿Quién más me tiene manía? ¿A quién más le gustaría ver a un Hunter hundirse? Pues bien, cariño, ya estoy a punto de naufragar.

Ella miró a las casas atacadas. Shane la estaba haciendo dudar sobre la inocencia de su padre.

–Mi padre nunca iría tan lejos –rezaba por no equivocarse.

–Cuando se trata de los Hunter él va tan lejos como haga falta.

–Shane, sé de buena tinta que él lo ha puesto casi todo en este proyecto.

–Yo también. Son mis inicios, Mariah. Es nuestro futuro. Porque creía que teníamos un futuro juntos –la mirada de ojos azules que a ella le gustaba tanto de repente se volvió fría–. Ahora ya no estoy tan seguro.

A Mariah le hizo daño su falta de confianza en ella. No le debería resultar

tan extraño, Shane ya le había hecho daño antes. Se había vuelto contra ella

antes. Ya tendría que tener aprendida la lección. ¿Cómo iba a ser capaz de pensar que podría haber futuro para ellos?

–Yo tampoco lo estoy.

De pronto oyó que alguien la llamaba, miró hacia atrás y vio a su padre apoyado contra el coche. Parecía agotado.

–Tengo que llevar a mi padre a casa –hizo una pausa esperando que Shane dijera que lo sentía y la abrazara.

–Nos hemos equivocado, Mariah. Aun casándonos la enemistad familiar no acabará. Kurt Easton no me va a aceptar nunca –Shane apartó la vista de ella cuando su padre la llamó otra vez–. Más vale quevayas.

A Mariah se le encogió el corazón. Sin embargo, no esperó a que se lo dijera dos veces.

–Adiós, Shane –esforzándose por no llorar, se fue. ¿Qué iba a hacer ella ahora? ¿Cómo se iba a recuperar de un segundo trauma sentimental?

Shane llegó temprano a la obra a la mañana siguiente para verse con Nate en Rock Ridge, la montaña por donde habían escapado los que hicieron los destrozos. Peinaron cada palmo de terreno y encontraron varios casquillos de rifle. Nate los metió en bolsas de plástico para las huellas dactilares. Pero a menos que los vándalos estuvieran fichados no serviría de mucho.

–Sé que no es mucho, pero podríamos tener suerte –dijo Nate.

–No voy a depender de la suerte por más tiempo. Me voy a venir a vivir a la caseta oficina hasta que acabe este trabajo. Y no voy a dejar que nadie toque lo que es mío –lo decía pensando más en Mariah que en el proyecto.

–¿Todavía crees que Kurt tiene algo que ver?

–No creo que él se pringue directamente, pero sería capaz de contratar a alguien –Shane suspiró–. Si fuera cosa de chavales, ¿no se habrían cansado ya?

Su hermano lo miró.

–Tienes que tener cuidado, Shane. Si son profesionales podrían ser duros depelar.

–Tengo que poner fin a esto.

–Como te he dicho, ten cuidado –Nate hizo una pausa–. Me dirás que no es asunto mío, pero me da la impresión de que lo tuyo con Mariah va en serio.

Tan en serio que se habían casado.

–Si me lo hubieras dicho hace veinticuatro horas, así lo hubiera creído. Su hermano le dio una palmadita en la espalda.

–Si necesitas hablar con alguien, aquí me tienes –empezaron a caminar de vuelta al coche.

–Gracias, pero no creo que hablar vaya a servir de algo –dijo Shane.

–Como dice mi adorable esposa, «así hablan los machotes tercos» –Nate sonrió mientras subía al coche patrulla para dirigirse a la ciudad.

Shane miró al sitio donde Mariah solía aparcar su coche. Estaba vacío.

Después de las cosas que le había dicho, no podía recriminarla por no hacer acto de presencia ese día. Todo lo que él quería era que su mujer estuviera a su lado. ¿Era mucho pedir? Quizá sí, habiéndose comportado como unborrico.

Entró en la caseta oficina y vio que en su mesa había un sobre de papel manila. Era de Mariah. Lo abrió y cayó una nota. Empezó a leerla.

Shane,

He llamado a la empresa Exclusive Window Company y he encargado que repongan lo que rompieron en los dos chalés piloto. Me han garantizado el suministro e instalación en tres semanas, para que lo tengamos según lo previsto inicialmente. He trabajado con ellos anteriormente, y trabajan de manera excelente. Y nunca te dejan tirado. Si crees que me he sobrepasado en el uso de mis funciones, hay un periodo de veinticuatro horas para cancelar el pedido.

Voy a estar sin ir a la obra por un tiempo, pero no te preocupes, haré mi trabajo. Me da la impresión de que los dos necesitamos tiempo para pensar las cosas y decidir qué camino tomar. Por favor, no intentes contactar conmigo en estos momentos.

Mariah.

A Shane le faltaba el aire y se dejó caer en la silla. ¿Cómo se habían podido poner las cosas tan enrevesadas? Se frotó la cara con las manos. Él sólo quería lo que había querido siempre, a Mariah. Y la había tenido al alcance.

Pensó en la noche anterior y en la encrucijada en que Mariah se encontró. No quería que Mariah se arrepintiera nunca de haberse casado con él. Y si

para conseguirlo tenía que dar marcha atrás, y darle tiempo, él así lo haría.

Además, sabía que tenía que poner orden en la obra primero. Tenía que demostrar a Kurt Easton que podía llevar a cabo el proyecto antes de empezar a vivir con Mariah. Una sonrisa se le dibujó en los labios. Ya habría oportunidad de ver lo que pasaba cuando ese hombre se enterase de que un Hunter era su yerno.

Una semana más tarde, la madre de Mariah decidió que tenían que salir de casa. Cheryl Easton creía que la cura de todos los males era meterse en el abarrotado Centro Comercial Tucson, y probarse ropa y calzado. Mariah odiaba ir de compras, así lo probaba su armario ropero. Pero ahora acababa de comprar algunos vestidos nuevos para los que probablemente no encontraría nunca ocasión de ponérselos. ¿Cuándo tendría ella oportunidad? Pensó en el vestido de verano de color violeta que habían encontrado en una pequeña boutique. Los finos tirantes y ajustado corpiño resaltaban su cintura. No pudo evitar pensar si a Shane le gustaría. ¿Le parecería que estaba sexy con él?

Gracias a su ordenador portátil, y a que Rod le comunicaba cuándo Shane estaba fuera de la obra para acercarse a su mesa de trabajo, se había podido mantener al día con sus obligaciones. Lo que no quería para nada era encontrarse con Shane. Aunque una parte de ella desearía tal encuentro. Mariah tenía ganas de él, de su tacto, de sus besos. Y aunque le había pedido que no la llamara, había rezado para que él lo hiciera. Pero Shane ni había llamado ni se había pasado a verla.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Mariah por la angustia que le producía el drama familiar. Shane había dejado muy claro que no merecía la pena luchar por ella. Todo estaba tan enrevesado... ¿Por qué tuvo que ir a enamorarse de Shane? ¿Por qué tuvo que ir con él a Las Vegas? ¿Por qué había dejado que él le hiciera el amor de esa manera increíble? ¿Había significado lo más mínimo para él? Una lágrima escapó mejilla abajo.

–¿No crees que ha sido una mañana entretenida? –la voz de su madre puso fin a su ensimismamiento.

–Ha estado bien, mamá –antes de dirigirse a casa después de hacer las compras fueron a comer a la cafetería.

–Hacía siglos que no íbamos juntas de compras –Cheryl Easton agarró la

mano de su hija—. Me gustaría poder conseguir sacarte los problemas de la cabeza.

—Dudo que puedas conseguir que papá deje en paz a Shane. Su madre suspiró.

—Oh, cariño, lo he intentado durante años. Sé que esta rencilla absurda le ha pasado factura, sobre todo a su salud —su madre levantó las cejas—. Y ahora te está afectando a ti. Otravez.

Mariah abrió la boca, pero no hubo negación.

—Shane me importa —movió la cabeza a los lados—. No es algo que haya planeado.

—Y todavía le quieres —añadió su madre.

—Sí, pero eso no sirve de ayuda. Papá y Shane se odian mutuamente.

¿Cómo voy a elegir a uno de los dos?

—Puede ser que tengas que hacerlo, Mariah. Hace años supe lo que sentías por Shane, pero los dos erais muy jóvenes entonces. Y cuando te partió el corazón fue muy duro para mí ver tu tristeza —su madre suspiró—. Por eso lo vi bien cuando decidiste ir fuera a estudiar. Creí que te olvidarías de Shane y encontrarías a otro chico. Pero parece ser que no ha sido así.

—Oh, mamá, ¿qué voy a hacer? Fue una locura por mi parte pensar que podía volver aquí y trabajar con Shane como si no hubiera sucedido nada en el pasado. Estoy hechapolvo.

Su madre dirigió la mirada hacia la puerta.

—Apostaría a que Shane no se siente mucho mejor. No te preocupes, cariño. Lo que tenga que pasar pasará, y al final todo se resolverá.

Mariah suspiró. Esperaba que su madre tuviera razón, pero no veían ninguna manera no traumática de salir de la situación.

Shane entró en la cafetería y se sentó a la barra. No tenía nada de hambre, pero su madre había amenazado con pegarle si no bajaba a comer algo.

Al menos ya quedaba poca gente comiendo. No se encontraba con ganas de alternar. Lo que quería era volver a casa y dormir a pierna suelta durante dos días. Pero no parecía que eso fuera a suceder hasta que la obra estuviera acabada, o los vándalos fueran detenidos. Quizá entonces las cosas volverían a sucauce.

A decir verdad, él sabía que su vida nunca volvería a ser normal otra vez.

Estaba inquieto, y se giró en el taburete hacia la puerta cuando una cabeza de pelo castaño rojizo llamó su atención.

Shane dirigió la vista a la mesa de al lado de la ventana donde estaban la señora Easton y Mariah. Su ávida mirada buscó la cara de ella. Su piel pálida y sin defectos, su espléndido pelo. Recordó esos rizos naturales extendidos por la almohada cuando hizo el amor con ella.

Como si percibiera que él la miraba, Mariah alzó sus ojos verde esmeralda hasta toparse con él. A Shane se le puso tenso el estómago. La había echado de menos. La angustia se le subió al pecho cuando en la máquina de discos empezó a sonar *Half Heaven, Half Heartache*, de Gene Pitney.

La madre de Shane llegó.

–Shane, has venido.

Parpadeó y se levantó para ofrecer a su madre el sitio de al lado.

–Cualquiera te dice que no.

–Alguien tiene que mirar por ti.

Shane a su madre no sólo la quería, también la respetaba y la admiraba.

–Es agradable saber que por muchas veces que te irrite siempre me quieres. La madre de Shane puso cara de sorpresa.

–Si hubiera sabido que era la hora de ponerse melancólico, habría traído el violín.

–No te metas conmigo, he tenido una semana mala.

–Yo no he tenido una, he tenido muchas. ¿Quieres que comparemos?

Shane intentó formar una sonrisa, pero no pudo.

–Creo que ganarías.

–Así es. También he tenido un montón de cosas buenas en mi vida. Vosotros mis hijos, por ejemplo. Habéis prosperado mucho. Vuestro padre estaría orgulloso. Así que no dejes que una persona lo ensombrezca.

No hizo falta mencionar el nombre de Kurt Easton.

La camarera se acercó y tomó nota de lo que querían. Cuando se fue, Shane continuó.

–Pero estoy perdiendo dinero y tiempo en este proyecto. No puedo gastarme más dinero en contratar más seguridad.

–Por eso has estado quedándote en la obra por las noches. No puedes seguir sin dormir, Shane –Betty movió la cabeza de un lado a otro–. ¿Qué

piensa Mariah de que te quedas a dormir allí?

Shane miró hacia otro lado. Su madre era muy buena intuyendo.

–Mariah está más cerca de su padre estos días. Betty suspiró.

–Parece ser que Kurt utiliza su enfermedad para mantenerla alejada de ti. Quizá haya algo que pueda hacer por ti.

–Mamá, Mariah y yo no estamos precisamente viéndonos estos días.

–Eso significa que has permitido a Kurt entrometerse entre vosotros dos.

–No tuve mucha oportunidad de hacer algo al respecto. Su madre no parecía convencida.

En ese momento Sam salió de la cocina.

–Hola, Shane.

Cuando miró a la madre la cara de Sam se puso más tierna.

–Hola, Betty, ¿Cómo van las cosas?

–Mi hijo se estaba poniendo testarudo –dijo ella–. A veces los hombres no ven lo que tienen delante de ellos. Me tengo que ir –dijo finalmente la madre–. Anula lo que he pedido, Sam. Te veré más tarde, hijo –le dio un beso y se dirigió a la puerta.

Shane frunció el ceño.

–¿Qué ha pasado ahora?

Sam miró cómo se iba Betty Hunter pasando por delante de la cafetería.

–Digamos simplemente que poder saber lo que una mujer se trae entre manos es uno de los misterios de la vida –después volvió a mirar a Shane y sonrió–. También es una de las cosas maravillosas que las hace tan interesantes.

Shane vio en el espejo que Mariah y su madre se levantaban de la mesa. Se le aceleró el corazón cuando su mujer se paró en la puerta y miró hacia atrás para buscarlo con la mirada. Se contuvo para evitar ir hasta ella, estrecharla en sus brazos, y prometerle que todo saldría bien para ellos. Pero no podía hacer eso, todavía no. Tenía que sacar adelante la obra como fuera antes de poder ofrecerle un futuro.

Capítulo 10

PASÓ una semana más, y la tristeza de Mariah no había hecho más que empeorar. Las noches habían sido especialmente duras, ya que el sueño la había abandonado. No podía dormir porque tenía el pensamiento ocupado con Shane y los recuerdos de su noche de pasión en Las Vegas. Y si por fin se quedaba dormida, soñaba con él. Era todo lo que tenía de él.

Se mudó otra vez al pequeño apartamento situado encima de la cafetería, en busca de intimidad y tiempo para estar sola. Antes había funcionado. Su padre no podría irritarla, aunque tampoco estaba Shane.

Nunca en la vida se había encontrado tan sola.

La melancolía de Mariah fue interrumpida por alguien que llamó a la puerta. Se levantó de la cama y se miró un momento en el espejo. Gruñó, estaba hecha un desastre, y sobre todo sin ninguna gana de tener compañía o escuchar una de las charlas de su madre para animarla.

Mariah abrió y se llevó una sorpresa al ver a Tori Hunter. La pequeña rubia estaba muy mona con una camiseta rosa y pantalones vaqueros de tirantes, a pesar de los cuales se podía notar la tripa redondita. Llevaba el pelo recogido atrás con una coleta.

—Tori.

—Hola, Mariah. Sé que es odiosa la gente que se presenta sin avisar.

—Creía que era mi madre con otra cacerola de comida. Tori sonrió tímidamente y le dio una caja de dulces.

—Te he traído unos donuts de chocolate que están para morirse.

A Mariah se le hizo la boca agua, al mismo tiempo que en su estómago sintió algo de náuseas.

—No te quedés ahí, entra —se echó a un lado—. No hagas caso del desorden.

–Eh, este apartamento me recuerda cosas –los ojos de Tori se llenaron de emoción mirando alrededor de la habitación–. ¿Sabías que cuando vine por primera vez a la ciudad, Nate convenció a Sam para que me dejara vivir aquí y me diera trabajo?

Mariah recogió algunos papeles de encima de la cama, que estaba todavía sin hacer. Negó con la cabeza.

–Sam es buena persona –estiró el edredón sobre las arrugadas sábanas–. Siéntate aquí. No tengo mucho para ofrecerte –dirigió la mirada a la tripa de Tori–. Y café no puedes tomar, ¿o sí?

–Si quieres que te diga la verdad, los donuts son sólo una excusa para venir a verte.

–Tú no necesitas ninguna excusa,
Tori. Tori levantó las cejas.

–Puede que cambies de opinión después de escuchar lo que te voy a decir – Mariah tomó aire–. Normalmente no me meto en estas cosas, pero no puedo quedarme ahí viendo que dos personas que quieren estar juntas están separadas. Quiero a Shane como si fuera un hermano y está muy triste. Y creo que es porti.

A Mariah se le puso un nudo en el pecho.

–Nunca fue mi intención...

–Ya lo sé –dijo Tori, con un semblante triste y frustrado–. Nate me ha dicho que no debería meterme en nada de lo que ocurra entre vosotros dos.

Mariah estaba muy sensible para mantener esa conversación.

–Por favor, no quiero hablar de Shane.

–Lo entiendo, pero tengo que decirte algo. Sé lo que es estar en medio de dos partes enfrentadas. Durante la mayor parte de mi vida, dejé que mi padre me dictara y manipulara para hacer lo que él quería. Yo quería con tantas ganas que él me quisiera que acabé haciendo todo lo que a él le agradaba – parpadeaba para contener las lágrimas–. Al final estuvo a punto de costarme a Nate.

Al ver el dolor de Tori, Mariah sintió pena.

–Lo siento, creo que todavía me duele. Pero la cosa es, Mariah, que ya no necesito suplicar a mi padre que me acepte o me quiera. Ahora tengo a Nate y pronto a nuestro bebé.

Mariah sintió un acceso de envidia hacia Tori.

–Apostaría cualquier cosa a que Shane te quiere, Mariah. Y creo que tú lo

quieres a él. Sé que la enemistad familiar está dañando vuestra relación, y sé de primera mano cómo ha afectado esa enemistad a la familia Hunter. Y ahora está impidiendo que tú y Shane estéis juntos.

–Es mucho más que la enemistad familiar –explicó Mariah–. Tenemos un pasado. No fuimos capaces de hacer que funcionara entre nosotros entonces, y las cosas no han cambiado mucho.

–Eso es porque permites que tu padre interfiera.

Eso era verdad. Ella se había encontrado en el medio años atrás. Y lo mismo estaba sucediendo otra vez.

–Los dos dijimos cosas, cosas que hacen daño... Peor aún, Shane piensa que cometimos un error.

–¿Cómo que cometisteis un error? –preguntó Tori.

Esa vez Mariah no pudo refrenar las lágrimas y corrieron por sus mejillas.

–Nos casamos en Las Vegas hace dos semanas. Tori abrió los ojos desorbitadamente.

–Oh, Dios –después una gran sonrisa apareció en su cara–. ¿Tú y Shane os habéis casado hace dos semanas y no se lo habéis dicho a nadie?

Mariah se restregó los ojos.

–Dos semanas y cinco días –corrigió ella–. Pero casi todo ese tiempo hemos estado separados. Shane no tiene la culpa. Le pedí mantenerlo en secreto hasta que la salud de mi padre se estabilizara. Después, la noche que hicieron destrozos en la obra, mi padre dijo algunas cosas y Shane le contestó con otras. Quise pararles, pero lo que hice fue empeorar las cosas.

–Y por eso Shane se ha ido a vivir a la obra y tú has estado aquí, llena de tristeza. La historia me suena demasiado familiar. El día que Nate ganó la subasta del Double H, tuvimos un horrible malentendido. Volví a San Francisco porque pensé que Nate no me quería.

–¿Qué pasó? Tori suspiró.

–Dejé que mi padre nos separara. Fue un gran error. Menos mal que recobre el juicio, pero antes de que pudiera volver a Haven, Nate vino a buscarme.

–No creo que Shane vaya a venir a buscarme, Tori. Sobre todo si mi

padre le está amenazando con echarle del proyecto.

–Está preocupadísimo con el problema de Paradise Estates. Ha trabajado muy duro para sacar adelante su empresa.

–Y lo ha hecho. Mi padre está equivocado con él. Shane no me tiene que demostrar nada a mí.

A Mariah le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto.

–Debería haber estado a su lado. Ahora cree que yo estoy contra él. Lo único que quise hacer fue separarlos.

–Entonces, ¿por qué no se lo dices?

–¿Ahora?

–Cuanto más tiempo pase, peor. Te garantizo que Shane no va a darte de lado. Ve con él.

A Mariah se le levantó el ánimo. Se puso de pie, pero de repente le dio un mareo que hizo que se desplomara en la cama con un quejido.

Tori en seguida intentó ayudarla.

–Túmbate, túmbate –le puso la almohada debajo de la cabeza–. Échate para atrás –fue de prisa a buscar un trapo húmedo y se lo puso a Mariah en la frente. Después de un rato, Tori dijo–: El mareo se te pasará pronto.

–Me siento a morir –balbuceó Mariah. Sintió ganas de devolver, pero al final se le pasaron.

Abrió los ojos y vio a Tori sonriendo.

–Si no me equivoco, creo que esto te va a pasar durante una temporada. Me imagino que Shane no sabe que estás embarazada.

–¿Que te has casado? –Nate le lanzó una incrédula mirada a Shane desde el extremo de la caseta oficina donde se encontraba–. ¡En Las Vegas!

Shane dejó de deambular.

–¿Qué pasa, no me has escuchado la primera vez? ¡Sí! Mariah y yo nos hemos casado –era un desahogo poder decirlo. Eso no significaba que fuera a cambiar nada. Mariah estaba con sus padres y él estaba prácticamente viviendo en la obra.

–Entonces, ¿qué demonios estás haciendo aquí cuando tu mujer está no se sabe dónde?

Eran más de las cuatro de la mañana, y Shane llevaba días como un animal enjaulado. Sobrevivía durmiendo pocas horas o ninguna. En lo único que se permitía pensar era en echarle mano a la persona que se había propuesto arruinarlo. Cuando Nate apareció por si hacía falta, Shane en seguida empezó a contarle todos sus problemas.

–Porque Mariah lo quiere así.

–¿Eso es lo que te ha dicho? –preguntó Nate.

–Bueno, con menos palabras.

Nate movió la cabeza de un lado a otro.

–Si he aprendido algo en los ocho meses que llevo con Tori, es que las mujeres no siempre dicen lo que tienen en la cabeza. Normalmente quieren que vayas detrás de ellas.

–¿Cómo voy a ir a la casa de los Easton? A Kurt le encantaría echarme a patadas. Gracias, pero no. Hablando de nuestras mujeres, ¿cómo es que has venido y has dejado a Tori sola en su estado?

–No está sola. Esta noche no está en el rancho, se ha quedado con mamá, por eso he podido venir. Mira, hermano, tienes que ir a hablar con Mariah. Cuanto más tardes en ir más difícil va a ser enmendar las cosas.

–Todo pasó tan deprisa.

Nate puso cara

de extrañeza.

–¿Quieres decir que no quieres a Mariah? Shane no dudó en responder.

–La quiero. Y no sabía cuánto hasta... –la imagen de su noche juntos haciendo el amor la tenía grabada en la cabeza; al igual que tenía a Mariah grabada en el corazón–. Hasta que se ha ido. La he echado en falta a mi lado.

–Pues no se puede decir que la hayas llamado para que vuelva –dijo Nate.

–Quién fue a hablar. Si no recuerdo mal, una vez tú mandaste a Tori a casa a San Francisco.

Nate se ruborizó.

–Y estoy intentando hacer que no caigas en el mismo estúpido error.

–Los errores parece ser que son mi fuerte. No me puedo librar de Easton. Y está volviendo a Mariah contra mí.

–Mariah no está contra ti. Pero quiere a su padre. Tori pasó por lo mismo. Incluso después de que el gran J. C. Sheridan utilizara a su hija en su propio beneficio, ella aún quería sentir que su padre la quería –Nate suspiró–. Y el beneplácito de su padre era lo único que yo no le podía dar –miró a Shane–. Mariah también puede que tenga que decidir. Nosotros no hemos dado motivos para que Easton quiera vengarse contra nuestra familia. Y Mariah ahora es una Hunter.

–Sí, pero no se sabe por cuánto tiempo.

–¿Acaso le has dicho lo que sientes? –dijo Nate.

Shane abrió la boca para dar una explicación cuando se oyó la radio.

–Shane, soy Jerry. ¿Me recibes? Shane respondió al micrófono.

–Sí, Jerry, te recibo. ¿Pasa algo?

–Hay alguien cerca del sector tres. Roger ha ido a echar un vistazo. Shane miró a Nate.

–Mantén tu posición, Jerry. Nate y yo vamos para allá. Corto –se dirigió a la puerta con Nate pisándole los talones–. Esta vez no se va a escapar –dijo Shane, al tiempo que notaba su rabia incrementarse.

–Si es así, me aseguraré de que lo hacemos según el reglamento. No quiero que te acusen de agredir a un sospechoso, así que prométeme que no te precipitarás. O vamos como tenemos que ir o no vamos.

Shane desahogaría su frustración y rabia contra quien estuviera allí, pero sabía que no tenía que perder los nervios. Asintió con la cabeza.

–Como dice el reglamento.

Shane y Nate corrieron por el complejo al abrigo de las sombras para no alertar al intruso. Hasta que llegaron a donde estaba Jerry.

–Por lo que ha visto Roger, sólo hay uno –el guarda de seguridad apuntó a uno de los chalés en construcción–. Está dentro haciendo pintadas con spray en las paredes.

Nate susurró instrucciones.

–Di a Roger que no haga nada hasta que rodeemos por atrás.

Mientras Jerry fue a transmitir el mensaje, Nate agarró a Shane del brazo.

–Todavía soy el sheriff, así que déjame que sea el primero que se enfrente a este sujeto. Podría estar armado.

–Muy bien. Esperemos que no se escape otra vez –Shane sentía cómo le latía el corazón–. De todas maneras, yo quiero un trocito para mí –murmuró en voz baja.

–Muy bien, adelante –dijo Nate, y se aproximaron en silencio desde el perímetro del jardín, donde estaba Roger escondido por la parte de atrás. Nate sacó su arma y les hizo una señal para que avanzaran.

Según se aproximaban, se hacía más insoportable el olor a pintura de aerosol. Después se pudo ver una silueta alta y delgada, totalmente de negro, con un pasamontañas cubriéndole la cara. El corazón de Shane se paró para

después empezar a retumbar en su pecho.

–Soy el sheriff Hunter –gritó Nate dando un paso adelante–. Tira el bote y

levanta las manos.

El intruso se quedó helado de momento, después salió como una bala de la casa y corrió hacia las montañas.

–Maldita sea, esta vez no se va a escapar –gritó Shane cuando salió a toda prisa detrás de él. El tipo era rápido y estaba en forma, pero Shane conocía el lugar y estaba empujado por la rabia y la adrenalina... y el hecho de que no podría sacar adelante su empresa de construcción si ese tipo seguía destruyendo las casas y los materiales. Tenía que pararle. La persecución estaba servida, los dos pasaron por un campo de árboles hasta que llegaron a un claro iluminado por la luz de la luna. Shane estaba motivado por su determinación y por tener su objetivo a la vista. Y lo iba a atrapar. Tenía que hacerlo. Tenía que estar en condiciones de arreglar las cosas con Mariah. Por encima de todo la quería a ella.

De repente Shane aceleró al límite. Se abalanzó sobre el intruso, le echó mano y le empujó al suelo. El intruso luchaba con todas sus fuerzas, dando patadas y puñetazos, pero Shane le sacaba más de diez kilos. Consiguió sujetar a su oponente hasta que Nate y los guardias de seguridad llegaron.

Mientras Shane lo tenía bocabajo, Nate llevó las manos del vándalo hacia atrás y le puso las esposas.

–Tiene derecho a permanecer callado, tiene derecho... –Nate empezó a recitar mientras lo levantaba.

Shane no podía esperar más para ver quién era el que había ocasionado tanto daño. Agarró el pasamontañas y se lo quitó de un tirón, para encontrarse cara a cara con RichEaston.

–Que me maten... –susurró

Shane. El chico se esforzó por soltarse.

–No podéis hacer esto. Ya veréis cuando mi padre se entere –dirigió la mirada a Nate—. Te quitará la placa.

–Se la puede quedar. Me faltan unos meses para retirarme. Ahora mismo estoy preocupado por ti. ¿Tienes la más mínima idea del lío en el que te has metido, hijo?

La actitud del chico se hizo más desafiante.

–No me preocupa, mi padre me sacará.

Eran algo más de las seis de la mañana cuando Mariah paró su vehículo en

el aparcamiento de la obra. Todavía no estaba segura de si iba a poder hablar frente a frente con Shane, dada la noticia. El día anterior por la mañana, ante la insistencia de Tori, se había hecho la prueba del embarazo. El resultado había sido positivo.

Cuando el shock inicial remitió, se dio cuenta de que estaba contenta con la idea de tener un niño de Shane. Sin importarle las consecuencias.

En ese momento vio el coche patrulla de Nate aparcado al otro lado de la caseta oficina. ¿Qué estaba haciendo por allí tan temprano? Cuando empezó a subir los escalones, vio el coche de su padre entrando en la obra.

–Oh, no, ahora no –murmuró ella. No quería otro enfrentamiento con él–. Papá, ¿qué estás haciendo aquí?

–Maldita sea, de eso es de lo que me voy a enterar bien –dijo él cuando se dirigió a la caseta–. Después iré a reunirme con los otros promotores de Paradise para deshacernos de Hunter.

Mariah respiró hondo.

–¿Por qué no esperas hasta escuchar lo que tiene que decir Shane antes de tomar ninguna decisión?

Kurt Easton miró airadamente a Mariah.

–Y tú tienes que superar el encaprichamiento que tienes con él. No tiene ningún futuro.

–Mi vida personal es asunto mío –soltó una bocanada de aire y abrió la puerta. Shane estaba de pie al lado de su mesa. Parecía cansado. Su ropa estaba arrugada, y tenía una barba de dos días por toda la mandíbula. Para ella nunca había estado tanguapo.

–Mariah –dijo Shane en voz baja, y ella quiso ir corriendo a sus brazos.

–Shane, ¿qué problema hay? –dirigió la mirada al otro lado de la oficina y vio a su hermano sentado al lado de Nate.

Su padre se adelantó.

–Hunter, más vale que tengas un buen motivo para hacerme venir aquí a estas horas.

Nate se puso en pie y dio un paso adelante.

–Fui yo quien pidió a Shane que te llamara.

Entonces fue cuando Easton vio que había otra persona sentada.

–¿Rich? –dijo Kurt, y fue hacia su hijo. No le llevó mucho tiempo descubrir las esposas–. ¿Qué significa esto? –miró con rabia a Nate–.

Sheriff, más vale que empiece a dar merespuestas.

–Parece que tu hijo, Richard, es el que ha hecho los destrozos en la obra – dijo Nate.

A Easton se le puso la cara roja de ira.

–Eso es imposible. Tiene que haber otra explicación.

–Le hemos pillado aquí dentro de una casa esta noche alrededor de las cuatro. Estaba con un spray de pintura en la mano y ha hecho pintadas en varias paredes.

La ira de Easton parecía desaparecer para empezar a ponerse pálido.

–Shane y yo no éramos los únicos presentes –continuó Nate–. Los dos guardias de seguridad, Jerry y Roger, también estaban aquí cuando atrapamos a Rich. Roger incluso identificó el pasamontañas como el mismo que había visto antes. Han dado parte por escrito de lo sucedido esta noche.

Mariah se estremecía con la aclaración del caso. Miraba sin poder hacer nada cuando se acercó su padre al hosco muchacho.

–¿Por qué, hijo? –preguntó el padre–. ¿Por qué has hecho esto? Rich parpadeaba, poniendo cara de incredulidad.

–Papá, tenemos que devolver a los Hunter lo que nos hicieron –el adolescente miraba ilusionado a su padre. Mariah sabía con qué ganas su hermano quería agradar a su padre–. ¿No era eso lo que querías? –preguntó Rich–. Pues, han tenido lo suyo, ¿no crees?

Mariah de repente se mareó. Se sentó sin fuerzas en la silla de la mesa. Shane fue a su lado.

–¿Estás bien?

Ella no podía mirarlo. No quería ver la indignación en sus ojos. Otro Easton más había intentado acabar con él.

–Creo que nunca podré estar bien –dijo ella con los ojos inundados de lágrimas–. Perdóname, Shane.

Se apresuró a salir entre sollozos, para ver si el aire fresco de la mañana hacía que se le pasara el mal cuerpo. Se puso la mano en la tripa, contenta de no haber comido nada. No estaba segura de si las náuseas eran por el embarazo o por el shock de los actos delictivos de su hermano.

Shane fue enseguida tras ella.

–Mariah, no. No te culpes a ti misma. Tú no tienes nada que ver con esto.

–Como si no tuviera importancia. El odio de mi padre se ha convertido en una venganza personal. Y mi hermano pequeño se ha contagiado de ello –no

se atrevía a mirar a Shane—. ¿Te has dado cuenta de la mirada que tiene?
Está

convencido de que lo que ha hecho está bien –le caían las lágrimas–.

¿Cómo no me di cuenta de que esto iba a acabar así?

–Porque creías que era como cualquier otro adolescente, alguien enfadado con el mundo que cree saberlo todo –Shane se arrimó más y Mariah pudo sentir su calor. Deseaba tanto que los brazos de él la rodearan que temblaba de necesidad–. Rich tiene que asumir la responsabilidad de sus actos –continuó Shane–. Tú no puedes hacerlo por él.

–Tiene que tener alguien en quien confiar. Es un crío, Shane. No le puedo dejar... otra vez. Esta vez no.

Justo en ese momento la puerta de la caseta se abrió y Nate sacó al hermano esposado. El padre iba detrás.

–Mariah, tu familia te necesita.

–Tengo que irme –dijo ella, aunque no era lo que le pedía el corazón–. Porque Rich...

Shane la tomó de los brazos tirando de ellos.

–Mariah, ahora eres mi mujer –susurró Shane–. Quiero ayudarte en lo que sea.

Le brotaron más lágrimas. Estaba tan avergonzada de lo que su padre y su hermano habían hecho a la familia Hunter...

–No puedes –Mariah respiró hondo–. Sé que está mal lo que ha hecho Rich, pero soy su hermana. Me necesita.

Shane se quedó allí de pie, y ella rogó para que él no insistiera sobre el tema, ya que no se sentía tan fuerte como para no acabar aceptando su ofrecimiento de ayuda.

–Sé que te he pedido tiempo, y ahora tengo que pedirte paciencia... por algún tiempo más.

–Maldita sea. Habría dado dinero para que Rich no estuviera involucrado en esto. Créeme, haría nuestras vidas más fáciles.

Shane se acercó más a Mariah, la tenía a centímetros.

–Sólo quiero que sepas, Mariah, que nada de esto cambia lo que siento por ti –para enfatizar sus palabras, la besó en la boca, tratando de transmitirle sus sentimientos, quería que ella se olvidara de todo menos de lo que había entre ellos. Pero, una vez más, las obligaciones les separaban.

–Por favor, Shane, tengo que irme.

Mariah dejó desolado a Shane cuando se soltó y las manos de los dos

perdieron contacto. De repente él sintió un vacío que era casi insoportable.
La

perdía.

–Yo no lo doy por acabado, Mariah. Te quiero.

Mariah se quedó pasmada con sus palabras. Pero cuando su padre la llamó se dio la vuelta y se marchó.

–Mariah –Shane la llamó–. Eres mía. Estamos hechos el uno para el otro.

E iba en serio. Lo quería hacer de tal manera que ella no lo dejara nunca más. Aunque tuviera que hacer un pacto con el mismo diablo.

Y eso era exactamente lo que iba a hacer. Tenía que poner fin a esa rencilla de una vez por todas.

Capítulo 11

ALAS ocho de la mañana, Shane entró en la oficina del sheriff, situada cerca de la calle principal. Saludó con la cabeza al telefonista, continuó hasta el despacho de Nate, entró y cerró la puerta.

Su hermano estaba sentado al otro lado de una mesa metálica gris.

–No tenías que venir tan pronto –dijo su hermano–. Podías haber dormido unas horas antes.

Shane se había duchado y afeitado hacía una hora. Tenía demasiadas cosas que hacer ese día para perder el tiempo durmiendo.

Nate parecía tan cansado como lo estaba Shane.

–Vaya, a ver si sigues tus propias recomendaciones. Apuesto a que no te has acostado tampoco.

–Tengo que hacer el expediente del detenido.

Shane se sentó en la única silla que había aparte de la de Nate en el pequeño despacho.

–¿Está Rich Easton todavía en el calabozo?

Nate llevó dos tazas de café caliente a la mesa.

–No, Kurt ha sacado a un juez de la cama esta misma mañana. Rich ha sido puesto en libertad bajo la custodia de su padre. Eso no quiere decir que no le vayan a pedir responsabilidades.

Shane estaba contento de que hubiera acabado así la cosa. Aunque a lo mejor no había acabado. Rich era el hermano de Mariah.

–Voy a facilitar las cosas un poco. No voy a presentar denuncia. Nate miró airadamente a Shane.

–Hay cosas que no dependen de ti. Como el haber disparado un arma de fuego dentro de los límites de la ciudad.

–Pero como es la primera vez, seguro que el juez es benévolo con él.

–¿Crees que es buena idea? Quiero decir, sé que estás casado con Mariah, pero dejar que el chico se vaya de rositas...

–Ah, no voy a dejar que se vaya sin más. Va a tener que pagar los daños. Y no con el dinero de su padre, sino con lo que gane trabajando en la obra todo el verano –Shane sonrió–. Voy a hacer que lo pague en sudor.

–Piensa en el cariño que le va a tomar a su cuñado si haces eso.

–Quizá no mucho, pero el chico necesita un cambio de aires.

Justo en ese momento llamaron a la puerta y Tori asomó la cabeza.

–Eh, ¿ha visto alguien a mi marido? Un tío alto, guapetón, que le falta poco para dejar estetrabajo.

Nate sonrió y se acercó a su mujer para darle un abrazo.

–Lo siento, pero no lo he visto, a lo mejor lo veo más tarde –Nate la besó con entrega.

–A lo mejor –dijo Tori siguiendo el juego.

Shane sintió un arrebato de envidia. Deseaba esa misma relación sencilla de amor con Mariah. La duda lo asaltó, pero consiguió superarla. No estaba dispuesto a perderla. Se puso en pie.

–Es hora de irme.

–La verdad es que he venido a verte a ti –dijo Tori.

Hubo un tiempo en el que Shane se sintió atraído por su cuñada. Pero Nate había apostado finalmente por ella, y Shane había cedido. Ahora Shane quería a Tori como a una hermana y deseaba a su hermano mayor lo mejor con ella. Aunque nunca perdía ocasión para hacerlo de rabiarse un poco. Shane abrazó a Tori contra su costado.

–¿Lo ves, Nate? Te dije que es a mí al que más quiere.

–Oye, vete con tu mujer.

–De eso he venido a hablarte, Shane –empezó a decir Tori–. Mariah te quiere de verdad.

A Shane se le hinchó el corazón.

–¿Te lo ha dicho ella? Tori asintió.

–Hablé con ella ayer por la mañana. Este lío de su hermano tiene que ser desagradable para ella. Te necesita mucho, Shane.

–Me estoy ocupando de ello. Pero necesito...

La puerta se abrió otra vez y entró BettyHunter.

–Ah, qué bien, Shane, estás aquí. Me he acercado a la obra, pero Rod me ha dicho que te habíasido.

–¿Pasa algo, mamá? –dijo Shane, un poco preocupado. La preocupación se podía ver en los ojos de Betty.

–Nate habló conmigo y me dijo que Rich Easton estaba detrás de los actos de vandalismo. Pobre Mariah. ¿Has hablado con ella?

–No, pero se siente culpable por lo de Rich. Cree que si hubiera estado ahí para apoyarle todo el tiempo, él no se habría metido en este lío ahora.

–Eso es una tontería. Si aquí hay algún culpable ése es Kurt. Ha dado mal ejemplo a su hijo. Ese chico necesita otro hombre que le sepa llevar.

–Shane va a tener oportunidad de dirigir al chico –saltó Nate–. Piensa darle trabajo.

Betty abrió mucho los ojos, sorprendida.

–Oh, hijo, eso es estupendo.

–Tranquila, no te excites, tengo que hablar con Kurt de eso –y eso no era todo lo que tenía que hablar con Easton.

–Saldrá bien –su madre le echó a Shane una sincera sonrisa–. De esa manera Mariah y tú tendréis oportunidad de arreglar las cosas. Está claro que todos los matrimonios tienen problemas alguna vez y aprender a...

–¿Cómo has sabido que Mariah y yo estamos casados? –dijo Shane mirando a su hermano.

–Yo no he dicho nada –dijo Nate levantando las manos. Tori se volvió a Shane.

–Mariah me lo dijo ayer por la mañana. Y se lo he dicho a tu madre porque quería que me diera algún consejo.

Shane se desesperaba.

–Ya que lo sabe todo el mundo, ¿por qué no me ayuda alguien a salir de esto y me sugiere hacer algo?

Su madre se acercó a él.

–Ve con Mariah y dile lo que sientes sinceramente.

Shane quería decirle un montón de cosas a Mariah. Pero siempre aparecía el mismo problema entre los dos. Kurt Easton. Ya era hora de ocuparse de eso.

Con ánimos renovados, echó a andar hacia la puerta.

–¿Vas a ver a Mariah? –preguntó su madre.

–Primero tengo que ver a un hombre por un asunto de enemistad familiar.

Shane condujo su coche por el camino particular que llevaba a la extensa casa de dos plantas, arriba en un cerro. Sólo había estado allí una vez antes. Hacía años. En aquel entonces fue con miedo, y ahora no estaba precisamente calmado, pero tenía mucho que perder para darse la vuelta en ese momento.

Su futuro estaba otra vez en manos de Kurt Easton.

Shane entró por la puerta de hierro forjado, giró en una rotonda y aparcó. Antes de que se arrepintiera, salió del coche, subió por el camino de piedra hasta el porche y llamó al timbre. Cheryl abrió la puerta y se quedó sorprendida.

–Buenos días, señora Easton –dijo él–. Me gustaría hablar con el señor Easton.

No parecía que la petición agradara a la mujer.

–No creo que sea muy buena idea, Shane. Todos estamos en tensión con esta horrible experiencia.

–No pretendo echar más leña al fuego, pero su marido y yo tenemos que aclarar algunas cosas.

Al final, Cheryl se echó a un lado y lo dejó pasar. La entrada era de mármol, pasaron al lado de una escalera de caracol con balaustrada de roble. Shane se quedó impresionado con las obras de arte que colgaban de las paredes. Easton tenía buen gusto.

La señora Easton abrió una puerta de doble hoja dejando a la vista una sala cuyas paredes tenían un revestimiento de color verde.

–Toma asiento. Voy a buscar a mi marido.

–¿Está Mariah? –preguntó Shane.

La señora Easton afirmó con la cabeza.

–Ahora está durmiendo.

–Es bueno que descanse –aunque Shane quería ir con su mujer, tenía asuntos que aclarar primero.

Cheryl Easton se fue, y Shane se quedó mirando alrededor de la amplia sala, intentando calmar su nerviosismo. ¿A quién pretendía convencer? Kurt Easton siempre se había asegurado de que cualquier Hunter supiera su posición social en Haven. Los Hunter eran clase baja. Y los Easton alta. Y sólo porque Shane se hubiera casado con su hija, Kurt no iba a darles su

bendición. Shane cerró los ojos y dio un largo suspiro. Estaba dispuesto a

hacer casi cualquier cosa para no perder a Mariah. Dios, no podía perderla otra vez.

–Si has venido a restregármelo por la cara, ya te puedes ir –la acostumbrada voz autoritaria de Kurt Easton asustaba un poco.

Shane se volvió. Aunque Easton siempre había aparentado estar saludable y más joven que sus cincuenta y tantos años, parecía haber envejecido considerablemente en las últimas veinticuatro horas.

–He venido porque el proyecto Paradise tiene que estar acabado dentro de plazo y presupuesto.

–Me trae al fresco el proyecto. Tengo cosas más urgentes en la cabeza.

Shane asintió con la cabeza. Parecía ser que después de todo el hombre tenía su corazoncito. Su familia le preocupaba.

–Bueno, a mí no me trae al fresco Paradise Estates. Si no lo acabo, mi empresa quebrará. Por eso tenemos que estar juntos. Y no presentaré denuncia contra Rich.

Kurt le clavó la mirada en los ojos.

–¿Qué quieres decir?

–Seguramente haya acusaciones de delito contra tu hijo, aunque por ser joven muy probablemente consiga quedar en libertad condicional. Lo único que quiero de Rich es que compense los daños trabajando para mí en la obra.

–Yo pagaré los daños –dijo Easton sacando pecho.

–Si lo haces, retiro mi ofrecimiento –amenazó Shane–. Rich necesita aprender a ser responsable de sus actos. Y tiene que saber que yo no soy el malo de la película sólo porque mi apellido sea Hunter.

–Quieres decir que lo soy yo.

–Yo en eso no me meto, Kurt. Tú eres el que has mantenido viva la enemistad.

–Porque fueron los Easton los que lo perdieron todo.

–Eso fue hace sesenta años, por el amor de Dios –Shane se puso tenso–. Aquellas personas están muertas desde hace mucho tiempo. Y sobre eso de perderlo todo... –miró alrededor–. Yo diría que los Easton lo han hecho mucho mejor que los Hunter, al menos en cuanto a patrimonio. Y ésa es mi propuesta. Si la aceptas, espero ver a Rich el primer día que tenga vacaciones

–se dirigió a la puerta.

–Si piensas que con esto vas a recuperar a Mariah, estás equivocado –le dijo Easton voceando–. No se enfrentará a mí.

Shane se dio la vuelta.

–Es esa manera de pensar la que ha metido a tu hijo en problemas. Mariah te quiere, Kurt, pero también me quiere a mí. ¿Vas a obligarla a escoger? Si lo haces, con el tiempo te acabará odiando. Harás que se vaya de la ciudad otravez.

–No eres más que el chico del que se encaprichó en el instituto. Conseguiré superarlo... otra vez.

Shane se puso tenso.

–El peor error que he cometido fue dejarla. Sé que la hice daño, y siempre estaré arrepentido. Corrían malos tiempos para mí y mi familia –la muerte de su padre lo había golpeado fuerte. Y aún más fuerte había sido golpeado su orgullo cuando lo perdieron todo–. Quiero a tu hija, y voy a hacer todo lo posible para hacerla feliz.

–Pues no has hecho mucho que se diga hasta ahora.

–Pues ayúdame un poco tú. Mi propuesta está en la mesa. Ahora depende de ti. ¿Estás dispuesto a poner fin a esa absurda rencilla familiar?

Mariah acababa de bajar las escaleras cuando oyó la voz de su padre. Se acercó más y reconoció la voz de Shane. Empezó a temblar. Había ido por ella. Se le hizo un nudo en el pecho que no la dejaba respirar bien. Deseaba ir con él, recordaba cuando le había dejado allí en la obra y él le había dicho a voces que la quería. ¿Cómo podía Shane decirlo en serio después de lo que había hecho Rich? ¿Cómo podía querer a alguien de una familia que intentabahundirle?

–Si quieres a Mariah, Hunter, demuéstalo, déjala en paz.

–Así que vas a seguir agitando la bandera de la responsabilidad familiar y quizá un poco también la de tu enfermedad.

–Eso para que te des cuenta. Mariah es una hija fiel –dijo su padre–. Nunca me dejará mientras esté enfermo.

Mariah no podía aguantar más. Sabía que su padre era un manipulador, pero eso ya era demasiado. Entró en la sala.

–No tan fiel como tú crees,
papá. Su padre parecía
sorprendido.

–Mariah. Deberías estar descansando.

–He dormido más que suficiente –se volvió a Shane. Parecía cansado

también. Mariah pensó que quizá todavía no se había acostado.

Fue hasta él. Sin apartar la vista de su marido, dijo:

–Papá, necesito hablar con Shane –estaba temblando cuando tomó la mano de su marido. Ella no dijo ni una palabra hasta que atravesaron el pasillo y salieron a un patio soleado.

Mariah respiró hondo para tratar de meter algo de oxígeno en sus necesitados pulmones.

–¿Dijiste en serio lo de esta mañana?

–Hasta la última palabra –dijo él mientras sonreía.

–Cómo puedes, después de lo que...

Shane le puso un dedo en los labios para evitar que siguiera hablando.

–Tú no hiciste nada malo, Mariah. Lo que siento por ti no depende de lo que haga tu familia.

Mariah se echó en los brazos de Shane. Puso los brazos alrededor de su cuello y tiró de su cabeza hacia abajo hasta besar su boca. Estaba acostumbrada a esos labios firmes y llenos de deseo. Enseguida Shane tomó la iniciativa, profundizando el beso.

–Oh, Mariah –exclamó, antes de seguir llenándola de besos por toda la cara–. Te quiero tanto –la boca de Shane volvió a la de ella. Con ligeros quejidos ella lo abrazaba, sintiendo su calor y sus ganas de ella.

–Shane. Yo también te quiero –estaban cabeza con cabeza–. Tengo muchas ganas de salir de aquí y no volver a mirar atrás.

–Aunque yo también desearía que lo hicieras, no podemos, Mariah. Necesitas a tu familia como yo necesito a la mía.

Los ojos de Mariah se inundaron de lágrimas. Con el bebé, ellos iban a ser también una familia.

–¿Qué vamos a hacer? Yo quiero ser tu mujer.

Shane le echó esa sexy sonrisa que a ella le gustaba tanto.

–Oh, cariño, yo también lo quiero –se echó hacia atrás y dio un largo resoplido–. Pero no podemos dejar que tu padre siga intentando dirigir nuestras vidas.

Ella asintió con la cabeza.

–Fui a la obra esta mañana para verte. Necesitaba hablar contigo para decirte...

Shane la besó de nuevo en la boca, silenciándola. Entregada al beso, no

quiso que nada lo estropeará. Pero no podían mantener los secretos por

mucho más tiempo.

–¿Has dicho a mi padre que estamos casados? –preguntó Mariah.

–¡Casados!

Los dos volvieron la cabeza y vieron a Kurt y Cheryl Easton de pie cerca de la puerta. Shane se quejó. Querían estar solos en ese momento, pero no parecía posible. Shane encaró a susuegro.

–Sí, Mariah y yo nos casamos en Las Vegas. Kurt le atravesó con la mirada.

–No digas tonterías.

–Sí, lo hicimos –Shane sonrió–. Estoy loco por tu hija.

–¿Y de qué vais a vivir?

–Déjalo, Kurt –pidió Cheryl, después se volvió a la pareja y sonrió–. ¿No te das cuenta de lo felices que son? Nada de lo que has hecho les ha separado. Has perdido. Y si sigues siendo tan obcecado, vas a perder mucho más –le lanzó otra mirada de advertencia a sumarido.

Cheryl Easton se acercó a abrazar a su hija.

–Oh, Mariah –dijo con congoja–. Quería que tuvieras una boda por todo lo alto, pero me conformaré con organizar una fiesta familiar –tenía lágrimas en los ojos cuando fue a abrazar también a Shane–. Sé que la quieres y que cuidarás de ella.

–Sí, señora Easton, ya lo hago y lo seguiré haciendo.

–Eso es lo único que desea una madre.

–Eso no es lo único –dijo Kurt–. Mariah, la empresa de construcción de este hombre no está asentada.

–Pero lo va a estar, papá –dijo Mariah–. Nos han ofrecido un proyecto en Las Vegas.

Shane miró a su mujer.

–¿Han aceptado el presupuesto?

–Esta mañana –dijo ella asintiendo con la cabeza–. Tienes que llamarles mañana –sus ojos verdes brillaron de ilusión.

–Parece que empezamos a tener futuro –Shane besó a Mariah con ternura. De repente un revuelo les hizo soltarse. Miraron a la puerta y vieron a la sirvienta anunciar la llegada de los Hunter. Nate, Tori y Betty entraron al patio.

–Queríamos asegurarnos de que todo iba bien –dijo Betty–. ¿Ya saben que

estáis casados?

Cheryl fue hacia donde estaban los recién llegados.

–Sí, es una noticia estupenda. Tendríamos que brindar por los novios – miró a la sirvienta–. Sarah, por favor, ¿puedes traer una botella de champán?

–se fijó en la tripa de Tori–. Y trae también sidra.

–Al menos tu madre parece contenta con nuestro matrimonio –susurró Shane a Mariah.

–Estoy más preocupada por mi padre –dijo ella mientras miraba a Easton. Shane se fijó en él, estaba allí de pie solo. Seguía sin dar su brazo a torcer.

–Me gustaría poder hacer algo para que no estuviera así –dijo Shane. Mariah le acarició la cara.

–Lo sé. Y aún te quiero más por ello. Shane, hay algo más que tengo que decirte. Algo que no teníamos previsto –se le encogió el estómago–. La razón por la que fui a verte esta mañana es...

El ruido del corcho del champán y los gritos de alegría la interrumpieron. La sirvienta llenó las copas y las repartió. Fue Tori quien llevó a Mariah una copa de sidra.

–¿Se lo has dicho a él? –preguntó a Mariah.

Shane frunció el ceño cuando escuchó la conversación entre las dos mujeres.

–¿Decirme el qué?

Mariah tragó saliva mientras Tori se daba la vuelta y les dejaba.

–¿Te acuerdas cuando dijimos que deberíamos casarnos para acabar con la enemistad familiar?

–Ésa no fue la verdadera razón por la que quería casarme contigo. Esa noche te amé y quiero amarte siempre.

–Y yo me casé contigo porque siempre te he querido. Pero no se puede decir que nuestro matrimonio haya puesto fin a la enemistad.

–Ya lo sé. Pero quizá tu padre se acabe convenciendo –Shane no estaba seguro de creerse eso más que Mariah.

–¿Qué te parece si lo intentamos de otra manera? –preguntó ella.

Shane estaba hecho un lío.

–De acuerdo, ¿perocómo?

–Comprometiendo a las dos familias en algo. Haciendo que haya algo en común que una ambas familias para siempre.

Shane iba captando la onda.

—¿Un niño?

Ella asintió muy lentamente con la cabeza.

—
Si te acuerdas de nuestra noche de bodas, no toma que sediga.

Shane se inclinó sobre ella y susurró:

—Cariño, me pusiste tan caliente que no... —entonces cayó. Mariah estaba embarazada—. ¿Estás...? ¿Vamos a tener un niño?

La conversación se acabó porque todo el mundo se quedó mirando a Mariah. Ésta afirmó con la cabeza.

—Sí, vamos a tener un bebé. Tori vino ayer a verme y me convenció para que me hiciera la prueba y confirmar lo que yo en el fondo creo que ya sabía.

Shane la estrechó en sus brazos y la besó profundamente.

—Te quiero —susurró él.

—Yo también te quiero. Entonces, ¿estás contento con el bebé?

Shane tragó con fuerza, incapaz por un momento de describir lo que sentía.

—Sí, en mi vida he estado tan contento —susurró Shane sujetando a Mariah junto a él—. Y esto puede ser la solución —levantó la copa ante todos los familiares—. Sé que no es la costumbre que el novio haga el brindis, pero las circunstancias son un poco especiales. Por mi mujer, la única mujer que he querido siempre —miró hacia abajo a Mariah y la besó en los labios. Después miró directamente a Kurt Easton—. Además acaba de descubrir la manera de acabar con la rencilla familiar —levantó la copa más alto—. Por la madre de mi hijo. Por la próxima generación. Por nuestro bebé, que traerá amistad a nuestras familias.

Shane besó a su mujer otra vez y los presentes rompieron en vítores. Shane dejó de pensar por un momento en Kurt, la rencilla familiar o el proyecto. Ya tenía su propio trozo de paraíso en sus brazos.

Epílogo

SEIS semanas más tarde, Shane miraba cómo Nate bailaba con Mariah en el salón de baile del Club Social de Haven. Aunque los dos habían convencido a Cheryl Easton para no hacer una ceremonia de bodas, tuvieron que ceder para hacer una fiesta un poco menos formal. Así que ahí estaba Shane, en el club social con un esmoquin alquilado viendo a su mujer bailar con cada uno de los hombres.

La música cesó un momento y Shane fue directamente donde estaba la pareja. Nate le frunció el ceño.

–Te he dicho que cuidaré bien de ella. Sé cómo tratar a futuras mamás.

–Seguro que sabes –dijo Mariah.

El instinto protector de Shane le impulsó a abrazar a su mujer contra sí.

–Quiero ser yo el que te cuide.

–Ya lo haces –se puso seria–. Shane, ya hemos hablado de esto. No necesito que me mimen.

Empezó una balada lenta, y se agarraron.

–Me gusta mimarte, Mariah. Te

quiero. Ella se echó sobre el pecho de Shane.

–Yo también te quiero. Y cuidas de mí muy bien.

–Díselo a tu padre. Me mira como un ave rapaz. Me ha advertido que si no te cuidó bien caerá sobre mí.

–Estoy tan contenta de que tú y mi padre os podáis tratar. Bueno, más o menos –dijo Mariah con ojos esperanzados.

Shane forzó una sonrisa.

–Sí, estamos en ello –él dudaba de que alguna vez fuera a sentirse bien con ese hombre, pero habían declarado una tregua. Kurt había manifestado que

Shane nunca sería lo bastante bueno para su hija.

Shane se acercó más a su mujer.

–Voy a demostrar a tu padre que está equivocado,

Mariah. Ella se separó y sonrió.

–Al único que tienes que demostrar algo es a ti mismo. Has conseguido tanto en los dos últimos años... Con Paradise Estates a punto de acabarlo, gran parte de las viviendas vendidas y los promotores que quieren que Hunter Construction gestione la siguiente fase, yo diría que eres un valor en alza.

A Shane lo habían pillado por sorpresa cuando lo tantearon para otro proyecto. Él les dijo que estaba comprometido para los siguientes seis meses en Las Vegas.

–Sí, los dos estamos en ascenso –dijo Shane, moviéndose al ritmo de la música–. Tú eres mi compañera en todo, Mariah –le dio un largo beso a Mariah en su tentadora boca.

Mariah nunca había sido tan feliz en su vida. Tenía a Shane, al bebé de ambos y una vida juntos.

–Me gusta cómo suena eso.

–Lo que me preocupa es que vayas a trabajar mucho estando embarazada. Y no tenemos ni siquiera una casa. Mi apartamento es muy pequeño.

Ella lo besó otra vez.

–Mi casa está donde tú estés. Y tenemos más de seis meses para encontrar casa.

–De eso es de lo que quiero hablarte –empezó a decir, y después levantó la vista–. Bueno, me pregunto qué querrán –hizo una señal a Mariah para que mirara hacia atrás. Mariah miró y vio a la familia Hunter que iba hacia ellos–. Creo que es hora de que nos escapemos.

–Shane, eso es grosero. Tu familia quiere participar de nuestros buenos momentos.

–Vale –dijo Shane gruñendo–. Pero en diez minutos nos vamos –le guiñó el ojo de manera sexy a Mariah–. Nuestra luna de mielespera.

Antes de que Mariah pudiera seguir hablando con Shane, la madre de éste, Sam, Nate y Tori aparecieron con Emily a la cabeza. Su hermana tenía muchas ganas de contar algo.

–Shane, Mariah, no os vais a creer quién va a trabajar en la película.

–¿Tom Cruise? –dijo Shane medio en broma.
–No. Camden Peters –dijo Emily.

–¡Camden Peters! –exclamó Mariah sorprendida.

–¿No es estupendo? –dijo Tori–. Es tan sexy.

–Eh, dicen que está cerca de los cuarenta –comentó Shane. Su madre lo miró.

–Los hombres sólo mejoran con la edad, y Camden Peters se está metiendo en años muy bien.

Para Shane ya era suficiente. Tomó a su mujer de la mano y la sacó de la discusión.

–Vosotros continuad –dijo al grupo–. Mariah y yo tenemos que ir a ver al resto de los invitados –era mentira.

Shane llevó de la mano a Mariah a través del salón de baile. Los pararon varias veces para felicitarles, gente a la que Shane no había visto nunca. Por fin consiguieron salir fuera, a un solitario balcón iluminado por la luz de la luna.

–Ya tenía ganas de dejar de hablar de ese Camden –dijo Shane.

–Oh, estás celoso. Eso es lo que necesita una embarazada, sobre todo cuando su cintura va desapareciendo rápidamente.

Shane recorrió con la mirada a su alta y esbelta mujer.

–Estás muy guapa, ahora que estás embarazada incluso más –le puso la mano en la tripa todavía lisa–. Y no importa cómo te pongas de gorda, siempre estarás sexy para mí.

Ella le acarició la cara.

–Eres un buen marido y serás un buen padre. Y muchas gracias por ayudar a Rich. Ya no es el que era gracias a ti.

–Ahora estoy preocupado con proporcionaros un techo a ti y al bebé.

–La verdad es que no planeamos tener familia –afirmó Mariah.

–El regalo de boda de tu padre podría ser una solución a nuestro problema de vivienda.

Shane no estaba seguro de querer aceptar la generosidad de Easton, pero tenía una familia en la que pensar.

–Tu padre nos ha ofrecido uno de los chalés piloto. El número seis –vio cómo se abrían los ojos verdes de su mujer. Shane sabía que de todos los modelos ése había sido el diseño favorito de ella.

–Oh, Shane –tragó saliva para contener el entusiasmo–. ¿Qué te parece a ti eso?

–Al principio estaba molesto porque se supone que tengo que dar un hogar

a mi familia. Después me he dado cuenta de que el gesto de tu padre es una manera de poner paz entre las dos familias. Ahora que estamos todos ligados por este bebé.

–Nos ha caído una bendición –dijo Mariah sonriendo.

–Eso parece –balbuceó Shane, casi no podía controlar la emoción–.

¿Quieres que aceptemos la casa de Paradise Road?

–Suena como un sitio perfecto para empezar nuestras vidas.

Shane abrazó a su mujer y la besó, para que ella supiera cómo se sentía. Sí, era afortunado. Tenía a la mujer que amaba y a un bebé de camino. Su empresa empezaba a despegar. Y la enemistad Easton-Hunter era cosa del pasado.

No te pierdas el último libro de la serieGOODTIME

CAFÉ:*Laintensidad del corazón*, de Patricia Thayer

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com